

Cuando todo está perdido

Marta Elías Viana

Image not found.

Capítulo 1

—Un curso. Aguanta un curso —dije a mi imagen en el espejo. Me quedé mirándola, como si ésta fuera a responder lo que quería oír. “No mujer, no tienes por qué pasarlo mal. Vuelve a casa y todo arreglado”. Pero, en vez de eso, quien habló fue mi conciencia. “Ya te has metido en esto, ahora te fastidias”.

Me hice una coleta, intentando recoger los mechones rebeldes que se me rizaban sobre las orejas. Respiré hondo dos o tres veces y miré el reloj. Estupendo, iba a llegar tarde en mi primer día de clase. Bajé la estrecha escalera con cuidado. La barandilla había visto tiempos mejores y no quería empezar el curso con un miembro roto. Cogí la llave de repuesto y abrí la puerta.

—¡Julia! ¿Cuándo vas a volver? ¿Sabes? —preguntó mi abuela, apareciendo en el recibidor.

—No lo tengo claro. Por si acaso, no hagas comida para mí.

Mi abuela se marchó mascullando algo, sin despedirse. Quería pensar que ella era así, y no que yo le molestara. En maldito momento me pareció buena idea dejar mi Francia natal y mudarme a Vigo a terminar la carrera. Se había quedado viuda hacía un año, y a mi padre le preocupaba que se quedara sola. Yo ya llevaba dos años viviendo en Perpignan, estudiando filología hispánica. Me ofrecí a trasladarme, pensando en lo bien que me vendría para mi futuro currículum. Dominaba el idioma perfectamente, puesto que lo había hablado toda la vida con mi padre, pero me daría mucho más prestigio haber estudiado en el propio país de origen. Y al llegar y ver el panorama se me cayó el mundo a los pies. Estaba acostumbrada a la soleada Narbona, donde crecí, y a la residencia luminosa y llena de vida de Perpignan. La casa de mi abuela era una choza lúgubre y ruinoso que se mantenía en pie por puro milagro.

Perdí el autobús por los pelos y, como suele pasar, el siguiente tardó una eternidad en venir. Llegué tarde, me confundí de aula, me di cuenta de que había cometido un error en la matrícula y algunas clases eran a la misma hora y me senté a estudiar el calendario a ver cómo podía arreglarlo en un banco recién pintado. Todo lo que podía torcerse aquel día, lo había hecho. Estaba mentalmente agotada cuando cogí el autobús de vuelta.

Aún faltaban unas cuantas paradas para la mía cuando el conductor anunció que el trayecto terminaba allí. No me enteré del motivo, pero no tenía más paciencia. Bajé y saqué el móvil para usar la aplicación de la

compañía de autobuses de Vigo. Empecé a andar, maldiciendo la aplicación que jamás te decía los horarios correctos. Ni las paradas. Ni las líneas que pasaban por éstas. De hecho, no entendía por qué continuaba usándola. Guardé el móvil con un bufido y, tras media hora de pie bajo la lluvia en una parada sin marquesina y sin que apareciera ningún autobús, decidí que conocía la ciudad lo suficiente como para arriesgarme. El día había sido tan horrible y tenía tantas ganas de llegar a casa que estaba dispuesta a coger atajos. Y eso hice. Lógicamente, me perdí.

Quise alcanzar la calle Camelias, la paralela, que era una avenida grande que desembocaba en el ayuntamiento. Desde ahí estaba a unos metros de casa, pero para ello tenía que conseguir encontrar por donde acceder a ella. En esa zona había un gran desnivel hacia la ría y no siempre podías contar con pasar de una calle a otra sin tener que dar rodeos. Solía haber escalinatas cruzadas y apiñadas entre los altos edificios, semi cubiertas de vegetación y de grafitis. Cuando era pequeña y pasábamos en coche junto a ellas, recuerdo que me daban miedo porque imaginaba cualquier cosa escondida allí en la oscuridad. Pero en aquel momento ni se me pasaba por la cabeza nada peor que el día que había tenido. Solo deseaba encontrar una de una maldita vez.

Me metí por una callejuela que no tenía ni acera. Hacía las funciones un paso de peatones minúsculo en un lateral.

Al llegar a una parte particularmente estrecha entre un edificio y un muro de piedra, me topé de frente con un coche familiar gigantesco que quería pasar. Tuve que pegarme lo más posible a la fría piedra, mojándome la ropa de paso, para que el vehículo pasara. La mujer que iba al volante conducía extremadamente lenta. Cosa comprensible en otras condiciones, pero que a mí me estaba exasperando por momentos. En el muro había un hueco, el dintel de una vieja puerta de madera. Entré en él para evitar que me atropellara, ya que la conductora no era muy hábil. Lo que no vi fue un pequeño escalón que me hizo perder el pie. Caí hacia atrás y choqué de espaldas contra la puerta, cuya madera era vieja y debía estar podrida. Cedió y me vi en el suelo en medio de un charco de barro. Me quedé aturdida por un momento, antes de incorporarme y soltar una maldición a voz en grito. Inmediatamente miré alrededor y vi al fondo, al otro lado de un descuidado patio, el esqueleto de una antigua casa en ruinas a medio devorar por una auténtica selva de arbustos y malas hierbas. No quise ver más. Las casas abandonadas me daban aún más miedo que las escaleras escondidas. Reparé en que alguien había abierto agujeros en algunas de sus puertas y ventanas tapiadas. Con rapidez, deseando que no hubiera ninguna colonia de drogadictos o maleantes por allí que me hubieran oído y decidieran investigar.

Cuando me disponía a salir, un brillo metálico junto al suelo llamó mi atención. Estuve a punto de ignorarlo, pensando que sería alguna jeringuilla o algo así. Pero, sin saber por qué, me detuve; parecía una

clase de joya. Metí la mano en el barro para extraerlo. Era uno de esos medallones antiguos con un relieve en el centro. Tenía un nombre, aunque lo no recordaba. Lo observé detenidamente. Tenía tallado el busto de una chica joven y muy guapa, con el pelo recogido y mirada perdida. Era una preciosidad. "Muy vintage", pensé. Lo guardé en el bolsillo de los vaqueros y salí de allí a toda velocidad.

Apuré el paso, y al fin conseguí llegar a la calle que buscaba. Continué todo recto hasta que avisté el desproporcionado ayuntamiento. Los funcionarios que trabajaban allí debían de gozar de unas vistas fabulosas sobre la ría, pero los escasos turistas que suben al monte del Castro no. En medio de la imponente panorámica se alzaba esa aberración. Lamentablemente no era la única.

Todo Vigo me parecía urbanísticamente demencial. Barrios completamente abandonados, pequeños reductos de la antigua ciudad, compartían espacio con monstruos de hormigón que hacían daño a la vista. La casa de mi abuela era un ejemplo del primer caso. Por fin llegué a la calle Santiago, donde estaba ubicada, y bajé por ella viendo desaparecer la silueta del ayuntamiento y aparecer al otro lado la de la panificadora. Otro esqueleto del pasado industrial de la ciudad, ahora en ruinas y olvidado.

Mientras buscaba el llavero sentí que alguien me observaba y volví la vista, pero no había nadie. Donde doblaba la calle, me pareció ver una sombra que se escabullía rápidamente. Me concentré en la mochila, intentando encontrar la llave en su interior. Otra vez tuve la molesta sensación de que alguien me vigilaba. Por el rabillo del ojo vi movimiento; alguien se acercaba. "Solo falta que ahora me atraquen" pensé. Quizá fuera un drogadicto de los muchísimos que había en el centro y tuviera cosas más interesantes que hacer. Alcé la mirada de nuevo y solo vi oscuridad. Por si acaso, retomé la búsqueda frenéticamente y sin ningún disimulo. Cuando encontré la llave y la introduje en la cerradura, creí distinguir a un desconocido a pocos metros. Me daba igual quedar como una tonta y que fuera alguien inofensivo que pasaba por allí. Estaba oscuro y no había testigos, y había visto suficientes películas como para no arriesgarme. Entré y cerré de un portazo, cosa que alarmó a mi abuela.

—¿Qué pasó? —preguntó sorprendida.

—Nada, tengo las manos mojadas y se me ha resbalado la puerta.

—Bueno, te he dejado cena.

—¡Voy a cambiarme y bajo enseguida! —grité, ya desde la escalera. Cuando llegué al cuartucho frío y húmedo que hacía las veces de mi habitación, me asomé a la ventana que daba a la parte delantera de la casa. Para mi sorpresa y terror, había alguien en la puerta. No podía verle

la cara, apenas podía distinguir su contorno. Era ya de noche y las nubes tapaban la luna, por lo que la oscuridad fuera era casi completa salvo por el resplandor de la propia contaminación lumínica de la ciudad. Me pareció que el desconocido miraba directamente al punto en el que estaba yo, pese a que no había encendido la luz para quedar oculta. Cerré la persiana y me aparté de la ventana. No sabía qué hacer, ¿debería llamar a la policía? Por lo pronto decidí tranquilizarme, ponerme un chándal y bajar a cenar. Respiré aliviada al ver que las persianas del comedor también estaban bajadas.

Mi abuela ya había cenado y había dejado un plato de sopa de ajo en la mesa, sobre una servilleta de tela a modo de mantel.

—Bueno, pues yo marcho a cama —anunció—. Buenas noches.

—Hasta mañana, y gracias por la cena.

Como era de esperar, no recibí respuesta. Me senté con un crujido alarmante de la vieja silla y encendí el televisor. Era pequeño y probablemente tuviera mi edad o más. Los colores se veían saturados y la imagen se empequeñecía aún más por el formato panorámico en una pantalla cuadrada.

“Algo es algo”, pensé mientras ponía las noticias. El olor de la sopa tenía el poder de hacer olvidar el día horrible que había tenido. Estaba buenísima. Al irme a la cama, ya no estaba de mal humor.

A la mañana siguiente, cuando abrí la persiana, volvió a mi cabeza la imagen del hombre que había estado acechado. Ya no estaba ahí, y a la luz del día costaba creer incluso que hubiera sido real.

Esa semana transcurrió con normalidad. Conseguí arreglar la equivocación con la matrícula, e incluso conversé con algunos de mis nuevos compañeros. Chicas, en su inmensa mayoría. No fue hasta el fin de semana, cuando mi abuela me pidió que bajara la ropa que tuviera para lavar, que reparé en los vaqueros manchados de pintura que llevaba el primer día de clase.

—¡Mierda! —exclamé. Dudaba seriamente que tuvieran arreglo. Y más después de llevar días hechos un ovillo al pie de la cama. Me disponía a meterlos en una bolsa, valorando si intentar salvarlos en una tintorería, cuando noté algo duro. Metí la mano en el bolsillo y saqué el objeto que había recogido aquel día en la casa abandonada. “Camafeo”, recordé que se llamaba. No había vuelto a pensar en él. Lo guardé en un joyero que había comprado en un bazar para guardar las pocas alhajas que había

traído conmigo. Buscaría un anticuario para tasarlo.

Bajé y me empeñé en hacer yo la colada. No había ido allí con la excusa de cuidar a mi abuela para tenerla luego de sirvienta. Después salí a hacer recados dando un paseo, aprovechando que hacía una temperatura muy agradable. Bajé hasta el Mercado de La Piedra y tomé el puente que llevaba al centro comercial; un inmenso bloque de color negro que rompía por completo con la estética del casco viejo y bloqueaba a los vecinos las vistas a la ría para cedérselas a los que se apuntaran al gimnasio de su última planta. Quería comprar unos cuantos componentes para intentar llevar el siglo XXI a casa de mi abuela. No había puesto objeciones a que tuviéramos acceso a Internet, siempre y cuando lo pagara yo y ella no tuviera que hacer nada.

La tarde transcurrió entre cables, folletos de instrucciones y muchas llamadas al servicio de atención al cliente de la compañía de teléfonos. Cuando me di cuenta eran ya las nueve y tenía que arreglarme. Había quedado con las de la universidad para ir al concierto del grupo de una de ellas. No me apetecía especialmente, pero estaba en un sitio nuevo donde podía empezar de cero y no quería cometer los mismos errores. Debía hacer un esfuerzo por socializar más. Tampoco es que fuera una ermitaña; tenía muchos conocidos e incluso algunos a los que podría llamar amigos. Lo que no tenía era amigos íntimos. No era la persona más divertida del mundo, así que nadie buscaba mi compañía para pasarlo bien. Solían hacerlo para contarme sus problemas porque tenía fama de saber escuchar. De hecho, la gente parecía sentir esa necesidad. Sin embargo, cuando pasaba el drama, ya no se acordaban de mí. La realidad era que no sabía qué decir y esas situaciones me incomodaban. Pero no aquí; en Vigo quería intentar ser un poco más la persona que quería ser y no ceñirme al papel que los demás me habían adjudicado. El primer paso sería no negarme a asistir a eventos sociales para quedarme en casa leyendo.

No recordaba el nombre del local, pero sí que estaba en la calle Rogelio Abalde. Como aún no había conseguido dejarlo todo bien conectado en casa, miré un mapa por Internet en el móvil con una lentitud desquiciante. Vi que era una calle pequeñita, así que no sería difícil encontrar la sala. Tomé indicaciones mentales para llegar, pero no calaron muy hondo. Al llegar a la Puerta del Sol, ya no sabía en qué dirección ir. Volví a sacar el móvil aunque, después de diez minutos esperando a que cargara la página, decidí que acabaría antes preguntando a alguien. Volví la vista a la derecha, dónde la grotesca escultura del Sireno me clavaba sus ojos vacíos. Me pregunté por enésima vez en qué estaría pensando el tipo que autorizara a poner eso ahí. Aparté la vista y miré alrededor en busca de alguien a quien preguntar, pero un chico ya me había visto

perdida y se acercó primero.

—¿Necesitas ayuda? —Era bastante mono, de pelo castaño claro y no mucho más alto que yo. Me llamaron la atención sus ojos, de un color gris azulado que, pese a todo, era cálido. Me miraba sonriente, con las manos en los bolsillos de una cazadora vaquera de segunda o tercera mano.

—Pues sí, si me puedes decir dónde queda la calle Rogelio Abalde, te lo agradecería mucho —contesté.

—Claro que sí, ve por Príncipe, —señaló una avenida peatonal que salía de allí mismo— y cuando llegues al final cruza la calle y baja por la primera a la izquierda. Es la primera que corta.

—Muchas gracias —contesté, intentando retener toda la información. Di la vuelta, dispuesta a continuar mi camino, cuando me detuvo otra vez.

— De dónde eres? —preguntó.

—De Narbona.

—Ah, ¿y eso dónde está?

—Francia —contesté mientras empezaba a caminar, viendo que el chico tenía ganas de hablar—. Muchas gracias por tu ayuda, adiós —me despedí antes de que tuviera tiempo de decir nada más.

Estaba un poco más lejos de lo que me había parecido en el mapa, pero en quince minutos ya había localizado la calle sin más problemas. Me sorprendió ver que había al menos tres o cuatro salas en una calle tan pequeña. Por suerte, algunas de las chicas de clase estaban fumando en la puerta de una de ellas.

El concierto fue divertido. El grupo era de versiones de canciones clásicas de pop y rock y las conocía casi todas. Mi compañera era la cantante y tenía una voz que al menos no dañaba los oídos, aunque estaba claro que no sería profesional. La felicité cuando bajó a saludarnos al acabar. El resto querían ir a bailar y me invitaron a acompañarlas, pero no me apetecía. Ya había hecho suficiente vida social para ser la primera semana. Además, no estaba muy acostumbrada a beber y había llegado al límite que mi cuerpo y mi mente podían permitirse. Tenía ya demasiada risa floja y un grado de desinhibición peligroso. Prometiéndoles que iría la próxima vez y que era capaz de andar, me dejaron marchar e inicié la vuelta a casa. Al pasar por la Puerta del Sol volví a ver sentado en un banco al mismo chico que me había indicado el camino. “¿No tiene casa?” pensé. Habían pasado al menos tres horas. Al momento me arrepentí de

haber tenido un pensamiento tan desagradable. Quizá era verdad que no tenía casa; en los últimos tiempos había habido mucha problemática con los desahucios. O quizá era un psicópata que me vigilaba.

El alcohol me hacía conjeturar demasiado. Me saludó efusivamente y yo le devolví el saludo con un gesto de la cabeza, sin detenerme. Por fin llegué a mi calle y pensé que entraba en otro mundo. Uno de hacía cien años, por lo menos. Escuché un ruido a mi espalda y volví la cabeza. El hombre que me había aterrorizado a principios de semana volvía a estar allí. La claridad de pensamiento se impuso a las copas y supe que esta vez no me daría tiempo a llegar a casa, pero aun así eché a correr. El desconocido me seguía, podía sentirlo. Desafortunadamente llevaba tacones y pronto caí de bruces contra el suelo. El hombre se detuvo delante y me di cuenta de que no era un ser humano. No podía verle la cara porque no había; era una especie de sombra.

—¡Eh! ¡Déjala en paz! —gritó una voz tras él.

Era el mismo chico, que parecía estar en todas partes. La sombra voló hacia él a gran velocidad. El muchacho sólo tuvo tiempo de levantar los brazos para protegerse antes de que lo atravesara. Al hacerlo, la sombra empezó a dar vueltas a su alrededor. Me miró durante un segundo con la misma cara desenchajada que suponía que debía tener yo. Entonces, lo que fuera aquello volvió a dirigirse hacia mí y chillé mientras volvía a tumbarme en el suelo, cubriéndome la cabeza con las manos. Sin embargo, pasó de largo. El chico echó a correr tras ella, calle arriba, gritando un rápido "¿estás bien?" al pasar a mi lado. Me levanté tan rápido como pude y corrí tras ellos. Lo alcancé ya en las escaleras que daban acceso a la Plaza del Rey, delante del ayuntamiento. Estaba de pie mirando a la sombra, que se había detenido a unos metros.

—Al principio creí que era una persona —dijo, fascinado.

—A mí también.

—¿Qué crees que será?

—Algo que estoy segura de que no quiero averiguar.

—Creo que quiere que la sigamos, mira. —Dio un paso al frente y la sombra se alejó un poco. Volvió a repetirlo una vez más antes de volverse hacia mí—. Parece que nos esté esperando.

—Pues que espere sentado —repliqué. Di la vuelta, con intención de volver a casa y hacer ver que no había ocurrido nada de aquella locura.

—Como quieras. —Escuché la voz del chico a mi espalda—. Yo voy a ver a

dónde me lleva.

Me giré otra vez, viendo como ambos se alejaban. Finalmente me pudo la curiosidad por aquel fenómeno tan extraño y los seguí. Al principio lo hice a unos metros, hasta que el chico se detuvo.

—Puedes caminar conmigo, no voy a hacerte nada.

Me acerqué, un poco avergonzada. Caminábamos despacio y en silencio, siguiendo a esa misteriosa sombra. No había nadie más por la calle. De vez en cuando pasaba algún coche pero, en plena noche, sólo éramos dos jóvenes que volvían de fiesta caminando; uno de ellos, trastabillando de vez en cuando.

Reconocí el camino justo cuando aquella cosa se detuvo. Ahogué un grito y el chico me miró.

—¿Conoces este sitio?

—Sí —repuse sin más.

La sombra entró por la misma puerta por la caí casi una semana antes. Estábamos en aquella casa abandonada.

El muchacho entró pero, por segunda vez esa noche, yo me quedé rezagada, dudando. Finalmente decidí entrar también. Sin duda intervino en esa decisión una curiosidad malsana y lo que quedara de las copas que había bebido durante el concierto. Tenía claro que, de otro modo, jamás lo habría hecho.

Seguí al chico con cuidado, ya que no llevaba el mejor atuendo para colarme en casas en ruinas. Iba con un vestido rojo corto y fino, una chaqueta de cuero negro tan favorecedora como incómoda para maniobrar, tacones altos y el pelo suelto y alisado con plancha que me caía sobre la cara. Tuve que sortear hierbajos, y me doblé el tobillo un par de veces antes de llegar hasta mi acompañante. Seguí la dirección de su mirada. La sombra giraba sobre si misma a gran velocidad, flotando sobre un área junto a la fachada de la casa. Había luna llena y proyectaba mucha luz, aun en ese escondido y estrecho rincón entre los altos edificios. Miré de reojo hacia las ventanas de la casa, temiendo que hubiera ojos no deseados que nos observaran desde ellas.

—¿Tú entiendes algo? —preguntó, sin apartar la vista del extraño fenómeno.

—No.

Repentinamente, la sombra pasó del negro más absoluto a una luz cegadora que nos obligó a taparnos los ojos. Cuando volví a mirar, sentí una opresión en el pecho, una angustia que no sabía de donde procedía. Repentinamente, la luz descendió hasta el suelo y se filtró por algún lugar de la fachada.

Durante unos segundos no nos movimos.

—¿Desde cuándo te siguen fantasmas? —inquirió con toda naturalidad.

—Eso no es un fantasma —repliqué, con una voz que no me sonaba a la mía—. Pero vi algo parecido el lunes.

—Tú también la has oído, ¿verdad?

—¿El qué?

—Ha pedido ayuda.

—Yo no he escuchado nada —dije.

Se acercó al lugar dónde había desaparecido la luz y se agachó. Yo continuaba en el mismo sitio, paralizada por el terror. Pasó la mano por el suelo, apartando la maleza, y se tensó bruscamente.

—Mira esto —señaló.

Me acerqué despacio y vi un brillo metálico.

—¿Qué es?

—Una ventana. Debe dar a una especie de sótano. Creo que el fantasma quiere enseñarnos algo —comentó con un burlón tono de misterio.

—¡Que los fantasmas no existen! —exclamé.

—¿Y qué sugieres que es esto?

—¡Yo que sé! Un fuego fatuo, una broma de mal gusto, o que es muy tarde y necesito dormir porque la cabeza me juega malas pasadas.

Me miró de arriba abajo, serio.

—De todas formas, no vas vestida para la ocasión. Y quizá necesite herramientas. Esto debe llevar décadas cerrado ¿Nos vemos aquí mañana?

Me quedé aturdida por un momento ante ese sinsentido.

—¡Por supuesto que no! —contesté con un chillido agudo.

—Shhhhhhhhhhhhh, baja la voz —advirtió, poniendo un dedo sobre mis labios con suavidad—. Pero nos ha pedido ayuda.

—¡No, no lo ha hecho! ¡Porque no era nada! —repliqué, consciente de que el volumen de mi voz subía por momentos.

—Está claro que no es algo natural. Hemos de investigar; en las películas lo hacen constantemente.

—¡Esto no es una película!

—No, es real, y eso lo hace más divertido —dijo, satisfecho. Lo miré como si tuviera delante una serpiente de cascabel con sombrero mexicano pidiéndome asistir a un baile con ella.

—Estás loco —sentenció. Me di la vuelta con la intención de marcharme dignamente, pero uno de los tacones se hundió en el barro y, por segunda vez en menos de una hora, me fui directa al suelo. El chico me ayudó a levantarme, intentando aguantar la risa.

—Bueno, pues si tú no quieres, lo haré yo.

—Allá tú —contesté, encogiéndome de hombros. Y entonces, un sentimiento absurdo e irracional de posesión se apoderó de mí—. Pero es MÍ fantasma. Me seguía a MÍ —afirmé, antes de darme cuenta de la tontería que acababa de decir.

—¿Lo hubieras seguido si no llego a estar yo?

—¡Claro que no!

—¿Lo ves? Nos quiere a los dos en su equipo. ¡Decidido! Nos vemos aquí mañana.

Lo miré fijamente, en busca de cualquier cosa que objetar.

—Ni siquiera te conozco.

—Me llamo Fabián, tengo veintitrés años y ni estudio ni trabajo formalmente —dijo, con una sonrisa—. Además, soy capricornio. ¿Viste? ¡Ya somos íntimos!

La voz interior de la Julia racional habitual se asombró al escucharme reír ante su descaro, pero la que se había tomado varias copas no podía

encontrar más argumentos por esa noche y se calló.

—Me lo pensaré —prometí—. De momento, voy a dormir.

—Pues te acompaño a casa, por si te asaltan más fantasmas.

—Y dale.

Se limpió las manos en la parte de atrás de sus pantalones y echó a andar a mi lado.

—Por cierto, chica de la Sorbona. Tú no me has dicho tu nombre.

—Narbona —corregí—. Y me llamo Julia.

—Muy bonito.

Me quité los zapatos porque lo que quedaba de mi ego no soportaría caerse una tercera vez y todavía quedaba una pequeña caminata hasta casa, pero ir descalza hacía que tuviera más frío. Aquello no era el Mediterráneo. Debía tomar nota para llevar unas deportivas en el bolso la próxima vez. Fabián se dio cuenta de que estaba temblando.

—Vas un poco fresca —dijo, mirándome descaradamente las piernas. Le lancé una mirada asesina que él ignoró. Se plantó delante de mí dándome la espalda. — Vamos, sube.

—¿Cómo? —No entendía lo que quería decir.

—A caballito. Te llevo.

—Anda ya. —Lo rodeé y continué andando. Él me levantó por los aires y me llevó en brazos mientras yo pataleaba. Entonces pensé "qué demonios, no tienes ningunas ganas de andar descalza hasta casa; aprovecha".

—Vale, si me vas a llevar igualmente, mejor a la espalda. Bájame.

La luna brillaba detrás de la vieja panificadora cuando entramos en mi calle, recortando su silueta contra el cielo. Sopló una brisa gélida que me hizo encoger.

—¿Voy más deprisa?

—No, no te preocupes. Ya casi estamos.

Le indiqué dónde era y me dejó frente a la puerta de mi casa.

—Entonces, ¿nos vemos mañana? —preguntó, esperanzado.

—De acuerdo —cedí—. Iremos a ver qué hay, pero no mañana. Tengo cosas que hacer. Mejor el lunes.

—Bien. ¿De día, como la gente honrada, o con nocturnidad y alevosía?

—¿Te parece bien sobre las siete de la tarde?

—Por supuesto, ¡tenemos una cita!

—Nada de eso —repliqué y cerré la puerta. Debía reconocer que aquel asunto era menos terrorífico en compañía. No pude evitar sonreír de camino a mi habitación.

Capítulo 2

CAPÍTULO 2

A la mañana siguiente, mi abuela me pidió que la acompañara a la Colegiata. Quería ir a la misa de las doce. Accedí, pero la avisé de que no me quedaría, poniendo de excusa el tener que estudiar. Mi abuela me lanzó una mirada desaprobatoria y murmuró algo sobre los jóvenes de poca fe.

En un cruce del casco viejo nos topamos de frente con Fabián.

—¡Hola! —saludó alegremente—. Buenos días, señora Antía.

—Buenos días —respondió mi abuela con un gruñido, pasando de largo. Una vez lo perdimos de vista preguntó—: ¿De qué conoces tú a ese?

—Me indicó una dirección ayer. —No veía la necesidad ni la conveniencia de contarle más.

—No te juntes con él. ¡Su hermano es yanqui!

Era una advertencia extrañamente xenófoba, pero no pensé más en ella. Volví a casa y me dediqué a leer uno de los libros sobre los que tenía que hacer un trabajo. Después de dos horas de densa literatura hispanoamericana, decidí hacer un parón para despejarme. Volví a dar vueltas a lo ocurrido la noche anterior. Abrí el cajón del tocador, donde guardaba el joyero, y saqué el camafeo. Lo sostuve ante mí, pensando en sí tendría algo que ver. No podía ser casualidad que todo empezara al encontrarlo. Nunca había creído en lo sobrenatural y no pensaba empezar a hacerlo por el momento, pero, dadas las circunstancias, comenzaba a abrir mi mente a esa posibilidad. Tenía planeando venderlo, pero decidí que sería mejor conservarlo hasta ver a dónde nos llevaba nuestra peculiar investigación.

El resto del día trascurrió rapidísimo. Pese a que acababa de empezar el curso, tenía muchísimas cosas que hacer.

Con los nuevos cambios en el calendario, el lunes salía a mediodía, así que pude comer en casa tranquilamente e incluso dormir una siesta. Era, con diferencia, la tradición que más a gusto había adoptado de mi herencia española. A las siete menos cuarto, abrí la ventana y saqué el brazo. Era mi método infalible para comprobar la temperatura. Aun brillaba el sol, pero empezaba a hacer algo de fresco. Me puse la cazadora y, en el último momento, metí en el bolsillo el camafeo. Al llegar a la Plaza

del Rey, vi a Fabián sentado en un banco con un fardo a su lado.

—Estaba casi seguro de que me darías plantón —dijo.

—No creas que no lo he pensado. —A la luz del día y con la cabeza más despejada, me parecía una locura ir con un desconocido a entrar en una casa en ruinas porque habíamos visto un fenómeno inexplicable. En el fondo lo hacía porque era una pequeña aventura. Los chicos de mi clase hacían ese tipo de cosas en el instituto, pero yo jamás me había atrevido. Siempre tenía miedo de que me pillaran, de hacerme daño o de cualquier cosa que no fuera lo conocido y seguro. Esa Julia nunca se había alejado más de 70 kilómetros de sus padres, y nunca había asumido mayor riesgo que el de ir a la universidad. En Vigo había empezado a sentirme diferente; más libre. Me gustaba. Además, la curiosidad por aquel asunto había empezado a superar al miedo a lo desconocido. Estaba dando un paso más para ser la Julia que quería ser.

—Muy bien. ¡Vamos allá! —dijo Fabián, poniéndose en pie.

Fuimos juntos hasta la casa y esperamos hasta que no pasó nadie para entrar sin ser vistos. Volví a sentir un escalofrío. Ese lugar me daba muy mala espina. La entrada principal estaba completamente sellada, así que Fabián lanzó el fardo por un hueco en la tapia y se dispuso a auparse para subir.

—¡Espera! —le advertí. Fabián se quedó colgando y me miró con gesto hosco.

—¿Qué pasa?

—¿Y si no hay suelo? —pregunté. Quizá se había derrumbado tiempo atrás.

—Ahora lo averiguaremos, pero el “plom” del saco al caer ya da una pista. —Acabó de trepar y entró por el hueco para reaparecer al cabo de un momento y ayudarme a subir—. Despejado y con suelo.

Respiré hondo y me armé de un valor que estaba lejos de sentir. Trepé torpemente y agarré su mano cuando la tuve a mi alcance. Una vez dentro, encendimos las linternas. Estaba claro que, en el pasado, el edificio había sufrido al menos un grave incendio. Fabián demostró ser un hombre práctico y fue al grano. Empezó a buscar por dónde bajar a la planta inferior. La ventana por la que se había colado el fantasma estaba justo bajo la habitación donde nos encontrábamos. No hubiera sabido decir a qué se destinó aquella sala en su día. Ahora estaba cubierta de escombros, con grafitis sobre las ennegrecidas paredes. E incluso por debajo, lo que sugería que se había incendiado también en un pasado

reciente.

Fabián examinaba cada rincón. Al no encontrar nada, salió de la estancia y lo seguí de cerca. No pensaba quedarme sola allí ni un segundo. Ante nosotros se abría un gran recibidor con una escalinata central que subía a la planta superior. Me recordó a las mansiones americanas de las películas, aunque más modesta. Entramos en la habitación contigua a la que acabábamos de abandonar. Era más pequeña y oscura. Fabián dirigía la linterna con precisión a ciertos lugares.

—Aquí —dijo él. Enfocó la linterna sobre una superficie en la esquina más alejada de la puerta y echó a un lado con el pie los restos de escombros que cubrían esa área. — Es una trampilla, que supongo que llevará a un sótano.

Abrió el fardo, dejando a la vista toda clase de herramientas. ¡Había hasta una pala!

—¡Vaya! —exclamé—. Yo solo he traído una linterna.

—Suficiente —replicó con una sonrisa.

Se puso en cuclillas y comenzó a sacar distintos utensilios que no había visto en mi vida. En menos de media hora había despejado la superficie y rascado los laterales para extraer décadas de polvo, tierra y demás basura que sellaba las juntas de la losa. Tenía aproximadamente un metro cuadrado y había marcas de rascaduras y óxido allá donde en su momento había habido una argolla para levantarla. Fabián sacó una palanca y la introdujo entre el suelo y la losa. Parecía ser pesada, pero no tuvo mucha dificultad en alzarla un poco y moverla a un lado. Dejó al descubierto un agujero oscuro, un poco más pequeño.

Saqué la linterna del bolsillo y enfoqué hacia abajo. Aproximadamente a un metro había una pequeña plataforma de la que partía una escalera de piedra. Fabián volvió al fardo y sacó, para mi sorpresa, un farolillo a pilas. Desde luego, era un chico previsor. Lo apoyó en el suelo y se dejó caer mientras yo iluminaba el rellano.

—Pásame la lámpara, por favor. —Hice lo que me pedía y él la alzó ante sí para iluminar la estancia.

—¡Joder! —masculló.

—¿Qué?! —Metí la cabeza a toda prisa por el agujero—. ¿Qué hay?!

—Nada de nada —respondió.

Me sentí más decepcionada de lo que pensaba. Sin querer, esa pequeña aventura me había ilusionado.

—Apártate, que bajo de todas formas.

Me senté en el bordé del agujero y me dejé caer. Percibí dos cosas a la vez. Lo primero fue el intenso olor, que solo podía describir como de “sitio cerrado y sin ventilación”. Era difícil respirar con normalidad. Y lo segundo era que la habitación no estaba del todo vacía, como había pensado. Había algunos muebles, iluminados por la escasa luz que entraba desde una hilera de pequeñas ventanas junto al techo. Una de ellas debía ser la que habíamos visto desde fuera. Al parecer, esa habitación se había salvado del fuego y los intrusos gracias a haber estado sellada.

—¿A esto le llamas tu “nada”? —recriminé.

—Sólo son trastos viejos; no hay nada interesante.

Le ignoré y paseé la linterna por la estancia. El único sitio donde era más probable que hubiera algo era un antiguo tocador de cuatro cajones con la madera hinchada por la humedad y el espejo opaco y con manchas por detrás. Intenté abrir uno de ellos, pero fue imposible. Por el rabillo del ojo, mientras pensaba cómo abrirlos, vi en el reflejo a Fabián subiendo otra vez arriba y bajando con la palanca. Sin ningún miramiento, reventó la parte frontal del primer cajón. Estaba vacío. El segundo, sin embargo, nos trajo una sorpresa. Los dos soltamos una exclamación al ver dentro un pequeño baúl. Nos miramos, emocionados, y sacamos el cofrecillo. Tenía una cerradura y no había ninguna llave en ese cajón ni en ningún otro.

—No tenemos llave —dije.

—No nos hace falta —respondió Fabián, sacando un juego de ganzúas.

—¿Cómo sabes hacer eso? —Una nota de desconfianza se coló en mi voz y él se dio cuenta.

—Tengo muchas habilidades —contestó, sonriendo. Eso no me tranquilizaba. Una vez más, la Julia sensata me advirtió sobre los peligros de estar con un chico al que apenas conocía y abría cerraduras como un profesional, en una cámara subterránea de una casa en ruinas y sin que nadie supiera que estaba allí. Pero la nueva Julia que estaba naciendo, una que estaba disfrutando de lo lindo, la hizo callar rápidamente.

Escuché un chasquido y el cerrojo se abrió. Me asomé por encima del hombro de Fabián. El cofre contenía unos cuantos papeles con aspecto muy antiguo. Había algunos dibujos a mano de animales. Cogí con cuidado uno que representaba a un hipopótamo y que estaba bastante

deteriorado por la humedad. En la esquina inferior había una firma y una fecha, pero no era capaz de leerlas. Casi todos los dibujos presentaban el mismo estado, pero en uno de ellos se podía leer 1953. El contenido de ese cofre tenía, por lo menos, 60 años.

—Eh, mira esto. —Fabián sacó un sobre amarillento. Estaba cerrado y en la parte delantera estaba escrito “Gabriel” con una caligrafía impecable. Nos apresuramos a invadir la intimidad del tal Gabriel, ya que a esas alturas seguro que no reclamaría su carta. Dentro había una sola hoja escrita a mano.

“No tengo mucho tiempo. Mi hermana sabe lo nuestro y lo del tesoro, y me ha atacado. He conseguido escapar, pero no se detendrá. Debemos huir. Reúnete conmigo en el Café Colón a las 10. Si nos localiza, no se atreverá a hacer nada en público. Allí podremos despistarla. Si no lo consiguiera, la llave está en mi colgante.

Te quiero.

Siempre tuya,

Lúa”

Después de leerla nos quedamos en silencio. Era algo mucho más gordo de lo que habíamos pensado.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunté.

—Seguir investigando.

—¡Un momento! —exclamé, acordándome del camafeo.

Lo saqué de mi bolsillo y se lo mostré a Fabián, que lo cogió para examinarlo.

—¿Dónde estaba?

—Lo encontré hace una semana en estas mismas ruinas, pero en la entrada. Es una larga historia. —Fabián tenía la mirada clavada en mí, observándome en silencio a la espera de que continuara—. Bueno, básicamente me caí por el hueco de la puerta apartándome de un coche que pasaba. Fue el primer día que noté algo raro.

—No era tan larga —murmuró, dándole vueltas en las manos al camafeo—. Si dice que guardó la llave dentro, supongo que será de esos

chismes que se abren.

—Creo que no... ¡Eh! —Fabián forzó el objeto con un movimiento brusco y desencajó la parte del relieve.

—Pues sí, mira.

El interior reveló la llave de la que hablaba la carta. Me parecía increíble que todavía siguiese allí.

—Si esto abre un cofre con un tesoro, muy pequeño debe ser...

—comentó, alzando la minúscula llave entre sus dedos—. Lo que está claro es que esto no puede ser casualidad.

Lo miré con escepticismo.

—¿Qué interés podría tener un fantasma en que encontráramos un tesoro? ¿Y por qué nosotros?

—Eso, amiga mía, es lo que tenemos que averiguar. Pero no me gusta nada conjeturar sobre las motivaciones de los fantasmas con el estómago vacío. Ven conmigo.

Agradecí mucho que saliéramos de esa habitación de aire viciado y volviéramos arriba, que no era el colmo de la salubridad, pero al menos se respiraba mejor. Llevamos con nosotros el pequeño cofre con todo su contenido. Una vez en el piso superior, Fabián volvió a colocar la losa en su sitio y esparció escombros por encima para disimularla. Luego se acercó a su bolsa, extrajo dos bocadillos y me lanzó uno.

—Desde luego, has pensado en todo —dije, sorprendida.

—Y si eres vegetariana, no te preocupes; tengo un par de manzanas.

—¿Hay algo que no tengas ahí? —pregunté, riendo.

—Posiblemente no —miré su imborrable sonrisa y decidí que me caía bien ese chico. Tenía un aura alegre y tranquilizadora.

Nos sentamos en el suelo, en ese improvisado picnic, comiendo nuestros bocadillos en silencio mientras pensábamos en la información que teníamos. Pero entonces me acordé de otro tipo de información.

—¡Oye! ¿Tienes un hermano americano?

—¿Americano?

—Me han dicho que es yanqui —contesté, sintiéndome un poco ridícula porque, pensándolo bien, era un poco raro.

—Casi. Es yonki.

Me eché a reír por la confusión de mi abuela, hasta que reparé en la cara a medio camino del asombro y la ofensa de Fabián.

—Lo siento —me disculpé a toda prisa—. No me reía de la situación de tu hermano.

—Tranquila. —Le restó importancia con un gesto. Supuse que sería de mal gusto preguntarle nada, así que guardé silencio. Fabián volvió al tema que nos ocupaba—. Bueno, tenemos un camafeo con una llave que no sabemos para qué es, y una carta dirigida a un tal Gabriel que no llegó a encontrar —resumió.

—Poca cosa —repuse—. ¿Crees que seguirá vivo?

—Podría ser, pero necesitamos saber algo más.

—¿Conoces el Café Colón? —Dudaba que siguiera abierto. Mi padre siempre decía que la ciudad había cambiado muchísimo en las últimas décadas por culpa de la especulación inmobiliaria y que nada duraba demasiado.

—Ni idea.

—De todas formas, no veo ningún hilo del que tirar por ahí. —Le di vueltas en la mano al camafeo—. Sólo nos queda esto.

Recogimos todo y nos dirigimos al hueco por el que habíamos entrado. Estaba deseando salir de allí. Al pasar por el recibidor, nos sobresaltó un ruido que procedía de la escalera. Nos volvimos los dos, alerta. Había una mujer bajando por ellas. La miramos sin saber qué hacer, ya que parecía que no nos había visto —aunque estuviéramos casi frente a ella—. Se detuvo bruscamente al llegar abajo y miró a ambos lados. Vimos entonces cómo el rostro de la mujer se transformaba en una mueca de sorpresa y se desplomaba hacia delante. Mientras caía pudimos ver el mango de un puñal sobresaliendo por su espalda y tal como tocó el suelo, se desintegró.

Empecé a chillar y retrocedí, chocando contra Fabián. Me cogió por los hombros y me guio hacia la salida mientras yo continuaba paralizada por el terror. Después de aquello, sólo tenía recuerdos fragmentados de haber salido de la casa y atravesado el patio a todo correr. Volví a casa con la cabeza en una nube, vagamente consciente de la presencia de Fabián a mi lado, pero no sabía si hablaba o no. Acababa de ver con mis propios ojos

algo que mi mente se negaba a admitir.

Cuando llegamos a la puerta de casa, atravesé el umbral en el mismo estado de aturdimiento y subí hacia mi habitación. No sabía si mi abuela estaba por allí o no. No me cambié de ropa, ni tampoco apagué la luz. Sólo cerré la puerta y me senté sobre la cama. Sé que las fases de aceptación son para los que se van a morir y no para los que han visto a un muerto, pero podría jurar que pasé por todas y cada una de ellas esa noche. Primero me dije a mi misma que no había visto nada, que había sido todo fruto de mi imaginación. Sugestión por estar en esa casa tan tétrica. Luego me enfurecí. ¿Por qué había tenido que ir allí? No debería haberlo hecho. Si me hubiera quedado en casa, no hubiera pasado nada y seguiría viviendo feliz y tranquila en la ignorancia. Después me dije que si volvía a la normalidad y hacía ver que aquello no había pasado, todo continuaría igual. Entonces me derrumbé y me eché a llorar. El mundo era un lugar más terrorífico si existía lo sobrenatural. No quería tener nada que ver con aquello. Finalmente, bien entrada la madrugada, acepté que había un mundo que desconocía y con el que había contactado breve y aterradoramente por algún motivo. Pero aceptarlo no significaba que dejara de asustarme. No cerré los ojos en ningún momento aquella noche.

A la mañana siguiente, un poco más calmada, bajé a desayunar. Aun así, estaba atenta a cualquier ruido o movimiento y saltaba a la mínima.

—¿Qué te pasó ayer? Parece que vieras un fantasma. —preguntó mi abuela, saliendo de la nada. Dejé escapar un grito.

—¡Abuela! ¡No me des esos sustos!

—¡Pues sí que estás tensa! —Mi abuela pasó de largo y se dirigió a la cocina. La seguí y me senté en la vieja silla de escay de la cocina.

—Lo siento —me disculpé—. Sí que es verdad que estoy un poco nerviosa.

Mi abuela no me contestó y yo lo agradecí; no quería dar más explicaciones. Me preparé para ir a la facultad, muerta de cansancio por la noche en vela. Estaba convencida de que me acabaría durmiendo en clase, pero me alegraba volver a la aburrida y previsible rutina, donde la gente era de carne y hueso.

Ese día salía tardísimo. Llegué ya de noche, y lo que menos esperaba era encontrar a Fabián sentado en un escalón en la fuente que había a la

entrada de mi calle, frente al Paseo Alfonso. Me detuve un instante antes de intentar pasar sin que me viera, pero era tarde. Se levantó y se acercó a mí.

—No no no no no no no —dije, sin dejar de caminar.

—¿Por qué no?

—Porque no —zanjé.

—¡Pero somos un equipo!

—¡No somos nada! —Me agarró por los hombros y me di cuenta de que estaba temblando.

—Tranquila, no es para tanto. No nos hará daño, solo quiere que la ayudemos. —Hablaban con voz suave y relajante.

—¿Pero por qué yo? —gemí. Él se encogió de hombros.

—Quizá porque tú encontraste el camafeo.

—Pero yo no quiero... —Me daba cuenta de que estaba hablando como una niña pequeña, y estaba dispuesta a retar a cualquiera a ver cómo se comportaba en mi situación. Con la excepción de Fabián, que parecía haberlo aceptado con una naturalidad asombrosa.

—¿Lo llevas encima? —preguntó. Lo tenía guardado en la chaqueta desde el día anterior. No había pensado en devolverlo al joyero. Se lo tendí y Fabián se acercó para verlo mejor.

—Se parece mucho a la fantasma —comentó.

—Por favor, no la llames así. Di la chica, la mujer... cualquier cosa que suene tangible. —Aunque fuera una cuestión puramente terminológica, eso me ayudaba a plantearmelo de forma más terrenal—. ¿A quién te refieres?

—A la chica del relieve.

Era cierto, los rasgos eran muy similares. Aunque el relieve tenía un aire de belleza clásica del que la chica carecía. Podía ser una licencia artística del artesano, o simplemente una casualidad.

—¿Estos trastos se hacían personalizados? —preguntó Fabián.

—Me imagino que habría de todo.

—Probemos en un anticuario, entonces. A ver si nos dice algo útil.

Pero a mí se me ocurrió otra cosa.

—¿Cómo podemos averiguar a quién pertenecía ese terreno? —pregunté de repente. Suponía que debía poder saberlo en el catastro o algo así, pero no tenía ni idea de nada de eso.

—Preguntando, supongo.

—Podemos informarnos por internet, que es más rápido.

—No tengo ordenador —contestó Fabián.

—¿Cómo? —pregunté, sorprendida. Fui consciente de que tener ordenador e Internet no es algo ni básico ni vital, pero me sorprendió que un chico de su edad no tuviera. Él se encogió de hombros.

—Teníamos uno, pero mi hermano lo vendió. —Sacó el cofre de una mochila—. Y, por el mismo motivo, prefiero que te quedes tu esto.

Asentí, una vez más sin saber que decir. Después de saber que su hermano era drogadicto, no necesitaba preguntar por qué no quería nada a su alrededor que tuviera cierto valor.

—Bueno, pues ya lo miraré yo y te diré lo que averigüe.

—¿Entiendo que accedes investigar?

—Accedo —contesté a regañadientes. No sabía por qué lo hacía, pero sentía que debía hacerlo.

Me volvió a acompañar hasta mi casa mientras hablábamos de nuestros planes inmediatos. Quedamos en ir al día siguiente a un anticuario para averiguar más cosas sobre el camafeo. Fabián me dijo que conocía uno cerca. Se despidió con la sonrisa de siempre y entré en casa. Mi abuela estaba sentada en el incómodo y viejo sofá viendo su programa favorito, el del canal local en el que aparecía el alcalde de Vigo atendiendo a los ciudadanos. Me constaba que había llamado más de una vez.

—¿De dónde vienes a estas horas? —me increpó.

—Hoy tenía clase hasta tarde. —Y no mentía, pero no pensaba explicarle a mi abuela historias de fantasmas y tesoros. Ni a ella ni a nadie. Me

tomarían por una chiflada.

—No deberías andar sola por esta zona de noche. Por ahí en la muralla hay mucho yanqui.

Se refería a lo que quedaba del castillo de San Sebastián, que no era más que un trozo de muralla al pie del monstruoso edificio del ayuntamiento. Sí que había oído que era un punto de reunión de drogadictos, pero la verdad es que nunca había subido allí. Me pregunté si el hermano de Fabián sería de los que lo frecuentaban.

—No te preocupes. El bus me deja en el Paseo Alfonso.

—Igualmente, no andes sola de noche —zanjó ella.

Le dije que no quería cenar, que estaba muy cansada, y le di las buenas noches antes de subir corriendo a mi habitación. Dejé encendiéndose el portátil mientras iba al baño y me ponía el pijama. Al acabar, coloqué un almohadón a modo de respaldo y me tiré sobre la cama para empezar a investigar. Tenía que admitir que, en el fondo, me emocionaba la idea. Me sentía como la protagonista de los libros de aventuras que leía de pequeña. Tenía que luchar para imponer mi parte sensata y no llenarme la cabeza de pájaros, pero no podía evitar sentir un nudo en el pecho.

Pensé en empezar por el tema del catastro. No me fiaba demasiado de los foros, pero me parecían lo mejor para tener una idea general, que era lo que quería en ese momento. Efectivamente, debía dirigirme al Registro de la Propiedad o al Catastro. Había algunos que decían que para eso había que pagar un importe; otros, que habían tenido problemas para averiguarlo por la Ley de Protección de Datos. Y un usuario acertado decía: "preguntando a los vecinos". Era lo más fácil, pero aquella casa estaba aislada en medio de edificios modernos. Ya debía estar abandonada cuando se construyeron, y no quedaban otras similares cerca. Esa opción me parecía inviable. Pensé entonces en mi abuela, que era viguesa de toda la vida. No tenía por qué conocer a todo el mundo en la ciudad por ello, pero esa casa parecía haber sido de alguien adinerado y puede que fuera de alguna familia importante y conocida. De ser así, probablemente también hubiera información en internet, pero sin más datos que "casa en ruinas Vigo" no iba a encontrar nada en Google. Decidí preguntarle por la mañana.

Como íbamos a ocuparnos del camafeo al día siguiente, me centré en el contenido de la carta. No esperaba que aportara gran cosa. El Gran Café Colón, como me había imaginado, ya no existía. Actualmente era una librería en la calle Velázquez Moreno, no muy lejos de casa. No quedaba ni rastro del edificio siquiera. Pensé que era una pena, ya que era muy bonito. No encontré mucha más información sobre él, solo algo de su historia y de las actividades que se realizaban. Estuvo abierto entre 1886

y 1960, aunque en esa ubicación sólo desde 1905. Guiándome por la fecha de los dibujos, suponía que el contexto histórico eran los años 50, así que la tal Lúa había quedado con Gabriel en ese edificio que ocupaba la pantalla de mi portátil. Destacaban los dos arcos acristalados en el centro y las torretas a los laterales cerradas con una cúpula. El artículo hablaba también de su decoración interior de estilo modernista, de la iluminación, los billares, los conciertos que se ofrecían por parte de la Orquesta Sinfónica Rusa. Seguí viendo las pocas fotos que había y me dio la sensación de que la clientela que tendría no debía ser de clase baja. Una prueba más de que tenía que ser una familia importante o, cuanto menos, acaudalada. Esa actividad hacía referencia a principios de siglo, pero no decía nada de la época que me interesaba a mí. Solo podía hacer conjeturas, pero era más de lo que tenía un par de horas antes.

Como no sabía por dónde continuar, apagué el portátil y me dispuse a dormir. Se había hecho tardísimo y al día siguiente tenía clase.

Capítulo 3

CAPÍTULO 3

Me había pasado la mañana con la cabeza en una nube. No podía atar más cabos con tan poca información, pero tampoco podía dejar de pensar en ello. Estaba impaciente por ir al anticuario. Al llegar a casa comí a toda velocidad para ir a reunirme con Fabián. Antes de salir, recordé lo que quería preguntar a mi abuela acerca de los que vivieron en aquella casa.

—¡Abuela! —llamé—. Una cosa: tu llevas viviendo en Vigo toda la vida, ¿no?

—Sí —contestó.

—¿Sabes quién vivía en una casa grande que hay entre Camelias y Pi y Margall? Una que está en ruinas en medio de los bloques pisos modernos. —Me miró con desconfianza.

—¿Por qué lo quieres saber? —preguntó.

—Simple curiosidad, pasé el otro día por delante y me llamó la atención — Se quedó en silencio, taladrándome con la mirada. Cada vez me sentía más incómoda y empezaba a lamentar haber preguntado.

—Sí —contestó al fin, muy despacio—. Sé quien vivía allí.

Guardé silencio esperando a que continuara, pero no lo hizo, así que volví a la carga.

—¿Y quiénes eran?

—Un matrimonio y sus hijas. —Hablaban con voz hueca.

—Debían tener mucho dinero, ¿no?

—Sí.

—Bueno, salgo un rato —dije, viendo lo que estaba costando sacarle algo.

—Mucho sales tú. Pensaba que venías aquí a estudiar —replicó. No le hice caso y le prometí que llegaría pronto.

Al llegar al final de la calle vi a Fabián sentado en uno de los escalones de la fuente del paseo. Estaba sentado de cara a la ría, así que pude

acercarme sin que me viera. Cuando llegué a su altura, advertí su cara de preocupación.

—¿Pasa algo? —pregunté. El pobre se llevó un buen susto, pero de inmediato volvió a esbozar su sonrisa habitual.

—Nada. ¿Vamos?

Me llevó hasta una tienda de antigüedades cerca del puerto. Al entrar tuve una sensación inmediata de agobio. Estaba llena de todo tipo de trastos en un espacio demasiado pequeño. Detrás de un mostrador de cristal estaba el hombre más viejo que he visto nunca. Pese a la edad, tenía una increíble mata de pelo blanco. Llevaba unas gafas enormes y pasadas de moda.

—Bos días, rapaces —saludó con expresión amable. Cuando nos aproximamos reconoció a Fabián—. ¡E logo! ¿Xa tes moza?

—Non teño, non. E unha amiga, Don Cosme.

No entendí la pregunta, pero por la respuesta supuse que le preguntaba si yo era su novia. No pude evitar sonrojarme.

Cambió al castellano para que yo lo entendiera.

—Venimos a ver qué nos puede decir sobre esto.

Tendió la mano hacia mí y le di el camafeo, que a su vez se lo pasó al anticuario. Éste frunció aún más su ya arrugado rostro.

—Es francés —respondió al fin. Abrí los ojos de la sorpresa mientras él continuaba—. Este tipo se fabricaban en el norte allá por los años cuarenta o cincuenta. Pero sin un examen más detallado, me temo que poco más puedo decirlos.

—De momento no hace falta, ¿no? —dijo Fabián, mirándome.

—Es suficiente, muchas gracias —secundé.

—Esperad. —El hombre se acercó aún más el camafeo—. Nada, creo que empiezo a desvariar. Me ha parecido reconocer a la joven de la talla.

Fabián y yo dimos un salto a la vez hacia el mostrador, sobresaltando al señor Cosme.

—Pudiera ser —dijo Fabián—. Creemos que era una chica de aquí, de

Vigo. O que al menos vivió aquí —añadió.

El anticuario negó con la cabeza.

—No sé, ahora mismo no consigo acordarme de ella. Pero podría ser casualidad.

—Bueno, si recuerda algo avise a mi padre y me paso por aquí.

—Muy bien, dale recuerdos. —Ambos se despidieron con una sonrisa. Salimos de la tienda y echamos a andar. De repente, me sentí incómoda. No sabía qué hacer ni qué decir. Por suerte, Fabián parecía saber cómo llenar los huecos en una conversación.

El señor Cosme viene siempre al bar de mi padre a tomarse un vino después de cerrar la tienda. A veces también viene a desayunar. Lo conocemos desde siempre —explicó—. Seguro que también conoce a tu abuela, lleva ahí toda la vida.

—¿Tu padre tiene un bar? —Realmente no sabía casi nada de ese chico.

—¡Sí! —exclamó Fabián. Se le iluminó la cara—. La cafetería Cambados. No es un nombre muy original, pero es que mis abuelos eran de allí. Cuando sea mío se lo cambiaré.

—¿No será para tu hermano? —Creía recordar que había dicho que era mayor que él.

—A ese sólo le interesa pillar cualquier mierda para metérsela. Si le deja el bar a él, lo arruina —soltó. Me sorprendió la dureza de su tono.

Una vez más, guardé silencio. No quería meterme en su vida familiar, que al parecer era complicada. Él continuó hablando.

—No siempre ha sido así, antes era un chico normal —explicó—. Pero cuando murió mi madre empezó a ponerse rebelde.

—¿Qué edad teníais? —inquirí. Ya que él había sacado el tema, consideré que no era una pregunta demasiado comprometida.

—Él quince, yo doce. —Me miró tímidamente—. Perdona, te estoy soltando un rollo.

—Que va, pero no quiero preguntar y meter la pata.

—No te preocupes. Hace mucho de eso; está ya más que superado.

—Aun así, prefería cambiar de tema.

Le he preguntado a mi abuela quién vivía en esa casa, y al parecer lo sabe, pero no estaba muy dispuesta a hablar de eso.

—Bueno, es una mujer algo huraña. —Le di un golpe en el brazo a modo de advertencia antes de contarle lo poco que le había podido sacar. Estuvimos hablando hasta que me di cuenta de que no sabía dónde nos encontrábamos. Me detuve y miré alrededor. Había ido siguiendo a Fabián sin darme cuenta.

—¿Dónde estamos?

—En el náutico —respondió.

Miré al edificio blanco que recordaba a un barco, con el nombre “Real Club Náutico” escrito en letras azules. Me acerqué con curiosidad a la escultura de un hombre barbudo sentado sobre los tentáculos de un pulpo.

—Veo que tenéis alguna escultura normal —comenté. Me vino a la cabeza el Sireno de la Puerta del Sol. Fabián se encogió de hombros. Parecía que no le interesaba lo más mínimo el arte de la ciudad. Esperó mientras yo me acercaba a leer la placa.

—Monumento a Julio Verne —leí—. “El monumento honra al ilustre escritor francés Julio Verne, que menciona la ría de Vigo y los míticos tesoros de Rande en uno de los episodios de 20.000 leguas de viaje submarino.”

—Me giré hacia Fabián, que me esperaba a unos metros—. ¡Eh! ¿Sabías esto?

—¿El qué? —preguntó, acercándose.

—Que Vigo aparecía en “20.000 leguas de viaje submarino”.

—No, eso deberías saberlo tú, que eres francesa como el pollo este. ¿No os hacían leer sus libros en el colegio?

—Sí, pero este en concreto no lo leímos. —Tome nota mental para hacerlo en cuanto tuviera un hueco en mis lecturas de la facultad—. ¿Tesoros de Rande?

—Hubo una batalla naval y se supone que se hundieron barcos con tesoros en la ría, de los que venían de América—. Mi curiosidad se multiplicó. Eso sí era una historia real.

—¿Y qué pasó? ¿Los encontraron? —pregunté, ávida de saber más. Pero Fabián volvió a encogerse de hombros—. ¿Es que no te interesa nada la

historia de tu ciudad?

—No.

—¿Ni siquiera si habla de tesoros hundidos?

—¿Crees que será el mismo que el de tu amiga difunta?

—Quién sabe... —contesté con tono misterioso. No lo había pensado, pero sin saber más del tema, tampoco podía descartarlo. Era igual de descabellado que el hecho de ver fantasmas.

Acabé de leer la placa, que mencionaba la visita a la ciudad que había realizado el escritor en 1787. Alguien había escrito debajo a lápiz "1887 cona! A ver si lemos, caralho!".

No podía entretenerme más, tenía mucho trabajo pendiente de la universidad. Se lo dije a Fabián e insistió en acompañarme hasta casa. Al llegar a la puerta recordé algo que quería decirle.

—Oye, ¿tienes teléfono móvil?

—Sí.

—¿Me das tu número? Si hay cualquier cosa te llamo.

Sacó un Nokia 3210 del bolsillo interior de la chaqueta.

—¡Madre mía! ¿Lo has robado de un museo? —exclamé.

—Es el primero y único que he tenido, tiene unos diez años.

—Eso deben ser noventa y tantos en años de móvil.

—¿Acabas de hacer un chiste? —preguntó.

—No sé, ¿te ha hecho gracia?

—No mucha, pero es un buen comienzo. —Me dio unas palmaditas condescendientes en la espalda. Ni que decir tiene lo mal que me cayó en ese momento.

—No hagas que me arrepienta de darte mi número —repliqué secamente.

Le dije que no podría quedar en unos días. Estuve muy ocupada adelantando trabajos y no podía pasarme el día jugando a los detectives. Aun así, saqué tiempo para informarme un poco sobre la historia de la ciudad. Leí todo lo que pude sobre los tesoros de Rande. Al parecer, había

habido muchas expediciones de rescate y en las primeras habían llegado a encontrar cosas de valor. Pero cada vez encontraban menos y los barcos eran más inaccesibles. Se decía que uno en concreto, el Santa María de Maracaibo, se acabó hundiendo frente a las islas Cíes cuando los ingleses lo remolcaban. Ese no lo habían llegado a localizar nunca y creían que podía contener plata. Llegué a la conclusión de que era todo demasiado antiguo como para que tuviera relación con nuestro tesoro. Hubo una expedición en los años cincuenta, y como aun no sabíamos el año exacto de esa carta, tampoco tenía idea de si habían coincidido en las fechas. Pero, de todas formas, no encontraron nada. Quedamos en que por su parte intentaría averiguar de quién era la casa y que me avisaría si descubría algo. Y eso hizo, a la semana siguiente recibí un mensaje suyo pidiéndome vernos.

Quedamos un lunes a media tarde en el mismo sitio que cuando fuimos al anticuario. Hacía ya un mes desde que había encontrado el camafeo. Casi sin darme cuenta, habíamos llegado a finales de octubre y, aunque el tiempo estuviera siendo inusualmente caluroso, a esas horas, con el sol a punto de ponerse, empezaba a hacer frío. En los diez minutos que tuve que esperar me quedé helada. Apareció a toda prisa cuando estaba a punto de llamarle.

—¡Siento llegar tarde! —se disculpó.

—No pasa nada. ¿Qué has descubierto? —Se sentó a mi lado en el escalón de la fuente, pero antes de que empezara tuve claro que no iba a pasar ni un minuto más a la intemperie—. Espera, o paseamos o tomamos algo mientras me lo cuentas, pero aquí hace demasiado frío.

Fuimos a una cafetería cercana, donde nos sentamos y pedí un café caliente. Él pidió una Coca Cola y empezó a exponer sus descubrimientos.

—Bueno, he ido a ver a mi abuelo que, visto lo visto, es lo opuesto a tu abuela. Lo difícil es que pare de hablar. Por poco llora de emoción cuando le pedí que me contara cosas de cuando era joven. Me dijo que recuerda que en esa casa vivía un empresario de la industria pesquera, hijo de un linaje de “marquesuchos sin dónde caer muertos”, palabras textuales, y la hija de un empresario catalán de los que se instalaron aquí en los años veinte. El tipo había heredado la fortuna materna y, teóricamente, la casta de padre. Después ha continuado con una arenga contra nobles y burgueses que ha hecho extensible a la iglesia, los políticos y la institución de la monarquía. Pero al final, he conseguido reconducirlo al tema y me ha dicho, y vuelvo a citar textualmente, que el buen hombre se llamaba “Avelino Soto”, pero del apellido de la “fulana catalana” no se acuerda.

—Si era un hombre importante, con saber el nombre ya podremos averiguar algo más —dije—. Bueno, próximo objetivo: verificar la historia de tu abuelo y ver qué relación tenía con la tal Lúa. Por las fechas, supongo que debía ser la hija.

En los días siguientes investigamos a ese hombre, pero por internet sólo encontramos una breve reseña. Había tenido una flota pesquera propia, una importante empresa conservera y varias propiedades, aunque no decía nada de si quedaba alguna en pie aparte de la casa. Había tenido dos hijas, de las cuales la menor había muerto trágicamente asesinada y, poco más tarde murió en un misterioso incendio en su domicilio familiar junto a su mujer. No decía nada de la hija mayor. Verificamos también que esa casa era la suya, gracias al alarde de originalidad que tuvieron al bautizarlo "Chalet Soto". En esos días repasé mil veces la carta. ¿Sería la hermana la asesina? Todo apuntaba a eso, pero en ningún sitio aparecía la más mínima información.

La falta de nuevos fenómenos paranormales hizo que nuestras investigaciones se volvieran cada vez más vagas. Nos decíamos que teníamos que ir a la biblioteca, pero al final siempre nos entreteníamos y lo dejábamos para el día siguiente. Cogimos la costumbre de quedar casi cada tarde y por poco olvidamos nuestra misión. Hablábamos durante horas. A veces era sobre nosotros mismos. Él se interesaba por mi vida de una forma que hasta parecía que no fuera tan aburrida. No me costó mucho resumírsela: Mi padre era vigués y mi madre narbonense. Se conocieron cuando mi padre fue a trabajar allí, se enamoraron y ya no volvió. Tenía un hermano pequeño, Damián, y no me había pasado absolutamente nada interesante nunca. Él, en cambio, había tenido una vida mucho más dura. Ya sabía que su madre había muerto, pero me contó que padeció un cáncer largo y doloroso. Tras un sinfín de operaciones sin éxito, murió prácticamente sin haber podido ni abrir los ojos desde meses antes. Ese momento les cogió en plena pubertad, y su hermano reaccionó rebelándose contra todos y cayendo en las drogas. Fabián había tenido que madurar rápido para ayudar a su padre con el negocio y a controlar a su hermano. Sentía una profunda compasión por él, pero no quería que pensara que me daba pena. Le escuché en silencio, sin hacer ningún comentario, y dejé que me contara lo que quisiera. A lo largo de las siguientes semanas llegué a conocer bastante bien a ese chico y a cogerle mucho cariño.

Pero una noche de diciembre, nuestra difunta amiga decidió recordarme que seguía ahí, esperando. Estaba a punto de irme a dormir, con los ojos cansados después de tanto rato frente a la pantalla del portátil. Estaba mentalmente agotada, hasta el punto que creía haber dado alguna

cabezada allí sentada. En aquella casa vieja y húmeda hacía muchísimo frío, así que me metí bajo la manta y el edredón intentando entrar en calor. Cerré los ojos, esperando a que me llegara el sueño. A la hora de la verdad, me había desvelado. Finalmente, tras dar muchas vueltas, me volví a incorporar, dispuesta a retomar alguna lectura especialmente pesada de la universidad que me ayudara a invocar a Morfeo. No llegué a levantarme de la cama. Me quedé helada en el sitio y no solo debido a la temperatura, aunque ésta hubiera descendido varios grados de golpe. Tenía frente a mí a la chica, la tal Lúa. Estaba diferente a la primera vez que la vi. Esta vez llevaba el pelo recogido solo desde las sienes, y un vestido suelto que le ceñía debajo del pecho. Tenía la mirada vacía, pero de repente la enfocó en mí y sonrió. Y al hacerlo, una segunda figura encapuchada con rostro de esqueleto, bien reconocible a través de la cultura popular como la muerte, se alzó por detrás de ella y la abrazó.

En algún momento empecé a gritar, y no paré hasta que noté que alguien me sacudía. Abrí los ojos y me encontré con la cara preocupada de mi abuela. Estaba tumbada en la cama y era ella la que me zarandeaba para que despertara. Parecía que finalmente sí había conseguido dormir.

— Lo siento, abuela. Creo que he tenido una pesadilla — dije, aun temblando.

— Bueno, ve a mojar te un poco la cara y vuelves a la cama.

Hice lo que me decía, pero ya no pude pegar ojo en toda la noche. Alrededor de las tres de la mañana empecé a escuchar unos ruidos en el techo. Entre el mal sueño y eso, pasé la noche en vela, en un estado de tensión constante.

Capítulo 4

CAPITULO 4

Cuando por fin se hizo de día, me metí en la ducha y desayuné dos Red Bulls. Mi abuela me miró con desaprobación, aunque no dijo nada. Cogí la mochila y me despedí rápidamente, pero no fui a coger el autobús para la universidad. Empecé a llamar a Fabián desesperadamente. Era la única persona a la que se lo podía contar, pero no cogía el teléfono. Varios mensajes y llamadas más tarde, decidí ir directamente a la Calle Real en busca la cafetería de su padre. Parecía mentira que después de un par de meses viéndonos casi cada día, no había ido nunca a su negocio. Aun así, no me costó encontrarla. No estaba muy lejos de la Colegiata. Me asomé al interior, pero no vi a Fabián. Solo había un hombre de mediana edad que supuse que sería su padre. Me daba vergüenza entrar y preguntar por él, así que estuve remoloneando un rato fuera para hacer tiempo a ver si llegaba, hasta que el hombre empezó a mirarme con curiosidad. Entonces decidí entrar a desayunar.

Pasó el rato y Fabián ni venía ni respondía a mis insistentes llamadas y mensajes. Eran casi las diez, y hacía mucho que había terminado la Coca Cola y el bocadillo que había pedido. También miraba tanto hacia el mostrador que su padre había preguntado en más de una ocasión si quería algo más. Finalmente pagué y me fui, sin saber muy bien qué hacer ni a dónde ir. No tenía cabeza para ir a clase, pero tampoco quería volver a casa y dar explicaciones a mi abuela. Sin embargo, tomé ese rumbo sin pensarlo, y en el tramo de calle entre la Puerta del Sol y el Paseo Alfonso me encontré a Fabián. Estaba sentado en la escalera de un pequeño local con dos entradas bajo unos arcos de piedra, y la fachada recubierta de baldosas cuadradas blancas, con un dibujo azul formando una cenefa que le daba aspecto de baño antiguo. De hecho, el de casa de mi abuela tenía una similar. Siempre que había pasado por delante estaba cerrado, pero en ese momento estaba abierto y había bastante gente, aunque no me detuve a mirarles.

—¡Fabián! —llamé. Él se giró, sorprendido, pero al verme asomó automáticamente esa sonrisa de oreja a oreja que, para mí misma y a regañadientes, reconocí que me encantaba. Era contagiosa y reconfortante. Se levantó y vino hacia mí.

—¡Buenos días! —saludó.

—¿Qué haces aquí? —Siempre lo encontraba por casualidad en esa zona.

Casi hubiera sido mejor empezar por allí antes que por su bar.

—Acompaño a mi hermano —respondió. Me tensé automáticamente. El mundo de la drogadicción me era totalmente desconocido, y esperaba que así continuara siendo. Gracias a Dios, Fabián no me había hablado casi nada de él.

—¿Está aquí? — pregunté en un susurro, sin darme cuenta.

—Está dentro —contestó Fabián, susurrando también. Le miré con los ojos entrecerrados.

—¡Venga ya, no seas picajosa! —dijo, dándome un pequeño empujón en el hombro — además, eres tú la que ha empezado a hablar bajito. Está dentro, no te escucha. La heroína no proporciona súper-oído.

Me sentí muy tonta y continué como si esa última parte no hubiera existido.

—¿Qué hace ahí? ¿Le ayudan a rehabilitarse?

—¡Ojalá! —Sacudió la cabeza—. Podrían, pero él no quiere. Viene aquí a por jeringuillas limpias.

Abrí los ojos de par en par.

—¡No te creo! —exclamé—. ¿De verdad hacen eso?

—Ya que se van a pinchar igualmente, al menos que lo hagan con “seguridad”. —Hizo el gesto de comillas con los dedos al decirlo. Me quedé pensativa ante ese nuevo dato. En la vida se me habría ocurrido... Fabián interrumpió mis pensamientos—. Bueno, ¿para qué me buscabas, entonces?

Le describí el sueño lo más detalladamente que fui capaz y mis sospechas de que hubiera sido más real de lo que parecía. Fabián me miró muy serio.

—Espera un segundo. —Desapareció por la puerta del local y volvió a salir al cabo de un minuto con un chico un poco más alto que él. Si lo hubiera visto por la calle jamás habría reparado en ello, pero al verlos uno al lado del otro, el parecido era más que notable. Sin embargo, su hermano tenía el pelo oscuro y aparentaba totalmente su condición. Estaba delgadísimo y su mirada era nerviosa y esquiva. Se acercaron a mí.

—Hola —saludé tímidamente, bajando la mirada.

—Este es mi hermano Suso —dijo, y añadió dirigiéndose a él—. Si pasas por el bar dile a papá que estoy con la hija del Enrique. —Lo miré

sorprendida una vez más. Yo no le había dicho el nombre de mi padre. Él se anticipó a mi pregunta. —Luego te cuento, ahora ven conmigo. Se despidió de su hermano, que me había ignorado completamente, y me tomó de la mano arrastrándome hacia la parada de bus más próxima.

Cruzamos la ciudad hasta llegar frente a un parque enorme que no conocía. Me dijo que era Castrelos, aunque sobre una entrada de piedra ponía "Parque Municipal Quiñones de León". Sin embargo, lo pasamos de largo y bajamos en la parada siguiente. La calle continuaba, pero ya no había edificios altos. Era como si la ciudad se acabase allí.

—Aquí es —dijo Fabián.

—¿Aquí? —Delante nuestro solo había una rotonda en medio de la carretera con una figura geométrica hecha con barras de metal de color rojo.

—A tu derecha, tonta. —Me di la vuelta y vi la entrada a un cementerio. No me había fijado en él, y eso que parecía bastante grande. La entrada principal daba a una avenida con panteones de piedra a ambos lados y una pequeña capilla al fondo. Fabián dobló por uno de los callejones y me guió a través del laberinto de tumbas. Iba mirando las fechas y vi que había tumbas antiguas mezcladas con otras modernas. Pasamos junto a un monumento con un monolito en el centro que era mucho más grande que los demás.

—José García Barbón —leí—. ¿Eso no es una calle?

—Bueno, antes de eso era un señor —dijo él.

Quise replicarle, pero entonces llegamos a lo que quería mostrarme. Grité y retrocedí asustada al reconocer la escena de la escultura. Era una chica esculpida en mármol con un esqueleto encapuchado de piedra asomando por su espalda que la rodeaba con sus manos. Exactamente lo mismo que había soñado.

—Al contarme tu sueño me acordé de esta tumba.

—¿Cómo la conocías? —Ese cementerio estaba alejado del centro. Quizá su madre estuviera enterrada allí. Sin embargo, juraría que se sonrojó.

—Prefiero no decirlo —Abrí los ojos exageradamente.

—¿No me digas que saqueabas tumbas? —bromeé—. Solo te faltaría.

—No exactamente. Pero no estamos aquí para eso.

—Volveremos al tema, tenlo claro —advertí con una sonrisa. Pero cuando me incliné sobre la placa con el nombre, se me borró de repente. Efectivamente, pertenecía a Lúa. “Lúa Soto Álvarez”. Aun no era mediodía y ya me había sorprendido un sinfín de veces. Los apellidos coincidían con los de mi abuela.

“No es posible, no tiene sentido” me dije. Tenía que ser una coincidencia. Que supiera, mi abuela no tenía hermanas. Y sabíamos que Lúa era una niña rica, cuando mi abuela estaba claro que no lo era. Una pregunta aun peor me cayó como un mazazo. ¿Mi abuela era una asesina? Me estaba acelerando, tenía que poner en orden mis pensamientos.

—Por tu cara, diría que tienes algo que contarme —dijo Fabián.

—Sí, pero no saquemos conclusiones precipitadas. —Alcé las palmas de las manos—. Mi abuela se llama “Antía Soto Álvarez”.

Fabián asintió, asumiendo la nueva información con su naturalidad habitual.

—¿Es una opción preguntarle directamente?

—¡No! —contesté rápidamente. Si había alguna pequeña posibilidad de que fuera ella, no podía preguntarle si había matado a su hermana a bocajarro—. Y tiene que ser una coincidencia, son apellidos muy comunes —añadí. Sin embargo, no podía quitarme de encima la sensación de que no hubiera sido casualidad haber encontrado el camafeo precisamente yo.

—Bueno, entonces aquí ya hemos terminado. —Dio media vuelta para marcharse y yo dirigí una última mirada al rostro pétreo de la chica antes de seguirlo.

No hablamos mientras esperábamos el autobús, y yo empecé a pagar las consecuencias de no haber dormido. Se me iba la cabeza, e incluso llegué a cerrar los ojos aun estando de pie. Noté la mirada de Fabián clavada en mí y me giré hacia él.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Tienes algo que hacer?

—Supongo que no —contesté.

—Ven conmigo.

Por segunda vez ese día me cogió de la mano para que lo siguiera. “Puedo seguirte sin que me remolques” pensé, pero en ese momento tal vez no pudiera. Me sentía al borde de la inconsciencia. Entramos por lo que parecía la puerta principal, donde además de los peatones se adentraba en el parque una carretera. Era la primera vez que veía algo así aunque, si me paraba a pensar, en Vigo había coches por todas partes. Fuimos por la acera paralelos a esa carretera, mientras miraba a ambos lados, asombrada porque era más grande de lo que me había parecido desde fuera.

—Recuérdame que te traiga el próximo otoño. Ahora ya se han caído las hojas, pero antes de eso, cuando cambian de color, es espectacular.

“Espero no estar aquí el próximo otoño” pensé, pero no lo dije en voz alta.

Al final de esa carretera estaba la entrada de un pazo, que me contó Fabián que estaba acondicionado como museo. Pero no llegamos hasta el edificio principal. Nada más entrar, me llevó por un caminito a la derecha, junto a la muralla, que descendía un nivel y daba un pequeño espacio sombreado por dos grandes árboles. Uno de ellos, el más cercano, tenía un gran entramado de raíces cubiertas de musgo. A la izquierda gorgoteaba el agua en una fuente labrada en la piedra del propio muro.

—Es precioso —murmuré. Fabián sonrió y me puso una mano en la espalda, empujándome suavemente para que continuara andando. Al salir de aquella parte con árboles, había una explanada de césped con un pequeño estanque en la parte más alejada. Me acerqué a verlo. En el centro había una isleta con una réplica del propio pazo y, justo al lado, un árbol que parecía de cuento. Tenía un enorme agujero en el tronco, como la entrada a la casa de algún ser feérico. Me asomé por el hueco para descubrir que el tronco tenía toda la parte inferior vacía y que el encanto se rompía por el olor a orina. La gente no respetaba nada.

Cuando me di la vuelta, vi que Fabián estaba sentado en el césped y se había quitado la chaqueta. Estaba extendida junto a él a modo de toalla.

—Túmbate —me instó. Hice lo que decía y al momento me sentí en la gloria. El final del otoño estaba siendo muy templado y no había ni una sola nube, por lo que hacía una temperatura muy agradable.

—Ahora es cuando me cuentas qué ibas a hacer tú a los cementerios —dije. Fabián me miró torvamente—. No te voy a dejar en paz hasta que lo hagas.

—Me colaba con los amigos a hacer botellón —respondió a regañadientes.

—Vándalo —murmuré sonriendo, notando cómo me vencía el sueño.

En aquel pequeño jardín, resguardados del viento y el ruido de la ciudad y absorbiendo el calor de cada débil rayo de sol, me quedé dormida.

Cuando abrí los ojos, lo primero que vi fue la cara de Fabián cerca de la mía. También se había quedado dormido. No era de extrañar, no recordaba haber estado tan a gusto en mi vida. Aproveché para mirarle bien. La primera vez que lo vi ya me había parecido mono, pero cuanto más lo miraba, más guapo me parecía. Tenía unos rasgos harmónicos, todo estaba en su justa medida. Y su carisma mejoraba aún más el conjunto. Quizá le gustaba demasiado chincharme pero, en ese momento, con la expresión relajada y el sol arrancándole reflejos dorados del pelo, parecía un ser angelical. Mirarlo impedía que mi cerebro volviera a darle vueltas a los demás temas, así que decidí no estropear el momento de paz y continuar haciéndolo. Después de un largo rato abrió los ojos y me sonrió al ver que ya estaba despierta.

—Buenos días —dijo con voz soñolienta, estirándose—. ¿Qué tal te ha sentado la siesta?

Me sorprendí a mí misma siguiendo un impulso y lanzándome sobre él para besarle. Se tensó, sobresaltado, pero en seguida me siguió la corriente y rodamos sobre la hierba. No sé muy bien cómo nos pusimos en pie y, sin dejar de besarnos, subimos a trompicones unas escaleras hasta la parte superior del muro. Me arrastró hacia el interior de una garita. No había nadie, pero podía aparecer algún paseante en cualquier momento, y allí estábamos resguardados de miradas curiosas. Se sentó en la repisa de piedra y yo me senté a horcajadas sobre él. Continuamos cada vez más frenéticamente hasta que empezó a desabrocharse el pantalón y yo di gracias por haberme puesto falda ese día y estar depilada. Me quité los leggins y los tiré al suelo mientras él rebuscaba en su cartera y extraía un preservativo con expresión triunfal, como si hubiera llevado a cabo una gran hazaña. Lo miré con ternura un momento antes de volver a abalanzarme sobre él y terminar lo que había empezado.

Quince minutos después me moría de vergüenza. No era mi primera vez, había tenido un novio formal el primer año de universidad con el que había tenido relaciones. Pero, desde luego, nunca en un parque a plena luz del día y con alguien a quien apenas empezaba a considerar un amigo. Era consciente de que me había dejado llevar y estaba bastante segura de que no quería nada más con él. Pero no sabía qué decirle ni cómo.

—Tienes un despertar excelente, me encanta —dijo con esa sonrisa suya.

No quería borrarla, pero quería dejar aquello claro.

—Sabes que esto no implica nada más, ¿verdad?

La sonrisa no desapareció, aunque me pareció verla flaquear. Me miró como intentando adivinar qué era lo que yo quería oír.

—Claro —respondió al fin. Me tendió los leggins y terminé de recomponerme.

Tenía briznas de hierba en la chaqueta, así que me sacudí lo mejor que pude y luego le quité dos o tres del pelo a Fabián. Aunque seguía sonriendo, me pareció ver tristeza en su mirada. Estaba bastante segura de que yo le gustaba, pero no había pensado en eso antes de lanzarme. Había cometido un error y empezaba a sentirme muy culpable.

Nos volvimos a recostar sobre el banco que hacía escasos minutos había servido para fines menos castos.

—Si mi abuela supiera lo que estoy haciendo en vez de ir a la universidad, me mataría —comenté sin pensar. Entonces me di cuenta de lo que acababa de decir y me entró una risa histérica.

Fabián me miraba como si temiera que fuera a perder la cabeza con todo eso. Me dije que ya le había mostrado mi lado negativo. Era hora de enseñarle una de mis pocas virtudes, no me iba a dejar llevar por la histeria. Otra vez.

—En fin, ¿vamos? —Me puse en pie y miré el reloj—. ¡Son ya las tres!
—exclamé.

—¿Tenías que haber ido a comer a casa?

No, se suponía que hoy comía en la universidad. Pero tengo hambre.

—¿Comemos juntos? —preguntó. No sabía si sería apropiado después de lo que acababa de pasar, pero si mi intención era continuar como si no hubiera pasado nada, tampoco podía distanciarme. “Con naturalidad”, me dije.

—Claro. ¿Dónde? No llevo mucho encima... ¡Y no voy a dejar que me invites! —me adelanté, ya que le vi a punto de replicar. Él se rio.

—Vale, vale. ¿Y si te invito, pero sin pagar?

—No irás a cocinar, ¿no?

—¿Por qué no?

“Porque es un gesto tierno e íntimo que no debería producirse cuando acabo de acostarme contigo y decirte después que no quiero nada”. Pese a eso, acabé accediendo en aras de la naturalidad. Pensé que me sentiría incómoda, pero era imposible a su lado. Me llevó por primera vez a su casa; un piso humilde encima de la cafetería de su padre. Aun así, era más lujoso que la casa de mi abuela. Me dijo que su padre comía en el bar y su hermano solía desaparecer hasta la noche. Eso si no la pasaba también fuera, así que la cocina era nuestra. Su plato estrella resultó ser unos espaguetis con salsa de tomate. Nada del otro mundo, pero efectivo. Estaban muy buenos. Nos pasamos la tarde hablando de cualquier cosa que no fuera ni el fantasma ni nuestro desliz. Me contó, entre otras muchas cosas, que nuestros padres habían sido compañeros de clase y muy amigos, y que se lo había dicho su padre cuando le contó que había conocido a la nieta de la señora Antía. El día había empezado mal, luego había mejorado y pensaba que así iba a terminar, pero me equivocaba.

Me acompañó a casa, como siempre, y aproveché para explicarle mis planes para las inminentes vacaciones de Navidad.

—A finales de mes me marchó a Narbona para pasar las fiestas con mi familia.

—¡Ah! Claro... —Parecía que no se le hubiese ocurrido esa posibilidad—. ¿Y tu abuela?

—La invitaron, pero no quiere venir.

—¡Oye! ¿En tu casa habláis en castellano? —preguntó repentinamente.

—Con mi padre. Con mi madre hablamos francés.

—¿Y entre tu hermano y tú?

—En francés también. ¿Por qué?

—Nada, curiosidad. Como los dos tenéis nombre español...

—Bueno, tiene las dos versiones. Allí nos llaman Julie et Damien.

Para mi asombro, se echó a reír y empezó a pronunciar mi nombre imitando un pésimo acento francés.

—¡Iuuuulíiii! Jajajajajaja ¡Iuuuulíiii!

—¿Eres tonto? —Me detuve en seco, aquello era demasiado infantil incluso

para él.

—Mira que eres sosa, Iulí.

Me tocó a mí el turno de ser irracional. Saber que era aburrida era una cosa, pero que me lo dijera otro sí que no. Una no podía decidir ser divertida si no lo era. Aceleré el paso, sin dirigirle la palabra. Él me siguió a unos metros.

—¡Iulíiiiiii, espera! ¡No te enfades! —En vista de que seguía caminando sin hacerle caso, se apresuró a alcanzarme—. Está bien, Julia —concedió—. No seas cría.

—¿Me llamas cría tu a mí?

Por suerte llegamos a casa antes de que le cruzara la cara. Entré y le cerré la puerta en las narices.

—¡Oye! ¡Que no hemos quedado en nada! ¿Cuándo vuelves? —Le escuché gritar al otro lado, pero no le hice caso.

Sabía que era una tontería, pero por algún motivo que no alcanzaba a comprender, quería estar enfadada con él.

Capítulo 5

CAPÍTULO 5

Me centré en lo que tenía por delante: no ponerme nerviosa por conjeturas estúpidas. Aun así, pensé en subir a hurtadillas y no enfrentarme a ello ese día, pero mi abuela me escuchó.

—¿Julia?

—¡Sí! —contesté—. ¡Voy a ponerme el pijama y bajo enseguida!

Entré en mi cuarto pensando de qué hablar. Una vez más, me repetí que era solo una casualidad y que debía actuar con normalidad.

Bajé a la cocina a preparar un bocadillo y me lo llevé al comedor, donde estaba viendo el programa del alcalde. Eso eliminaría cualquier intento de conversación por un rato. Cuando terminó, me adelanté antes de que preguntara cómo había ido el día.

—Abuela, anoche escuché unos ruidos en el techo. ¿Qué hay encima de mi cuarto? —Acabé de terminar la cena y di un trago al vaso de agua.

—Seguramente sean ratas.

Estuve a punto de hacer realidad un tópico de las películas y escupir lo que tenía en la boca, pero por suerte reaccioné a tiempo y tragué.

—¿¡Ratas!?

—No seas señoritinga, claro que hay ratas. Es una casa vieja —dijo, como si eso lo aclarase todo.

El tiempo pasó volando y la tarde antes de marchar aún no había preparado nada, pero justo había quedado con una amiga de la universidad y no iba a poder ponerme con ella hasta la noche. Tenía que devolverle un libro para clase que me había prestado y que quería aprovechar para leer durante las vacaciones de Navidad. Vivía en las Traviesas, que me dijo que era la zona por donde estaba el parque al que había ido con Fabián. Como me dijo que tenía que venir a centro a hacer unos recados, quedamos en el Paseo Alfonso. Ya era casi la hora, así que bajé y crucé para sentarme en los bancos cerca del olivo mientras la esperaba. Me gustaba la vista de la ría desde allí.

—¡Buenas! —Me giré y vi a Leti, mi compañera de clase, que acababa de llegar—. ¿Llevas mucho esperando?

—No, que va. Acabo de llegar. —Tomó asiento a mi lado.

—¿Qué? ¿Qué tal los preparativos?

—Fatal, aún no he empezado con la maleta.

Estuvimos hablando de nuestros planes para las fiestas hasta que llegó un chico y se sentó en el mismo banco que nosotros, al otro extremo. Yo miraba hacia el otro lado, pero mi compañera lo tenía de frente. Vi como cambiaba su expresión y hacía una pausa en lo que estaba diciendo. Hice ademán de girarme, pero Leti retomó lo que estaba diciendo con una mirada de advertencia. Cambié de posición en el banco de forma que pareciera natural y quedé mirando al frente, hacia la ría. Por el rabillo del ojo me pareció que el chico estaba preparando una jeringuilla.

No me lo podía creer. Estábamos en plena calle, en un sitio muy transitado por todo tipo de gente. ¡Había madres paseando con sus hijos, por el amor de Dios! ¿De verdad iba a pincharse tan tranquilamente allí? ¿Tan desesperado estaba? No me había dado cuenta de que Leti se había callado y yo ya no lo veía por el rabillo del ojo, sino que lo miraba directamente. El chico se percató y levantó la vista, malhumorado. Entonces lo reconocí: era Suso, el hermano de Fabián. Él también me reconoció y su expresión se suavizó al verme.

—¡Hombre! ¡Hola! —Para mi gran alivio, volvió a guardar la jeringuilla en una caja de madera que tenía en su regazo, de donde la había sacado.

—Hola —contesté, consciente de que mi tono de voz no sonaba tan alegre como el suyo—. ¿Qué tal todo?

—Una mierda, como siempre —se rio—. Pero bueno, aquí seguimos. Por cierto. ¿Qué le has hecho a mi hermano?

Me pilló desprevenida. Supongo que se me debió ver en la cara, porque Suso volvió a reírse.

—No te preocupes, no me ha dicho nada. Es solo que está de más mala leche conmigo de lo normal, y lo conozco.

—No ha pasado nada, solo he estado ocupada.

—Ya. —No parecía convencido, pero no me importaba en absoluto. No me gustaba ese chico, por muy hermano de Fabián que fuera. No sabía si era debido a la falta de química o a mis prejuicios, porque reconocía que no sentía demasiada simpatía por los drogadictos. Opinaba que se buscaban

la ruina ellos solitos y no merecían compasión. Quizá era un poco drástica, pero yo no me había visto en la situación de tener ningún familiar o amigo metido en eso.

Se hizo un silencio incómodo. Leti me miraba sin saber qué decir.

—Oye Julia, yo tendría que marcharme. Si me das el libro...

—Sí, perdona. —Lo saqué de mi bolso y se lo tendí. Se levantó para marcharse y vi la oportunidad—. Espera, te acompaño. Hasta otra, Suso. Saluda a Fabián de mi parte—. El chico asintió con la cabeza, sin mirarme, y volvió a lo suyo.

Cuando nos alejamos lo suficiente, Leti preguntó sobre él. Me limité a explicarle que era el hermano de un amigo. Al ver la mirada recelosa de ella, maticé que mi amigo no era drogadicto y que no se parecían en nada.

Leti se marchó y volví por el mismo camino, pero Suso ya no estaba en el banco. Pensé en lo que me había dicho sobre su hermano. Fabián me había estado llamando y enviando mensajes, de los que no entendía ni la mitad. Eran del estilo "uili komo n kdmos t volbra l fntasma", y no había contestado a ninguno. Era cierto que había estado muy ocupada, pero tampoco tenía ganas de verle. Pese a eso, sentía que le echaba de menos.

Volví a casa y dejé el bolso y la chaqueta en mi habitación. Miré la maleta vacía y suspiré. Era lo que menos me gustaba de hacer un viaje. Bajé a cenar antes, para coger fuerzas. Al volver a subir, el móvil empezó a vibrar sobre la mesa. Lo tenía en silencio, pero casi hacía más ruido así que con volumen. Era Fabián otra vez. Colgué y le escribí un mensaje: "Me marcho mañana, ya te avisaré cuando vuelva".

Iba en avión hasta Barcelona, y desde allí cogería un tren, por lo que no quería tener que facturar la maleta ni ir demasiado cargada. En casa tenía ropa de sobras, y además eran solo dos semanas. Metí lo indispensable y la dejé abierta para guardar por la mañana las cosas de última hora, como el neceser y el cepillo.

Me acosté nerviosa, como siempre que hacía cualquier viaje, pero a las dos de la madrugada me despertó un ruido en el techo. "¿Otra vez las ratas?" pensé. Me arrastré fuera de la cama y cogí la linterna. Salí al pasillo, medio dormida todavía, y subí por la escalerilla que llevaba al trastero. Dirigí el haz de luz a la esquina que quedaba más o menos sobre mi habitación y alcancé a ver una silueta que se escabullía rápidamente entre dos pilas de cajas con el nombre de mi padre escrito con rotulador. Me acerqué a la vieja cómoda que contenía los utensilios que podían hacer falta allí arriba, es decir, una linterna de recambio, pilas y trampas para

ratones. Mi abuela me había enseñado a ponerlas. Cogí un par de ellas y las preparé. Cuando me agaché a dejar la primera, escuché otro ruido a mi espalda.

—Bichos asquerosos —murmuré mientras me giraba, pero no eran las ratas las que habían hecho ese ruido, sino el último cajón de la cómoda al abrirse de golpe. Estaba claro que no era obra de ningún roedor. Sentí un escalofrío y se me aceleró el corazón. Miré alrededor frenéticamente, en busca de cualquier signo de compañía espectral.

No hubo nada más, así que me acerqué a ver qué había dentro. Me pregunté si no habría sido cosa suya también el ruido que me había llevado a subir allí, pero alejé ese pensamiento. Vi que contenía documentos y una caja de cartón. Me senté en el suelo polvoriento y la saqué. Su contenido era variado; eran cosas de mi abuela. Había, sobretodo, fotos viejas. Empecé a verlas una a una. Muchas eran de mi padre de pequeño. No las había visto nunca, pese a que conocía de memoria los álbumes que teníamos en el salón en Narbona. Supuse que debían ser fotos descartadas, ya que muchas de ellas estaban borrosas. Al fondo había un sobre de papel muy fino y amarillento por su antigüedad. En letras doradas estaba impreso el nombre de la casa de revelado. Perteneecía a un estudio del centro que posiblemente ya no existiera. Saqué las fotografías que había dentro y me di cuenta de que eran mucho más antiguas que las otras de la caja. En ellas aparecían dos niñas solas, mientras que en otras aparecían con una pareja que supuse que serían sus padres. Se me heló la sangre al ver al hombre alto con el cabello oscuro y una gran barba. Era el del retrato que acompañaba la reseña que habíamos leído de Avelino Soto. Llevaba traje y sombrero, y la mujer y las niñas iban elegantemente vestidas. Todas las fotos, a diferencia de las del resto de la caja, eran de calidad, sacadas en estudio. Seguí mirándolas una y otra vez, como en estado de shock. Alcé una de ellas para verla mejor. Eran las mismas dos niñas, ya más crecidas. Una indudablemente era mi abuela de joven, sentada con mirada lánguida y pose recatada de dama de alta sociedad. De pie a su lado, sonriente, estaba la chica que habíamos visto en la casa y el sueño aterrador: Lúa. Debajo de las fotos había algo envuelto del tamaño de un libro de bolsillo. Lo saqué también, pero hice una pausa antes de abrirlo. El pensamiento que llevaba rato martilleando en mi cabeza tomó forma por fin. La explicación más sencilla suele ser la correcta. Mi abuela era la hermana, y quizá la asesina, de Lúa. ¿Por qué sino había guardado ese secreto?

De repente, me aterrorizaban más los vivos que los muertos. Dejé fuera el paquete para llevármelo a la habitación y guardé a toda prisa las fotos. Metí el sobre al fondo de la caja y mis dedos rozaron algo duro y frío. El tacto me era familiar. Levanté los papeles y que había encima hasta dar con un camafeo idéntico al que tenía escondido en mi joyero. Solo cambiaba el relieve, en el que también reconocí a mi abuela con el mismo aire clásico que el de Lúa. Dejé el objeto fuera también y guardé lo

demás. Antes de darme tiempo a coger las cosas, escuché un ruido en las escaleras y apenas tuve tiempo de darles un empujón con el pie para meterlos bajo la cómoda antes de que mi abuela irrumpiera en el trastero.

—Neniña, ¿qué haces aquí a estas horas? —preguntó.

—Escuché ruido y vine a poner un par de trampas para las ratas —respondí, señalando hacia el rincón donde la había dejado.

Empecé a temblar incontroladamente. Mi abuela se dio cuenta y frunció el ceño.

—¿Por qué estás tan nerviosa? ¿Qué pasa?

—Nada, solo tengo frío. —No sé si convenció a mi abuela, pero la fina camiseta de tirantes que llevaba en esa noche fría avalaba mi versión. Tampoco me quedé a dar más explicaciones—. Pues nada, vuelvo a la cama. Buenas noches —dije atropelladamente.

Tuve que controlarme para no bajar corriendo, ni para no coger la maleta grande, meter todo e irme a esperar el avión al aeropuerto para no volver más. Lloré y dormí de forma intermitente hasta que sonó el despertador a las siete. Me levanté sigilosamente. No sabía si mi abuela estaba ya despierta, pero era probable. Solía madrugar mucho, y supuse que querría despedirse de mí. Por si acaso, subí al trastero sin hacer ningún ruido, pensando en alguna excusa por si me pillaba. ¿Ver si las ratas han picado? ¿Me dejé la linterna? Más valía que no me pillara...

Me agaché a toda prisa junto a la cómoda y estiré el brazo por debajo. Lo saqué envuelto en polvo y telarañas, pero con el paquete bien aferrado. El camafeo se había quedado al fondo y necesitaba algo con lo que alcanzarlo, pero no podía entretenerme ni hacer ruido. Tendría que quedarse allí hasta que volviera y tuviera ocasión de cogerlo.

Volví a mi habitación y escondí el paquete entre la ropa. Me metí en el baño y estiré la ducha lo más que pude hasta que prácticamente solo quedaba tiempo para decir adiós antes de coger el autobús. Pero antes de bajar me detuve un momento, dudando sobre si llevar el camafeo de Lúa o no. Finalmente se me ocurrió que la razón de que se me apareciera podía ser que estuviera ligada a ese objeto, así que no iba a arriesgarme a que me fastidiara las vacaciones.

—No te viene de esperar dos semanas más —susurré.

Mi abuela estaba en la cocina ya. Sonrió al verme y vi que había preparado el desayuno. No me sentí capaz de rechazarlo. Me senté con

ella, manteniendo la mirada baja.

—Muchas gracias —dije.

—No se merecen. ¿Tienes sitio en la maleta?

—Aún me queda un poco, sí.

—Pues te voy a dar un queso de tetilla para que le lleves a mi hijo, que seguro que lo echa de menos. —Abrió la nevera y sacó un bulto envuelto en papel dentro de una bolsa de plástico del supermercado. Lo dejó sobre la mesa y suspiró—. Hace mucho que no viene, desde el funeral del abuelo.

—¿Por qué no vas tú? —No tenía ningunas ganas de que lo hiciera, pero sentí que era lo que debía decir.

—No, hija, no. Me da miedo el avión. Y es un viaje demasiado largo para mí.

Nos quedamos en silencio unos minutos hasta que anuncié que se hacía tarde y debía marcharme. Le dije que no hacía falta que me acompañara y sentí una punzada de lástima porque se había vestido como cuando iba a misa. Me despedí y eché a andar calle abajo, con el ruido de las ruedas de la maleta rodando sobre el asfalto. Tenía dos semanas por delante para pensar en todo aquello. O, con suerte, para no hacerlo.

Capítulo 6

CAPÍTULO 6

Las agradables temperaturas otoñales terminaron bruscamente con la llegada de una borrasca. Lloviznaba mientras me dirigía a la parada, pero no quería llevar un paraguas y arrastrarlo todo el viaje para lo poco que iba a estar al aire libre durante el trayecto. Cogí el bus a tiempo y llegué al aeropuerto incluso antes de lo que esperaba. El conductor iba como loco y, como era temprano, no había mucha gente de las afueras que volviera a casa, por lo que una vez que salimos del casco urbano, casi no hizo paradas. Me dirigí directamente al control, ya que era lo que más pereza me daba, y al estar sola no tenía sentido esperar. El aeropuerto estaba en obras y tenía que atravesar un corredor desde la terminal vieja a la nueva para hacerlo. Pasé por todo el proceso casi sin darme cuenta, con la cabeza en mil sitios a la vez.

Llegué al piso superior, donde se encontraban las puertas de embarque, sin haber comprobado cuál era la de mi vuelo. Eché un vistazo rápido a una pantalla y vi que tenía que hacer el mismo camino hasta la terminal vieja, pero por arriba. Era una de las puertas que se veían a través de la cristalera desde los mostradores de facturación. Aún faltaba bastante para el embarque, así que me acerqué a las sillas que había junto al cristal. Miré hacia abajo, observando la gente que entraba, salía y hacía cola en la facturación. Había muchas familias con niños; se notaba que era Navidad. Y a unos metros, cerca de la entrada, estaba Fabián mirando a un lado y a otro. Me pegué al cristal y quise llamarlo, aunque sabía que no podría oírme. Pero no hizo falta, fue él quien volví la vista hacia arriba y nuestras miradas se encontraron.

El corazón me dio un vuelco. A regañadientes, tuve que reconocer que lo había echado de menos y me sentí aún más estúpida. Vi cómo sonreía y sacaba el móvil. Al cabo de unos segundos mi teléfono vibró, notificando un mensaje.

“No e llegado a tiempo xa pdirt prdon, no t vaias nfdada cnmgo q s 1 tonteria. Pasalo bien!”

Por si no me sentía lo suficientemente mal... Decidí bajarme del burro, como solía decir mi padre, y tecleé:

“No estoy enfadada, siento haberme puesto tan tonta. Nos vemos en dos semanas”.

Vi como Fabián miraba la pantalla de su móvil y le sonreí cuando levantó la vista hacia mí. Él me la devolvió y dio media vuelta para marcharse. Le dije adiós con la mano y me senté, sintiendo que me había quitado un pequeño peso de encima. Aun sabiendo lo absurdo que era ese enfado, me sentía incapaz de llamarlo. Me decía a mí misma que el motivo es que lo había estropeado todo al lanzarme encima suyo de esa manera en el parque, que había sido yo la que quería que no cambiara nada pero fui incapaz de actuar en consecuencia. La otra opción que me daba vueltas a la cabeza no quería contemplarla de momento. El caso era que me sentía mejor.

Subí al avión como en una nube y dormí durante todo el viaje. Al llegar a Barcelona, tomé un tren de cercanías que me dejó en la estación de Sants. El de Narbona salía a primera hora de la tarde y no tenía más que unas cuatro horas entre medio. No tenía tiempo de hacer turismo, pero me parecía demasiado para estar en la estación. Fui directa al punto de información y pregunté por las consignas y la oficina de turismo. Primero me dirigí a esta última y pedí un mapa de la ciudad. Comprobé que la Plaza España estaba solo a dos paradas de metro, y tampoco era mucha distancia a pie. La recordaba de una visita anterior con mis padres, siendo yo más pequeña. Mi padre tenía un cliente muy importante en Barcelona y viajaba allí con frecuencia.

Fui a las consignas y dejé mi maleta. De repente recordé el bulto que todavía no había desempaquetado y lo saqué para guardarlo en el bolso. Si bien tenía mucha curiosidad por saber qué contenía, también temía lo que podría encontrar.

Me apresuré para que no se me echara el tiempo encima, porque si no ya no merecería la pena salir de la estación. Cogí el metro y fui a dar frente a las conocidas torres venecianas al principio de la subida a Montjuic, con el magnífico Palacio Nacional al fondo. No llovía como en Vigo, pero hacía un aire frío bastante desagradable. Subí las escaleras hasta llegar a la fuente mágica, que en ese momento estaba apagada. La última vez que habíamos ido a verla era de noche y presenciábamos el espectáculo de verla cambiar de formas y colores al ritmo de la música. Me pareció una de las cosas más bonitas que había visto en mi vida. Añoré esos tiempos de felicidad e ignorancia y volví a pensar en el paquete que llevaba en el bolso. Mire alrededor, buscando algún sitio donde pudiera sentarme resguardada del viento. En un lateral de la fuente vi un pequeño puesto con algunas sillas. No vendían bocadillos, pero sí tenían bebidas y pedí una Coca Cola. Al momento lamenté no haber pedido algo caliente. No estaba todo lo abrigada que me hubiera gustado.

Pero alejé esos pensamientos y me centré en lo importante. No quería posponer más el momento de abrir el paquete. Lo saqué y lo coloqué en la

mesa, frente a mí. Respiré hondo y lo desenvolví. Me encontré con un libro de páginas amarillentas, pero con la encuadernación bien conservada salvo en la parte central, donde había unas marcas que sugerían que antaño había habido allí una pieza cuadrada de metal. "Una cerradura", pensé. Quizá fuera eso lo que abría la pequeña llave del camafeo. Si era así, ya no haría falta. Esa pieza parecía haber desaparecido tiempo atrás. Al abrirlo me di cuenta de que era una especie de diario. Contuve la respiración y busqué la primera página. Quizá aquello podría desvelar el misterio definitivamente.

Empecé a leerlo, pero el principio no aportó nada. Lúa parecía una adolescente normal. Quizá incluso un poco inocente e infantil. Hablaba de un viaje que había hecho con su padre a África, ni más ni menos. Por todo el diario había dibujos de diferente índole. Al parecer le gustaba, y lo hacía muy bien. Entendí entonces los dibujos de animales que había encontrado junto a la carta. Volví a centrarme en el texto. Conforme avanzaba, más serio se volvía. A partir de cierto punto empezó a hablar de Gabriel, el prometido de su hermana. Al principio sólo lo mencionaba sin darle mayor importancia, y luego su presencia era cada vez más importante hasta que se volvió casi obsesiva. Daba a entender que Gabriel la prefería a ella, pero que el compromiso con su hermana les impedía estar juntos. Era todo tan evidentemente poco objetivo que me pregunté cuánto habría de verdad y cuánto de fantasías de una niña enamorada. Por fin, llegué a la parte que me interesaba.

"Gabriel me ha dicho que ha descubierto dónde se esconde un tesoro de nuestra familia. Antía también lo sabe, y legítimamente es de las dos, pero ella pretende quedárselo. Me parece muy injusto, y estoy de acuerdo con él en que no se lo merece. Tengo que vigilarla de cerca.

Gabriel quiere que lo ayude a encontrarlo, pero no sé si sabré. Espero no decepcionarlo."

Leí por encima hasta llegar a otro fragmento que pudiera contener algo importante. Encontré otro fechado de unos días más adelante:

"Gabriel dice que ha escondido los documentos originales tras un cuadro del despacho de papá, en la empresa, porque cree que Antía los quiere robar y encontrar el tesoro primero. Dice que está escondido en el pazo de nuestro abuelo, pero de momento nadie ha ido allí. Si me enseñara el sitio, quizá sería capaz de ayudarlo, pero no quiere hacerlo. Dice que aún no es el momento, que cuando lo sea, lo cogeremos para poder huir

juntos y casarnos.”

Miré el reloj y me di cuenta de que había estado tan absorta que el tiempo había pasado volando. Solo quedaba ya una hora para la salida del tren. Pagué la bebida y corrí hasta el metro. Tenía todo el cuerpo entumecido del frío y las piernas me dolían al forzarlas de repente, pero no podía permitirme llegar tarde.

Tuve el tiempo justo de recoger mi maleta en la consigna y comprar un bocadillo. Una vez instalada en el tren, procedí a comérmelo y volví a coger el diario. Después de lo último que había leído, sólo decía que sus empleados le habían contado que Antía había ido al pazo, y que había intentado hacer que el chófer que la llevó se lo confirmara, pero que se negó a decirle nada. Las últimas páginas estaban arrancadas y no había ni rastro de ellas. ¿Las habría arrancado mi abuela? De ser así, ¿Por qué? ¿Y dónde estaban? Lejos de haber desvelado el misterio, aquel diario había generado más incógnitas. Al menos me concedía una nueva vía de investigación, pese a que fuera poco probable que llevara a buen puerto: los documentos que escondió Gabriel.

Volví a guardar el diario y dormí casi todo el camino. No era demasiado, más o menos unas tres horas y media. Desperté ya en Francia, a unos veinte minutos de casa. Sentía crecer la emoción de ver a mis padres y mi hermano. Cuando estaba en Perpignan apenas los veía. Entre unas cosas y otras, pocos fines de semana volvía a casa. Pero el saber que están cerca y puedes verlos en cualquier momento te da tranquilidad. Después de los últimos meses en Vigo, me daba cuenta de hasta qué punto los echaba de menos.

Al fin entramos en la estación y bajé del tren. Había insistido mucho para que no me fueran a buscar, y me alegró ver que me habían hecho caso. Mi casa estaba sólo a diez minutos a pie y me apetecía mucho volver a andar por las calles en las que crecí. Crucé el boulevard Frédéric Mistral y me adentré en el centro. Allí los edificios eran de estilo mediterráneo, y la mayoría de ellos no tenía más de cuatro pisos de altura. No me había dado cuenta de cómo había echado de menos tonterías como esa, o como los balcones. Un simple trozo de reja metálica que en Vigo era tan difícil de ver. Exceptuando los edificios más antiguos del centro, la mayoría de obra nueva allí tenía balcones cerrados y fachadas lisas. Me lo tomé con calma, disfrutando cada segundo de soledad en mi terreno antes de ser absorbida por la familia hasta que volviera con la abuela. Los recuerdos me abordaron al llegar a la Plaza del Ayuntamiento y contemplar el Palacio de los Arzobispos, frente al cual había pasado tantas tardes con mis amigos de la infancia. Apreté el paso, impaciente por ver a mi familia. Ya casi había llegado. Mi casa daba a la Cours de la Republique, con unas estupendas vistas al río, pero se entraba al edificio desde una pequeña

calle lateral.

Saqué la llave que no había usado desde hacía meses y la introduje en la cerradura. Pero al llegar a la puerta del piso, decidí no entrar por las buenas. Seguro que les haría ilusión abrir la puerta y verme. Llamé al timbre, y cuál fue mi sorpresa al ver que me abría una cara desconocida. Era una chica pequeña de cabello rubio y ojos de un azul intenso, con una piel tan blanca como la pintura de la puerta que sostenía entre sus manos. Miré el cartel que indicaba el piso en el que me encontraba, pensando que me había equivocado.

—Tú debes de ser Julie —dijo con una enorme sonrisa. Me alegró muchísimo volver a escuchar hablar en francés, idioma con el que me sentía infinitamente más cómoda.

—Sí, ¿y quién eres tú?

—Perdona. —Me tendió una mano—. Soy Brigitte, la novia de Damien.

—¡Oh! Encantada —repuse, estrechándosela.

—¡Julie! —Mi hermano apareció por detrás de Brigitte y me abrazó con tanta fuerza que por poco me asfixia. Me levantó en volandas y me llevó hasta el salón, dejándome caer pesadamente sobre el sofá. Hacía poco era un niño pequeño, y ahora estaba hecho un hombretón. Tenía diecisiete años, y en los tres últimos había crecido una barbaridad. Además, habían sido los que estuve en la universidad y no lo veía cada día, con lo que cada vez que lo hacía notaba el cambio más drásticamente.

—¿Qué te has hecho en el pelo? ¿Ahora eres un modernillo de esos? —Su color natural era castaño oscuro, como el mío, pero se lo había teñido de negro azabache y lo llevaba muy corto de un lado, largo y pegado a la cabeza desde la coronilla hasta el flequillo y de punta por el lado contrario. Su forma de vestir también había cambiado; llevaba un jersey a franjas grises y negras, pantalones de pitillo negros y botas de montaña gris oscuro.

Reparé entonces en el estilo de su novia. Me costaba creer que no me hubiera llamado la atención nada más verla. No era una gran seguidora de la moda, pero creía firmemente en que el marrón solo pegaba consigo mismo. Llevaba una camiseta de algodón de cuello alto marrón oscuro, y sobre ella un vestido negro de tirantes de una tela con pinta de gruesa que le ajustaba hasta la cintura y luego colgaba en un faldón hasta los tobillos. Por debajo asomaban unas botas negras de tacón que parecían lo único salvable del conjunto.

No suelo fijarme nunca en lo que lleva la gente, soy una chica de camiseta y vaqueros, pero esos dos formaban una curiosa estampa.

—Hay que ir a la moda, hermana —contestó.

—¿Ha llegado? —Mi madre apareció corriendo por el pasillo y se abalanzó sobre mí. Me dijo que mi padre había salido, pero que llegaría en seguida.

Todo fue como esperaba: agotador. Querían que les contara muchas cosas, y las únicas interesantes eran aquellas de las que no podía hablar. Le di el queso a mi padre y le dije que la abuela estaba bien. De todas formas, hablaba con ella a menudo, así que decidí contarles que quedaba mucho con Fabián antes de que lo hiciera ella. Aclaré que sólo éramos amigos, pero conocía a mi familia. Mi madre ya tenía un brillo de emoción en los ojos que prometía un acoso constante hasta que volviera a Vigo. Mi hermano haría lo propio, pero pinchándome. Mi padre sería el único que me daría tregua, ignorando cualquier cosa que implicara un chico cerca de mí. Vivía más feliz así.

Esa noche, Brigitte se quedó a cenar y tuve ocasión, igual que en los siguientes días, de conocerla un poco mejor. Era raro ver a Damián con novia, porque a mis ojos aun jugaba con Action Mans, pero tuve que reconocer que se les veía muy bien y hacían buena pareja. Los dos eran muy activos y lo hacían todo juntos, desde repostería hasta ir a conciertos.

Por mi parte, no podía esperar más para indagar sobre lo que mi padre supiera de mis abuelos. Quizá lo de su familia no fuera tan secreto y simplemente nunca nos lo habían contado a los nietos. Quería hablar con él en privado, pero no encontraba la ocasión. Trabajaba todos los días, salvo los festivos, y yo también aproveché para ver a los amigos de Narbona y Perpignan y tenía el tiempo cronometrado.

El día de año nuevo llegó y pasó, y aún no había encontrado la ocasión. Finalmente, el día antes de marcharme saqué el tema durante la cena.

—Oye papá.

—¿Sí?

—¿Qué sabes de la familia gallega? ¿Quiénes eran tus bisabuelos?

—¿Por qué lo preguntas? —Me planteé decirle que había encontrado una foto, pero no sería buena idea. En caso de que no supiera nada, sabría que la abuela le había mentado y no quería que él también entrase en aquel asunto.

—Por curiosidad. Ya sabes lo cerrada que es la abuela. —Vi por el rabillo del ojo a mi madre asintiendo—. No he querido preguntarle, pero me gustaría saber si tengo primos segundos o más familia por allí.

—Bueno, por parte de tu abuelo sí. Tengo un primo y una prima, hijos del hermano de mi padre. Sé que tuvieron hijos, pero ni idea de cuántos son ni cómo se llaman. Ni siquiera sé si siguen viviendo en Vigo. Por parte de tu abuela no hay nadie. No llegué a conocer a mis abuelos, sé que murieron cuando ella era muy joven.

—Vaya, pobre —dije sin mucho convencimiento. Así que ni siquiera le había dicho a mi padre que había tenido una hermana.

—¿Quieres que llame a mi primo y le pregunte, a ver si puedes conocer a sus hijos?

—¡No, papá! No te preocupes, ya lo averiguaré. Ya te digo que era simple curiosidad.

—Pensaba que igual te sentías sola y querías salir con gente de tu edad —repuso mi padre.

—No, he hecho algunos amigos en la universidad.

—Y el hijo de tu colega —apuntó Damián. Lo fulminé con la mirada.

—Casi no nos has hablado de él, y me parece muy mal —añadió mi madre.

—Danielle, deja a la chica tener intimidad. —Miré a papá, agradecida. Mi madre me miró, suplicante. Tendría que darle algo para que se quedara contenta, pero no lo iba a hacer en público.

La cena terminó sin nada más destacable y llegó la hora de ir a hacer la maleta. Como era pequeña, no me llevó mucho tiempo. Me aseguré de guardar bien entre la ropa el diario de Lúa, que había leído y releído mil veces durante esos días. Cuando estaba acabando de cerrarla, entró mi madre en la habitación. Rondaba los cincuenta, pero no los aparentaba ni de lejos. Llevaba siempre suelto el pelo rubio, largo y ondulado, y hacía ejercicio cada día, por lo que tenía una figura excelente. Yo había heredado sus rasgos finos, pero estaba lejos de ser tan guapa como ella. Se sentó en la cama junto a mí.

—Ay, pequeña... cómo te echo de menos —dijo.

—Y yo a ti. A todos.

—Sabes que puedes volver cuando quieras, no tienes por qué estar allá confinada con tu abuela.

Hacía unos meses pensaba exactamente lo mismo, pero me sorprendí a mí misma echando de menos Vigo.

—No se está tan mal —repuse. Mi madre me miró con el ceño fruncido.

—Es por ese chico —afirmó.

—Nada de eso.

—Por supuesto que sí. ¿Por qué sino ibas a estar a gusto allí aislada?

—No estoy aislada, me gusta la ciudad. —Busqué rápidamente algo bueno que se me ocurriera sobre ella—. Es tranquila, la gente es siempre muy amable, las temperaturas son buenas y el clima sería excelente si no lloviera tanto...

—¿No tienes nada mejor? —Mi madre se había montado su película y sería difícil sacarla de ella.

—¡Ni siquiera me hablo con Fabián! —estallé. Mi madre se recolocó y entrelazó los dedos, poniendo las manos sobre su regazo. Tenía puesta su cara de psicóloga y vi que había caído en la trampa, pero me di cuenta de que realmente necesitaba hablar—. Me enfadé con él por una tontería y estuve evitándolo. Llevo un mes sin cruzar con él más que cuatro mensajes de móvil.

—¿Si sabías que era una tontería, por qué te enfadaste?

—No lo sé. Sólo sé que quería estarlo. —Bajé la mirada y mi madre agachó la cabeza como si quisiera volver a conectarla con la suya. Me miró fijamente unos segundos hasta que de repente dio un respingo.

—¡Te liaste con él! —Me puse roja de tal forma que no necesitó más respuesta. No entendía cómo lo hacía, en más de una ocasión había pensado que era capaz de leer la mente—. ¡Y te gusta, pero tú no quieres que te guste! ¡Por eso intentas alejarte de él con excusas tontas!

—Mamá, no va así la cosa.

—Claro que sí. ¿Tú le gustas a él? —Empezaba a ponerme muy nerviosa; no me gustaba nada hablar de mi vida privada. Ni con mi madre, ni con nadie. Notaba la cara ardiendo.

—¡Yo que sé! A veces creo que sí.

—Pues ya está, tienes que pedirle disculpas. Será lo primero que hagas cuando vuelvas —sentenció. Se puso en pie con expresión satisfecha y se dispuso a salir.

—Esto no funciona así —insistí en voz baja.

—No seas tonta —replicó desde la puerta.

Estuve dispersa el resto del día y, cuando por fin me dormí, soñé con él. En mi sueño, iba a su bar para hablar con él y hacer las paces, pero estaba con otra chica. Cuando me desperté estaba todavía más enfadada. Con Fabián por irse con otra aunque fuera en mi cabeza, y conmigo por que mi madre tuviera razón y me conociera mejor que yo misma. Estaba echa un lío, y me esperaba un largo día de viaje.

Capítulo 7

CAPÍTULO 7

Por fin llegué al aeropuerto de Vigo, pero perdí el autobús por los pelos. Lo vi marcharse, impotente, y estaba demasiado cansada como para esperar media hora. Saqué el móvil y volví a cambiar la tarjeta SIM por la española antes de mandar un mensaje a mis padres para avisarles de que había llegado bien. Llovía a mares, así que volví a guardar el móvil y corrí hacia el primer taxi de la cola.

—¡Hola! —Entré en la parte de atrás y cerré de un portazo—. Voy a la Calle Santiago. Puedes dejarme en el Paseo Alfonso, o en la Plaza del Rey. Como te vaya mejor.

—Vaaaamos allá —contestó el conductor, de buen humor.

El taxista quería charlar y empezó hablando del tiempo. Le iba contestando, distraída, mientras me imaginaba tumbada en mi cama.

Esta vez había tenido mucho más tiempo de escala en Barcelona. Había llegado sobre las doce y el avión no salía hasta las siete de la tarde. Tendría que estar allí al menos una hora antes, pero eso me dejaba casi seis horas y ya estaba en la propia estación. Aproveché para hacer todo el turismo que pudiera y, de paso, no pensar en lo que me tocaría hacer al llegar. Visité la Sagrada Familia primero, y después fui hasta Paseo de Gracia y bajé andando hasta el puerto por las Ramblas. Comí rápidamente un bocadillo, como en el viaje de ida, y a las cinco ya estaba otra vez en la estación de Sants para coger el tren del aeropuerto. Cuando estuve en el andén y vi en la pantalla las paradas que hacía, me di cuenta de que lo podía haber cogido también desde Paseo de Gracia y no habría tenido que correr tanto, pero en fin. Ya estaba allí, qué le íbamos a hacer.

El resto fue lo normal; pasar los controles, buscar la puerta de embarque y esperar. La verdad es que no me entusiasmaba nada el avión. Los asientos eran estrechos e incómodos, la temperatura nunca era agradable, ya fuera por demasiado frío o demasiado calor y, en el peor de los casos, el oído me zumbaba dolorosamente durante todo el viaje. Prefería el tren, pero eran demasiadas horas y demasiado caro.

Me di cuenta de que me había quedado traspuesta y volví a la realidad mientras el taxista me informaba de que habíamos llegado. Pagué la tarifa fija por venir desde el aeropuerto y bajé. Al final me había dejado en la

Plaza del Rey. No pude evitar recordar la noche en que Fabián me trajo en brazos. Y pensar que en aquel momento me había molestado... “Bueno, no te quedes bajo la lluvia. Puedes pensar en eso en casa, o incluso no pensarlo” me dije. Corrí hasta entrar en la familiar callejuela y, por fin, llegué a la puerta. Introduje la llave y entré. Mi abuela estaba en el comedor y se levantó con una sonrisa para venir a recibirme.

—¿Qué tal? ¿Lo has pasado bien?

—Sí abuela, todos te mandan un beso —contesté con una sonrisa.

—Bueno, tienes cena en la cocina. —Y tal como había venido a saludarme, se volvió a sentar. Mi abuela tenía sus cosas y era de un carácter seco, pero no podía ser una asesina de ninguna manera. Unas fotos y un diario confuso de una adolescente no eran una prueba sólida. Decidí darle un voto de confianza y no creerlo hasta que la encontrara.

Cené con los ojos cerrándose del cansancio y me fui a dormir nada más terminar.

Al día siguiente me había propuesto dos cosas: hacer las paces con Fabián y continuar con la investigación. Ahora era algo personal. Para lo primero me esperé a la tarde. Me había enterado de que jugaba el Celta y sabía que tendría mucho trabajo en el bar. Eso haría que la cosa fuera rápido y le restaría incomodidad. No quería una reconciliación intensa.

Antes de eso, aproveché que mi abuela había salido a comprar para subir al trastero y coger el camafeo. Seguía en el mismo sitio, debajo de la cómoda. En un impulso, cogí también una de las fotos donde aparecían mi abuela y Lúa y volví a dejarlo todo tal como estaba.

Estaba nerviosa cuando llegué a la calle Real. Me había imaginado mil situaciones distintas. La única que no me esperaba es la que encontré al doblar la esquina. Apoyada en la pared al lado de la entrada del bar había una chica morena con un tipo espectacular que tonteaba claramente con Fabián. Me quedé de pie a unos metros de ellos, sin saber si acercarme o dar media vuelta. Estaba claro que me había creído demasiado lo de que yo le gustaba. Me sentí avergonzada y decidí marcharme, pero antes de tener tiempo a dar media vuelta, Fabián me vio.

—¡Julia, ya estás aquí! —Se acercó al trote y me dio un fuerte abrazo. Se lo devolví débilmente. La chica nos miraba con cara de fastidio, pero se acercó a nosotros.

—Fabián, me voy. Nos vemos luego —se despidió, apoyándole la mano en

la cintura.

—Vale, chao —respondió Fabián con alegría. La chica me miró.

—Adiós —dijo, claramente hostil.

—Adiós... —contesté tímidamente. Se marchó lentamente, como esperando a que Fabián la detuviese, pero él estaba centrado en mí.

—Bueno, ¿qué tal ha ido?

—Antes de nada quiero pedirte perdón, yo...

—Julia, fue una estupidez —me interrumpió—. Sé que crees que eres sosa y te dolió que lo dijera. Quiero que sepas que no lo eres y siento mucho que te lo tomaras así. Estaba de broma, pero procuraré no chincharte tanto en el futuro.

—No. Quiero que me chinches. —No quería que me tratara con cuidado por si me enfadaba, eso me hacía sentir todavía más idiota. Fabián arqueó una ceja, interrogante—. Es decir, que quiero que seas tú mismo. Estoy de acuerdo en que ha sido todo una tontería.

—¿Amigos?

—Amigos.

“Amigos” repetí para mí. Quizá hubiera perdido mi oportunidad con él.

—Por cierto, ¿quién era esa? —Fabián soltó una carcajada.

—No te pongas celosa. Ya sabes que sólo te quiero a ti. —Me rodeó los hombros con su brazo, guiándome hasta la puerta del bar. Sentí que me sonrojaba. “Una de cal y una de arena” pensé.

—Pero aun así no me dices quien era...

—Mi amiga Alba —suspiró—. ¿No creerás que no tenía una vida antes de conocerte?

—No me habías hablado nunca de ella.

—Ya, ni tampoco de ninguno de mis amigos. —Era cierto, no sabía con quien se movía y era absurdo pensar que todo su mundo era su padre, su hermano y yo.

—¿Y eso por qué? —Fabián se encogió de hombros.

—No sé, no pegan contigo.

No me dio tiempo a preguntar más. Entramos en el bar y había demasiado ruido. Tenían una tele de pantalla plana en la pared, junto a la entrada, y estaba lleno de gente con bufandas del Celta mirando hacia ella.

—¡Hay mucho maricón aquí! —gritó Fabián. Lo miré sorprendida. Un chico de pelo negro y muy rizado, sentado en la mesa más cercana y equipado completamente con el uniforme del Celta, lo miró aviesamente. Su padre pasó por al lado en ese momento y le dio una sonora colleja que le hizo soltar una maldición—. Papá, ¿te importa si me retiro un rato?

Su padre lo miró con el ceño fruncido. Fabián se plantó frente a la televisión.

—¡Parroquianos! ¡¿Estáis todos servidos?! —gritó.

—¡Apártate! —contestó alguien.

—Diría que sí me puedo retirar un rato —le dijo a su padre con una sonrisa.

—Id a la Sala Vip —contestó él, riendo también. Estaba segura de que nadie podía resistirse al carisma y desparpajo de Fabián. Ni siquiera su padre.

La Sala Vip resultó ser un cuarto junto a la cocina que usaban a modo de almacén. Tenía también una tele pequeña y vieja que Fabián encendió para poner el partido de fondo.

—¿Quién era el chico del pelo rizado?

—Mi primo —se rio él—. Ligó por internet con una sevillana, que resultó ser un sevillano.

—Eres cruel —dije, reprimiendo una sonrisa.

—Bueno, a lo que interesa. Por aquí han pasado muchas cosas, y muy buenas.

—Ponme al día.

—La primera es que mi hermano ha tenido una sobredosis.

—¡Dios Santo! ¡¿Y eso es bueno?!

—¡Sí! Porque por fin ha decidido poner remedio e intentar rehabilitarse.

Sentí una alegría inmensa por él.

—Me alegro muchísimo, de verdad. —Fabián asintió y pasó al siguiente tema.

—Lo segundo: He averiguado algunas cosas —dijo, orgulloso.

—Seguro que no más que yo. —No pude contenerme más. Era mi turno. Rebusqué en el bolso y le lancé el diario, que cogió al vuelo.

—¿Qué es esto? —preguntó mientras lo abría, con el ceño fruncido.

—El diario de Lúa.

Fabián me miró fijamente.

—¿Cómo lo has conseguido?

—En el mismo sitio que esto. —Le tendí el camafeo de mi abuela y la fotografía en que aparecían las dos. Fabián las cogió y miró detenidamente.

—Es...

—Mi abuela —interrumpí—. Sí.

Desvió la mirada en silencio y la volvió a fijar en la foto. Parecía estar pensando qué decir.

—Si es que en todas partes cuecen habas... —dijo finalmente. Con él, nunca sabía que reacción esperar—. Hazme un resumen del diario.

—Básicamente, el tal Gabriel era el prometido de su hermana, mi abuela, aunque estaba liado con ella. Tenían pensado robar un tesoro familiar, que Lúa sospechaba que ni su propio padre sabía que existía, y luego fugarse juntos.

—Y su hermana los descubrió y la mató.

—Eso está por ver. —Mi abuela era inocente hasta que se demostrara lo contrario—. El caso es que al final dice dónde está el tesoro y el mapa para encontrarlo, pero no son las últimas páginas que escribíó. Esas están

arrancadas.

—¿Y bien?

—Cuenta que Gabriel encontró en la empresa un mapa de la casa del marqués, el padre de Avelino Soto, entre el papeleo de éste. Al parecer, pertenecía a un antepasado suyo que había encontrado el tesoro.

—¿Dónde?

—No lo dice; no creo que lo supiera. Sólo que Gabriel guardó esos documentos, pero luego le dijo que sospechaba que mi abuela se los quería robar y los escondió en otra parte.

—Entonces, tu abuela sabía lo del tesoro.

—Sí, sabía que Gabriel iba detrás, pero no que Lúa estuviera con él.

—Vaya culebrón —murmuró Fabián, meneando la cabeza incrédulo. Asentí.

—Y sospecho que no sabemos ni la mitad. El caso es que sí dice dónde escondió Gabriel esos documentos, pero no es muy precisa al respecto: En una fotografía que tenían en el despacho principal. —Hice una pausa para que digiriera la información antes de añadir—. Lo tenemos difícil.

—Quizá lo que yo he averiguado valga para algo, entonces. He ido a la biblioteca central a buscar más cosas sobre la empresa de ese tío —dijo.

—Mi bisabuelo. —No lo había llegado a conocer, pero sentía que merecía un respeto.

—Ese. Pues resulta que su conservera sigue en funcionamiento aun hoy.

—¡¿Qué?! —Eso no me lo esperaba, contaba con que no quedaría ni rastro de nada.

—Cuándo murió, su empresa pasó a un sobrino suyo. La mantuvo unos años, pero dejó claro que no era hombre de negocios y otra empresa acabó absorbiéndola antes de que la llevara a la ruina. Del sobrino no he averiguado nada más porque no creo que sea importante. El caso es que los nuevos dueños lo han mantenido en funcionamiento, pero no sé qué habrán hecho con las cosas de esa época.

—Pues averigüémoslo —dije.

—¿Qué propones? —Fabián se apuntaría a cualquier cosa.

—Vayamos diciendo que somos estudiantes haciendo un trabajo sobre el desarrollo de las conserveras en Vigo en el siglo XX. A ver si nos pueden hacer una pequeña visita guiada y explicarnos su historia.

Fabián no parecía muy convencido, pero accedió.

—Probemos a tu manera. Mañana es domingo, estará cerrado. ¿Vamos el lunes?

—Imposible, empiezo las clases y tengo algunos cambios en el horario. Estaré todo el día en la universidad.

—¿Martes por la tarde, enton?

—Vale.

El tiempo pasó lentísimo, pese a que aproveché para adelantar los estudios, en previsión al tiempo que iba a perder con el asunto de mi abuela. Por fin llegó el martes y cogimos un autobús hacia Bouzas, donde estaba la nave. Me quedé impresionada por su enorme tamaño. Ahora sí que me explicaba que la familia de Lúa tuviese tanto dinero en plena posguerra; debía haber sido de las más importantes de la ciudad.

Nos dirigimos a lo que parecía la entrada principal, que estaba abierta. No había nadie por allí. Fabián y yo nos miramos, dudando si entrar por las buenas o esperar a que apareciera algún empleado. Al final fue Fabián el que tomó la iniciativa y subió por las escaleras que, suponíamos, llevaban a las oficinas. Aun no habíamos subido el primer tramo cuando nos detuvo una voz a nuestras espaldas.

—¡Eh! ¿A dónde vais? —En la entrada donde habíamos estado unos segundos antes había un hombre bajito y calvo vestido de traje. Fabián abrió la boca para contestar, pero yo me adelanté.

—Disculpe, no encontrábamos a nadie. Estamos haciendo un trabajo sobre la industria de la ciudad...

—¿Un trabajo para quién? —me interrumpió bruscamente.

—Para la universidad... —contesté, desconcertada. Me dio la impresión de que el hombre se relajaba un poco, pero continuaba desconfiado—. Bueno, lo que queríamos era preguntar si alguien podría explicarnos un

poco la historia de la empresa, responder algunas preguntas...

—Lo siento, no tenemos tiempo para eso. —El hombre subió las escaleras hasta llegar a nuestra altura y me puso una mano sobre la espalda, empujándome suave pero firmemente hacia la salida—. En nuestra página web encontrareis todo lo que necesitáis saber.

—Pero es que ya hemos mirado y...

—Señorita, aquí trabajamos, no hacemos visitas turísticas. Ahora, si me hacen el favor... —terminó la frase con un gesto de la mano en dirección a la puerta. Parpadeé sorprendida, tanto por sus malas maneras como por ser la primera vez que escuchaba en la vida real a alguien decir "señorita" de esa forma. No me molesté en contestarle, di media vuelta y salí con la cabeza alta. Fabián me alcanzó sin decir nada, tenía cara de haberle costado un gran esfuerzo no partirle la cara al empleado. Había hecho bien hablando yo.

Al dar la vuelta al edificio para volver a la parada del autobús pasamos por delante de la zona donde entraba el personal que no era de oficinas. Había un pequeño grupo fumando, y entre ellos un chico joven con una especie de mono azul que nos vio y sonrió.

—¡Hombre! —Fabián y yo levantamos la vista. No lo conocía, pero al parecer él sí—. ¿Qué hay, meu?

—¡Bueno, carallo! No sabía que trabajabas aquí. —Se acercó al chico. Yo me quedé donde estaba a la espera de que acabara e irnos. O presentarme, pero esperaba que fuese lo primero; estaba de muy mal humor.

—Claro, porque no me llamas —repuso el chico con enfado fingido.

—Ni tú a mí, mira tú.

El diálogo absurdo se prolongó un par de minutos hasta que Fabián le contó la versión oficial de nuestra presencia allí y cómo, en palabras suyas, "nos habían dado una patada en el culo".

—Es que está la cosa muy mal por aquí —dijo el chico—. Estamos con movidas de juicios porque no nos pagan. Como esto siga así, la empresa se va a la mierda.

—A ver si el imbécil ese se pensaba que éramos inspectores o algo —replicó Fabián.

—Será por las pintas. ¿Cómo era el tío?

—Un enano calvo con cara de lameculos. —El chico se rio.

—Vale sí, el Jose Carlos. Es un imbécil.

—Mira, ¿no sabrás tú, por casualidad, dónde fueron a parar las cosas viejas de la empresa?

—Si te refieres al antiguo dueño, creo que a Pereiró. —Su cara se alegró al recordar algo—. Tendríamos que repetir un botellón de esos, ¿te acuerdas? ¡Fijo que no, cabrón, que llegabas ya ciego!

Me eché a reír sin poder evitarlo y Fabián me lanzó una mirada de reojo que no supe si era de enfado, vergüenza o una mezcla de todo.

—Oye, ¿no me presentas a tu amiga? —continuó su compañero de juergas.

—No. Y me refiero a las cosas materiales que habían aquí antes. Muebles, maquinaria, documentos, fotos...

—Que yo sepa, algunas cosas las donaron al Museo del Mar y otras se guardaron aquí en uno de los almacenes.

—Vale, gracias. Tenemos que irnos, ¡me alegro de haberte visto!

—Igualmente, colega.

Se despidieron con una palmada mutua en el brazo y Fabián volvió junto a mí.

—Te conocí borracha, así que te callas —dijo, antes de darme tiempo a hablar.

—La meilleure défense, c'est l'attaque.

—¿Qué?

—Nada. ¿Dónde está el Museo del Mar? —inquirí.

—¿No es más fácil colarnos en el almacén, ya que estamos aquí? —Lo miré fijamente, intentando averiguar si hablaba en serio. Llegué a la conclusión de que sí.

—Probemos por las buenas primero —sugerí.

—Bueno, el Museo está por Alcabre, pero no sé a qué altura.

—¿Y está lejos? —Conocía el centro bien, pero nunca había ido a esos barrios.

—Pues depende de la altura a la que quede —repitió.

Saqué el móvil y busqué su ubicación en el mapa todo lo rápidamente que me permitió mi lentísima conexión. Cuando lo tuve en pantalla se lo enseñé a Fabián.

—Uf, está casi en Samil.

—¿Eso es cerca o lejos? —No tenía ni idea de qué era ni dónde estaba Samil.

—Lejos, desde aquí igual es una media hora a pie. —Miré el reloj y vi que eran las seis.

—Cerrará a las ocho, supongo. Nos da tiempo. ¿Vamos ahora?

—Como diga la señora —repuso, y echó a andar.

A medio camino empezó a lloviznar otra vez. No había visto el sol todavía desde que había llegado. Tardamos un poco más, y al llegar era ya de noche. El museo parecía una fábrica antigua rehabilitada, y quizá así fuera. El horario de la entrada indicaba que cerraba a las siete y no a las ocho, y tuvimos que darnos prisa. No teníamos tiempo de vagar buscando lo referente a la empresa, así que fuimos directamente a la primera persona que vimos que trabajara allí para preguntar por lo que nos interesaba. Nos dio indicaciones y resultó estar en la otra punta del museo. Corrimos hacia donde nos habían dicho y no fue difícil encontrarlo, ya que ocupaba bastante espacio de exposición.

Por aquellos tiempos se llamaba "Conservas Fortuny". Avelino Soto no había cambiado el nombre de la familia de su madre. Había algunos instrumentos y máquinas, pero fuimos directos a las fotos. Para mi gran decepción, la mayoría eran copias. Las pocas que no lo eran no estaban en sus marcos originales, sino sobre un fondo blanco tras un cristal. Si detrás de alguna de ellas había habido algo en su momento, desde luego alguien lo habría encontrado o tirado hacía tiempo.

—Esto es un callejón sin salida —dije.

—Eso parece.

Suspiré y nos miramos.

—Pues para casa, supongo. —Fabián asintió y salimos a la calle en busca de la parada de autobús más próxima. El que pasaba por allí nos llevaba más o menos hasta el centro comercial del puerto.

Ya en el autobús, Fabián me preguntó cómo me había ido en casa, ya que al final el sábado no le había contado nada. Durante el resto del trayecto le hablé de mis vacaciones. Aunque me escuchaba y hacía comentarios a lo que le decía, se lo veía pensativo. Estaba segura de que seguía dando vueltas al tema, igual que yo.

Me dejó en casa y se marchó sin muchas ceremonias. Saludé a mi abuela y, después de cenar con ella, me retiré a mi habitación alegando que tenía que estudiar. Antes de nada miré en la página web de Conservas Fortuny, ahora llamada "Hernando e hijos", y no había nada que me pudiera ser útil. Luego busqué en Google todo lo que pudiera encontrar, pero no se hacía mención a nada de lo que a mí me interesaba. Solo nos quedaba probar otra vez en la propia fábrica, quizá el amigo de Fabián nos pudiera ayudar. "Mañana se lo digo" pensé. Acto seguido cogí los apuntes, pero me interrumpió el sonido del móvil. Era un mensaje suyo:

"tngo los docs, voi a tu ksa".

Capítulo 8

CAPÍTULO 8

¿Cómo que tenía los documentos? ¿Y cómo que venía para casa? No entendía nada. Ya no me pude concentrar en los estudios; paseé nerviosa de un lado a otro de la habitación hasta que escuché un fuerte golpe en la ventana. Di un salto del susto, pero conseguí no gritar. Me asomé y vi a Fabián, con una piedra en una mano y una carpeta en la otra. Abrí la ventana.

—¿Me has tirado una piedra? ¿Y si hubieras roto el cristal? —susurré.

—Te hubiera puesto uno nuevo. No sería el primero que rompo. ¿Puedo subir?

—Claro que no, mi abuela está en casa. —Di las gracias por que su habitación diera al otro lado. Fabián hizo caso omiso y se acercó a la pared. La examinó un momento antes de empezar a trepar con una habilidad pasmosa, encontrando el más mínimo saliente donde apoyarse.

—Aparta —dijo cuando estuvo casi arriba. Entró por la ventana y cayó sobre mi cama, que estaba justo debajo. Por suerte para él, tuvo cuidado de no mancharme las sábanas con los zapatos sucios. Miró a su alrededor—. Así que esta es tu habitación.

Su mirada se detuvo en las bragas sucias que había dejado tiradas de cualquier manera detrás de la puerta, y que me apresuré a recoger. Fabián se rio.

—Venga, empieza a hablar —dije, impaciente.

—Pues nada, llamé a Diego, mi colega que trabaja en la conservera, y me dijo que tenía turno hasta las diez de la noche. Volví para allá y le pedí el favor de que me colara en el almacén. Esperamos a que se hubiera ido toda la gente de las oficinas, me prestó un mono como el suyo por si me grababa alguna cámara de seguridad y me dijo donde era.

—Cada día me sorprendes más. —Sentí una punzada de envidia porque lo hubiera hecho sin mí. Habíamos perdido toda la tarde por hacerlo a mi manera, que era no atreviéndome a hacerlo a la suya. Y él en sólo un par de horas lo había conseguido.

—Gracias. Pues, en resumen, había la tira de cajas y me llevó un rato, pero acabé encontrando una con fotos viejas. La más grande era una de la

patronal a finales de la década de los cuarenta. Allí salía tu bisabuelo, y pensé que si alguna de esas fotos estaba colgada en un despacho principal, debía ser aquella. Las demás no tenían mucho sentido; eran de trabajadores haciendo lo suyo y esas cosas. Esa estaba en el marco original y, efectivamente, era la correcta. Detrás estaba esto. —Abrió la carpeta que llevaba con él y sacó unas páginas amarillas y tías que parecía que se fueran a deshacer entre sus dedos.

—¿Las has leído? —pregunté.

—Sí, ¿te molesta?

—No, claro que no. —Y menos después de se colara en la fábrica de noche para encontrar esos documentos, pero volví a sentir celos por no haber podido compartir con él la aventura—. La próxima vez voy contigo —dije. Me miró, sorprendido.

—Como quieras, por mi encantado. Pero pensaba que este tipo de cosas no te iban.

“Las cosas que hace no me van y sus amigos no pegan conmigo” pensé, con algo de resentimiento. Me estaba sintiendo desplazada, pese a que nunca había estado con él en esas facetas de su vida.

El documento era de un tal José Soto y databa de 1826.

—¿1826?! —exclamé—. ¡Esto tiene casi 200 años!

—Por eso, ten cuidado. No aguantarán mucho trote.

Lo leí, tocándolo lo menos posible. Hablaba de una expedición de rescate de los tesoros de Rande en la que había participado colaborando con un inglés llamado Isaac Dickson.

—¿El tesoro de Rande?! —volví a exclamar. La cosa se ponía más interesante por momentos.

—¿Qué tal si lo lees todo primero y luego lo comentamos? —Tenía razón. Si no, no acabaría nunca. Leí con avidez acerca de cómo consiguieron recuperar mucha plata de uno de los barcos, que dividieron en ocho arcones. Se repartieron el botín a medias, pero oficialmente dijeron que no habían encontrado nada. El tal Dickson volvió a Inglaterra, pero José Soto, temiendo ser descubierto, escondió los baúles y dejó esa carta a sus herederos para cuando se olvidara la historia. Había una especie de plano adjunto, pero no sabíamos a qué pertenecía. Alcé la vista hacia Fabián, que me miraba expectante.

—Hay que descubrir de dónde es este mapa —dije.

—Eso está hecho. Mañana, mientras estés en clase, puedo ir a la biblioteca e investigar dónde vivió este señor.

—No, nada de eso. Quiero ir contigo. ¿Vamos por la tarde? —Fabián sonrió.

—Como quieras.

Por la mañana solo tenía dos clases, pero se me hicieron eternas, así como eterno se me hizo también el trayecto de vuelta y la comida con mi abuela. A las cuatro, por fin, cogí el paraguas y salí de casa. Estaba harta de la lluvia, llevaba lloviendo desde noviembre. No en grandes cantidades, ni tampoco de forma ininterrumpida, pero apenas daba tiempo a secarse el suelo entre una borrasca y otra. Echaba mucho de menos el sol.

Habíamos quedado en su bar. Entré puntual y lo encontré tras la barra.

—Hola. ¿Listo?

—Todavía no —dijo con cara de fastidio—. Mi padre tenía que llevar a mi abuelo al médico y he de esperar a que vuelvan.

—¿Le ha pasado algo a tu abuelo?

—No, es una visita normal para recoger recetas y consultar un par de achaques. Tenían hora a las cuatro y cuarto; espero que les cojan pronto.

Tomé asiento en unas de las mesas más próximas a la barra. Fabián cogió dos Coca Colas y vino a sentarse conmigo.

—Invita la casa —dijo, poniendo una ante mí.

—Gracias.

Volvimos a quedarnos en silencio. Di un sorbo y le miré disimuladamente. Antes de nuestro distanciamiento, Fabián no dejaba apenas silencios. Ahora miraba fijamente a la mesa, serio, y no podía evitar pensar que no se sentía cómodo conmigo como antes, aunque el sentido común me decía que no me diera tantos aires, que tenía peores problemas.

—¿Pasa algo? —pregunté.

—Nada.

Era mentira, estaba segura. Me di cuenta de que sabía muchos detalles poco importantes sobre él. Sabía cosas como que le gustaban las películas de ciencia ficción, el fútbol y la comida italiana, pero que detestaba la japonesa y a Tim Burton. Sin embargo, nunca hablaba sobre las cosas que le preocupaban de verdad. Incluso la historia de su familia me la había contado como si narrara algo que hubiera visto en la tele el día anterior.

—¿Dirías que somos amigos? —pregunté de repente. Lo cogí por sorpresa.

—¿A qué viene eso?

—A que si te preocupa algo y necesitas hablar, me tienes aquí. —Él negó con la cabeza.

—De verdad, no hace falta.

Ya había hecho el ofrecimiento; era cosa de él aceptarlo o no. No quería presionarlo.

—Bueno, es por mi hermano —dijo al cabo de unos minutos—. No está llevando nada bien la rehabilitación, pero no tiene nada que ver contigo y no quiero meterte.

Justo en ese momento entró Suso por la puerta. Se lo veía muy nervioso y parecía temblar. Me di cuenta de que debía estar en pleno mono.

—¿Y papá? —preguntó.

—Tenía que llevar al abuelo al médico. —Fabián continuaba en la misma posición aparentemente relajada, pero podía notar como tenía cada músculo de su cuerpo en tensión.

Suso se dirigió tras la barra y abrió la caja. Fabián se levantó de un salto.

—¿Qué ostias haces? —exclamó.

—Necesito dinero.

—Pues te lo ganas. —Se puso en pie y se dirigió a él con paso firme. Suso reaccionó propinándole un puñetazo en la cara que le mandó directo al suelo. Di un grito y me levanté de golpe, mirando a uno y a otro. Me bloqueé. No sabía si intervenir, llamar a la policía o qué. Ninguno de los dos parecía acordarse de que yo seguía allí. Fabián se incorporó con una

mirada fiera que no le había visto nunca.

—No voy a pelearme contigo —dijo. Con un movimiento veloz, le inmovilizó los brazos y lo llevó hasta la sala VIP. Le dio un empujón hacia dentro y cerró la puerta con llave. A continuación sacó el móvil y marcó un número de teléfono.

—¿David? Si, hola. Soy Fabián. Tengo a Suso desatado. Sí, en el bar. Aquí estamos, hasta ahora.

Colgó y me miró. Luego dejó caer los hombros, derrotado, y volvió a sentarse donde estaba con el sonido de fondo de los puñetazos de su hermano contra la puerta.

—¿No la reventará? —pregunté, preocupada. Volví a tomar asiento junto a él, aun en tensión.

—No te preocupes, aguantará. —Suspiró y echó la cabeza hacia atrás—. Está siendo muy difícil, esto pasa casi cada día.

—¿Quién es David?

—Un chico ya rehabilitado que le ayuda cuando tiene mono. Como este de Hermano Mayor, que salió de las drogas e hizo algo de psicología para ayudar a otros. —Estuvo un minuto en silencio antes de continuar—. Ay Julia, no me puedo quejar. Me llevo bien con mi padre y hago lo que me da la gana. Pero este tema de mi hermano me supera a veces.

—Normal. No parece fácil, ni justo que tú tengas que hacerte cargo.

—Bueno, dejémoslo. He estado pensando en que no podemos ir por ahí con los documentos originales. —Cambió de tema bruscamente—. Habría que hacer una copia o algo.

—Ya he pensado en eso. —Saqué del bolso un folio donde había dibujado el mapa—. Toma, este es para ti. Yo tengo otra copia.

Matamos el tiempo viendo un programa de cotilleos y comentándolo mientras esperábamos al "hermano mayor" e ignorábamos los golpetazos, que iban aumentando de intensidad. A ninguno de los dos nos interesaba, pero era mejor que quedarnos en silencio temiendo que echara la puerta abajo. Después de un rato, Fabián empezó a preocuparse de verdad por si lo conseguía.

—Quizá debas marcharte, si sale y está en ese estado, no quiero que

estés por aquí. A veces no lo puedo controlar.

En el fondo estaba asustada, pero no tenía intención de dejarlo solo con aquel salvaje.

—Tranquilo, si la cosa se pone fea me aparto del medio.

Al fin llegó David y Fabián le indicó donde estaba su hermano.

—Suso, soy David. Tranquilízate, voy a entrar. —Esperó unos segundos antes de girar la llave y desaparecer en el interior de la sala. No volvimos a escuchar nada durante los diez minutos que tardó en llegar su padre.

—¿Qué tal el abuelo? —preguntó Fabián.

—Nos enterrará a todos.

—Seguro —dijo mientras se ponía en pie e iba a por su chaqueta—. Bueno, nos vamos ya. Suso está en el almacén con David. —Su padre meneó la cabeza.

—Este hijo mío sí que me va a enterrar. —Nos pusimos en pie y Fabián tiró de mí hacia la salida, impaciente por desaparecer.

—Aire fresco por fin. Vamos.

Nos dirigimos a pie hasta la biblioteca, que estaba muy cerca, junto a la plaza de la Princesa. Allí nos dedicamos al trabajo de campo. A Fabián se lo veía perdido y me pregunté cuánto habría tardado en encontrar la información que me dio sobre Avelino Soto. Pero los libros eran mi territorio, era fácil localizar algo si sabías dónde. Consulté en el ordenador y descubrí que podíamos acceder libremente, previa identificación y sin sacar los archivos de la sala de lectura, a la Sección de Nobleza del Archivo Histórico Nacional. El problema era que estaba en Madrid. En él estaba toda la información que necesitábamos y más, pero ir hasta allí nos suponía un problema.

—Fabián. ¿Cómo ves el ir a Madrid?

—¡Venga ya! No puede ser que tengamos que dar tantas vueltas para averiguar un solo dato. ¡Si no debía vivir muy lejos!

—Pues no pienso preguntárselo a mi abuela —insistí.

—Fabián pensó durante unos segundos y luego se levantó y se dirigió hacia la bibliotecaria.

—Disculpe. Tenemos un pequeño problema. Necesitamos un dato muy concreto de una familia noble de esta zona, pero no tenemos medios para ir hasta el archivo de Madrid. ¿Hay alguna forma en que podamos averiguarlo?

—¿De qué familia se trata?

—Soto. En concreto José Soto, que vivió allá por 1800. Sabemos que tenía algún tipo de residencia no muy lejos, creo que un pazo, y queríamos saber cuál es. Si sigue en pie, su dirección en caso de que lo esté... ya sabe.

—Claro que sí, es un sitio muy conocido. Hoy en día está rehabilitado y se usa para celebrar bodas y este tipo de eventos.

—¿Y sería tan amable de darnos la dirección?

—Por supuesto. —La mujer escribió en un trozo de papel que luego tendió a Fabián. Él lo cogió y le dedicó una de sus sonrisas más radiantes.

—Nos ha ahorrado mucho tiempo y dinero en gasolina. Muchísimas gracias.

Volvió hacia mí, satisfecho.

—¿Tienes algo que hacer esta tarde? —dijo, agitando el papel.

Veinte minutos después estábamos camino a Redondela en la furgoneta destartada del padre de Fabián. Se la había prestado después de jurarle que el próximo sábado que jugara el Celta en casa lo pasaría él solo en el bar para que su padre pudiera ir a verlo a Balaídos.

Insistí en que si se ahorraba tiempo por la autopista la cogiéramos y ya pagaría yo el peaje, que no sería muy caro, pero Fabián resultó ser un gran detractor de éstos y se negó. Condujo por la carretera nacional hasta llegar a una salida junto a un gran viaducto con un enrejado metálico en la parte superior. Cuando le pregunté acerca de él, me contó que el ingeniero se había tirado desde allí al saber que no pasaría el ferrocarril por su obra. Mientras entrábamos en el centro, pasando por debajo de los enormes pilares, me imaginé la escena con un escalofrío. Tiempo más tarde, y de forma casual, me enteré de que la cosa no había sido así del todo. No se sabía si ese hombre había sido el ingeniero o no, pero sí que trabajó allí y se tiró porque no le pagaron alegando que el viaducto no servía. El pobre sobrevivió y quedó inválido, pero vivió lo suficiente para llegar a ver como sí que pasaba el ferrocarril por allí. Una curiosa historia.

Pasamos junto al casco viejo de Redondela camino al pazo, que Fabián decía conocer porque se había casado allí otra prima suya —me enteré de

que tenía muchísimos primos y primas—. Llegados a cierto punto, pasada ya la ciudad, se metió por un camino estrecho entre dos muros. Tenía mis dudas de que pudiéramos llegar hasta el final con los dos retrovisores intactos. Sin embargo, demostró ser hábil al volante y la furgoneta llegó al final sin un rasguño. Ese camino desembocó en una pequeña explanada frente a la entrada al pazo. La reja estaba abierta, así que entramos y aparcamos en una zona del patio habilitada para ello.

Al bajar nos encontramos frente a la fachada principal de la casa. No era especialmente bonita en cuanto al diseño. Era bastante cuadriculada para mi gusto, pero era muy grande.

—¿Cómo se supone que vamos a poder encontrar nada aquí? Aunque pudiéramos acceder libremente a cualquier parte, que lo dudo, esto es enorme.

—Déjame a mí. Ya probamos a tu manera la última vez y no funcionó.

—¿Qué pretendes hacer? —inquirí.

—Improvisar.

—No me parece un buen plan.

—Porque no es ningún plan —replicó.

No tuve tiempo de decir nada más. En seguida salió a recibirnos una mujer muy bien vestida, con una sonrisa totalmente artificial.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudaros?

Fabián me rodeó los hombros con el brazo.

—Nos vamos a casar y estamos buscando sitio para celebrar el banquete.

—Me quedé rígida con una sonrisa estúpida en la cara y no me atreví a abrir la boca.

—Vaya, ¿no sois muy jóvenes para casaros?

—El amor no tiene edad —respondió Fabián en tono afectado.

—Bueno, no seré yo quien os lo discuta. Me casé con diecinueve años. Venid, os enseñaré el pazo.

Nos hizo una larga ruta por los diferentes escenarios donde tendría lugar una supuesta boda y posterior banquete. Mientras Fabián se encargaba de las relaciones sociales, yo me iba fijando en cualquier detalle que pudiera sernos útil. Nos estaba enseñando un patio elevado sobre los jardines, en

el que nos explicó que se tomaban los aperitivos previos, cuando vi una puerta que accedía al edificio y en la que no se veía a nadie.

—Perdón —interrumpí—. ¿Hay algún baño por aquí? Necesito usarlo con urgencia.

La mujer dudó un momento antes de contestar.

—Sí, claro. Si entras por esta puerta verás uno al fondo. —Me observaba con recelo. Quizá no estaba permitido dejar pasar a los visitantes.

—Volveré en seguida. —Miré a Fabián, esperando que captara que no iba a usar realmente el baño. Él asintió y se dirigió a la mujer.

—Disculpe... ¿Cómo se llamaba?

—Verónica.

—Verónica —repitió—. ¿Podemos ir a ver los jardines?

—Claro. —Volvió a mirarme y me señaló unas escaleras en un lateral del patio—. Se baja por aquí.

—Muchas gracias.

Me di la vuelta y entré en el edificio. Por primera vez pensé que estaba en la casa de mis antepasados. Unos muy remotos que no sentía como míos, pero que, sin embargo, lo eran. Si las cosas hubieran sido de otra manera, quizá hubiera sido mi herencia. Descarté esos pensamientos y me dirigí al baño solo para tener un sitio resguardado donde sacar el mapa y examinarlo.

Era muy esquemático, había diversas figuras irreconocibles. Si eran muebles o figuras que hubiera ahí antaño, casi con toda probabilidad ya no estarían. O, al menos, no de la misma manera. Me centré en la forma del espacio dibujado, con la idea de encontrar alguna sala que coincidiera. Esperaba reconocerla si la veía, porque sobre el papel no le encontraba el sentido. Había un cuadrado pequeño en la parte inferior izquierda. Otro espacio, o al menos yo entendía así aquellas líneas, rodeaba el cuadrado por arriba y llegaba hasta el límite de la hoja por la derecha. Por último, había un tercer espacio rectangular y alargado en la parte superior. Podía ser un pasillo y dos estancias, un pasillo secreto que discurriera paralelo a otro... Podían ser muchas cosas y no descubrirlo jamás. Debería haber sido Fabián el que se escabullera. Él tenía más inventiva que yo, aunque también tenía más labia para distraer a Verónica.

Salí del baño y, tras asegurarme de que no había nadie, subí unas escaleras hacia el piso de arriba. Estuve dando vueltas, asomándome a

todas las habitaciones, intentando sin éxito buscar cualquier cosa que se asemejara al dibujo. Empezaba a pensar que estábamos perdiendo el tiempo cuando lo vi. Me asomé a una de las ventanas que daba a la parte del edificio por donde había entrado para controlar donde estaban mis acompañantes. Entonces me fijé en el patio del que había venido. Era cuadrado, y las escaleras que me había señalado Verónica descendían a un jardín que lo rodeaba en un nivel más bajo. Aun se podía bajar un nivel más hasta otro jardín más sombrío, entre el superior y el muro que delimitaba la finca. Las líneas coincidían. Empecé a fijarme en otros detalles, como algo que parecía un círculo de figuras amorfas que coincidían con una formación de rocas en el patio más bajo. Pero desde donde estaba no podía ver lo realmente interesante. Había algo que parecía una entrada señalado en el muro entre los dos jardines. Tendría que bajar para verlo.

Doblé el mapa, me lo guardé en el bolsillo de la cazadora y bajé lo más rápido posible. Sentí la adrenalina correr por mis venas ante el descubrimiento y pensé en la de sensaciones así que me había perdido por haber sido siempre tan poco lanzada. Estaba tan impaciente por llegar al patio que no me di cuenta de que tomaba un giro mal y aparecí en lo que debía ser la cocina. Había una mujer limpiando los ya relucientes fogones bajo la supervisión de un hombre de aspecto severo. La mujer se detuvo al verme y el hombre se giró.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

—Perdonen, me he perdido, fui al baño y estaba buscando la salida al patio. Nos están enseñando el sitio a mi prometido y a mí —expliqué. El hombre me indicó que lo siguiera y no dijo ni una palabra más hasta llegar a la puerta por la que había entrado. Le di las gracias y me apresuré a reunirme con Fabián y Verónica, a la que esperaba no haber metido en un lío.

Descendí hasta el primer jardín. La tierra estaba removida y las plantas peladas, pero en primavera y verano debía ser un sitio precioso. Había un banco de piedra tras el cual se gozaba de una espectacular vista de la ensenada, con el puente de Rande al fondo. Rodeado de flores, sería un lugar de ensueño. Me imaginé realmente vestida de novia, sentada allí con Fabián y con el fotógrafo haciéndonos la correspondiente sesión. Sacudí la cabeza para alejar esos pensamientos tontos y me fije en lo que importaba en ese momento. La baranda de piedra parecía nueva o rehabilitada, pero el muro sobre el que se sostenía sí que parecía antiguo. Descendí al siguiente nivel, donde podía ver la chaqueta granate de Verónica tras un seto.

Me acerqué a ellos y me di cuenta de que estaban junto a la entrada en el muro que yo había supuesto que era la marcada en el mapa. Fabián se acercó a mí y me rodeó la cintura mientras me daba un beso en la mejilla.

—Verónica me estaba contando que aquí se hacen las fotos muchas parejas.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Es una cueva natural en la roca a la que los antiguos propietarios le añadieron este arco. Si entráis, veréis que el techo es la propia piedra. Se dio la vuelta y entró, indicándonos que la siguiéramos. Fabián aprovechó que continuaba con su mejilla casi pegada a la mía para preguntarme en un susurro si había descubierto algo.

—Es aquí —contesté. Deshizo su abrazo, pero me cogió la mano y fuimos tras Verónica.

La cueva no tenía nada especial. Era bastante pequeña y muy húmeda.

—¿Para qué se usaba? —preguntó Fabián.

—Dicen que hay un antiguo pasadizo secreto que desemboca aquí —respondió con una sonrisa. Fabián y yo nos miramos y Verónica continuó—. Pero llevamos muchos años trabajando en el pazo, lo hemos rehabilitado de arriba abajo y nunca hemos encontrado nada. Lo más probable es que no exista.

Nos indicó una pared por la cual se filtraba agua y formaba una pequeña cascada que, con la luz adecuada, producía bonitos reflejos para las fotos de novios.

—Este es otro escenario habitual —explicó.

—Muy bien, salgamos de aquí. Estar bajo tierra me pone nerviosa —repuse yo.

Una vez en el patio, Fabián se dirigió a Verónica.

—¿Podría dejarnos un rato a solas para pensarlo y hablar? —La mujer nos miró, poco convencida, pero Fabián siempre sabía decir lo más adecuado—. Tenemos que tomar una decisión estos días y mi padre nos está presionando mucho. Yo intento buscar buenos precios, pero él sólo quiere una boda por todo lo alto. A ese hombre parece que le queme el dinero.

Hasta yo me creí que era un joven tontorrón con una vida fácil. Verónica sonrió como lo haría una hiena a la que se le acaba de ofrecer en bandeja su presa y, de repente, fue toda amabilidad.

—Por supuesto que sí, tomadlo con calma. Dad un paseo por los jardines. Os estaré esperando en la entrada.

—Muchísimas gracias. Si fueras tan amable de prepararnos un pequeño presupuesto para ceremonia y banquete, y unos ejemplos de menús te lo agradecería.

—¡Sin problema! —Verónica se dio media vuelta y se marchó entusiasmada.

Fabián esbozó una sonrisa, muy similar a la que ésta tenía unos segundos antes, y me volvió a coger de la mano. Echamos a andar tranquilamente mientras le contaba en voz baja lo que había visto hasta que estuvimos seguros de que nadie nos veía. Entonces nos metimos en la cueva y empezamos a examinarla minuciosamente. Fabián empezó por un lado y yo por otro. No había nada que me llamara la atención, salvo la pared donde caía el agua. Me acerqué a ella, pero todo parecía natural. Nada indicaba la presencia de ninguna construcción humana.

—Aquí hay algo —anunció Fabián entonces.

Capítulo 9

CAPÍTULO 9

—¿Qué hay? —pregunté, acercándome a él.

—No estoy muy seguro, mira esto. —Palpó la pared en la zona más oscura de la cueva. Había una pequeña grieta sin nada especial.

—No veo nada.

—Creo que esta grieta no es natural.

Me acerqué para examinarla mejor.

—No veo bien —dije. Ya de por sí no llegaba apenas luz natural del exterior, pero además había empezado a llover otra vez y el cielo estaba cubierto, así que estábamos en penumbra. Fabián buscó en un bolsillo de la chaqueta y sacó una pequeña linterna.

—¿Nunca te pilla nada desprevenido?

—Si vengo a un sitio con la intención de encontrar pasadizos secretos, no —replicó.

La encendió y enfocó hacia la grieta.

—Mira esta parte. No parece natural —repitió. Había un tramo en que el corte era completamente recto, pero era muy corto.

—Podría ser casualidad.

—O no serlo. Aquí hay unas muescas que desde luego sí que no son cosa de la naturaleza.

Tenía razón, había unos pequeños arañazos junto a la grieta. Fabián la palpó de arriba abajo y luego empezó a dar golpes en la pared. Desde la abertura hasta el rincón sonaba diferente que hacia el otro lado.

—¿No tendrás la palanca en algún bolsillo? —bromeé.

—Me la he dejado en la furgoneta, no hay forma de ir a por ella sin que la tipa esa se dé cuenta —contestó con tono de fastidio. Dio un rápido vistazo alrededor y salió de la cueva. Volvió al cabo de pocos segundos con una rama de aspecto resistente y empapado como si se hubiera tirado

a una piscina.

—No veas la que está cayendo —comentó mientras se dirigía directamente a la grieta.

Introdujo el trozo de madera en una zona donde la abertura era un poco más grande y tiró con fuerza, apoyando un pie en la pared del lado sólido. La rama se rompió y él cayó hacia mí, que estaba detrás. Pude sostenerlo antes de que se diera contra el suelo. Había conseguido mover un poco la piedra y, al hacerlo, había caído tierra de otra junta que estaba completamente tapada.

—Bueno, hora de la fuerza bruta —dijo. Aferró el borde con la mano y volvió a apoyar el pie en la pared para tirar hacia sí. Me uní a él para ayudarlo y entre los dos conseguimos abrir el espacio justo para poder pasar.

—Estamos tardando demasiado —dije.

—Pues corre. —Encendió la linterna y entramos en un túnel que se notaba que había estado sellado durante años. Nos golpeó un fuerte olor a humedad y un calor terrible. La mezcla de ambos hizo que empezáramos a sudar casi al momento—. Voy a tener que dejar esto abierto, sino luego no podré moverla para volver a salir.

—Habrá que arriesgarse.

Corrimos por el antiguo túnel hasta unas escaleras y las subimos lo más rápido que nos permitió la prudencia. Los escalones no sólo eran irregulares, sino que además estaban resbaladizos por la humedad. Intentaba no pensar que estábamos bajo tierra, que era algo que siempre me había dado mucha aprensión.

No tardamos más que un par de minutos en llegar al final. No había ninguna puerta, solo un arco que daba paso a una estancia oscura.

—Si hay algo, ha de estar aquí —dijo Fabián. Asentí.

—Pues vamos allá.

Noté un nudo en el estómago cuando traspasamos el arco y Fabián iluminó la estancia con la linterna, pero allí no había nada. Sentí el mismo vacío en mi interior que el que había en esa sala. Alguien había encontrado el tesoro antes que nosotros. Me di cuenta de que nos habíamos dejado llevar por el entusiasmo sin pensar en que en ciento cincuenta años, desde José Soto hasta Lúa, podría haberlo encontrado cualquiera. Sólo teníamos un viejo diario al que le faltaban las últimas páginas, un mapa de doscientos años y un par de apariciones fantasmales

que con el tiempo habían empezado a difuminarse hasta parecer irreales.

Miré a Fabián y también vi la decepción reflejada en su cara.

—Será mejor que volvamos antes de que nos echen demasiado de menos —dijo.

—Volvimos por donde habíamos venido y salimos por la abertura. Una vez fuera, Fabián se dejó el hombro empujando la roca para volver a colocarla en su sitio. Luego salimos al exterior, donde seguía lloviendo con fuerza. Cuando llegamos a la entrada estábamos calados hasta los huesos.

Allí nos esperaba Verónica, pero antes de darle tiempo a decirnos nada, Fabián se adelantó.

—Nos hemos resguardado del chaparrón en la cueva a ver si amainaba, pero no tenía pinta de parar y al final hemos decidido mojarnos.

—Está haciendo unos días muy malos —comentó antes de tenderle una carpeta de cartón—. Aquí tienes lo que me pediste, te puse también una tarjeta con mi teléfono por si tienes cualquier duda.

—Muchísimas gracias. Nos ha encantado el sitio.

—¿Para cuándo es la boda?

—Aún no tenemos fecha fija, pero sería en verano.

—Muy bien, pues espero volver a veros.

—¡Esperemos! —exclamó Fabián—. Adiós.

—Encantada, hasta otra —me despedí.

Subimos a la furgoneta y guardamos silencio hasta que salimos del estrecho camino.

—Vaya chasco —dijo.

—Sí. Supongo que aquí se acaba nuestra aventura —comenté.

—Pues si nuestra amiga fantasma no tiene nada más que objetar o nos da otra pista, supongo que sí. No tenemos más hilos de los que tirar.

—Pero hay demasiadas preguntas todavía —dije con voz ausente. ¿Qué pasaba con mi abuela? ¿Había matado ella a su hermana? ¿Había encontrado el tesoro? No podía ser, nunca había sido rica y no tenía sentido matar a tu propia sangre para apoderarte de un tesoro y luego

vivir humildemente. ¿Y qué papel había jugado Gabriel en todo aquello? Quizá el asesino fuera él y había conseguido su objetivo. Mi cabeza echaba humo.

—Necesitamos una jornada de reflexión —afirmó Fabián.

—O varias. Creo que he perdido la perspectiva.

Fabián me dejó en el paseo, junto a la fuente, y volví corriendo a casa pese a que ya estaba empapada. Saludé a mi abuela, sin poder evitar pensar que quizá ella había estado en la misma sala secreta en la que yo acababa de estar hacía apenas una hora. Después subí a mi habitación y decidí que lo que me hacía falta era un baño. Informé a mi abuela, que era muy contraria a gastar tanta agua, y tras la consabida riña me preparé la bañera. Después de haber pasado tanto rato con la ropa fría y mojada pegándose a la piel, el sumergirme en el agua caliente me devolvió la vida.

Aunque era difícil, intenté dejar la mente en blanco y no pensar absolutamente en nada, solo relajarme. Tenía fe en que, si lo conseguía, se me ocurriría alguna idea brillante. Esperé pacientemente a que lo hiciera, pero no llegó. Al final me di por vencida y salí de la bañera para continuar con mi vida.

Y la semana pasó aburrida y normal. Me sorprendí a mí misma añorando la sensación de tener algo que investigar. Y, sobretodo, añorando a Fabián. Nos habíamos ido escribiendo mensajes diciendo tonterías, pero no habíamos quedado. Si no había nada urgente que hacer, él estaba ocupado con el bar y controlando a su hermano, y yo con las cosas de la universidad.

Cuando llegó el viernes, decidí aceptar la invitación de mis amigas de clase para salir por la noche. Necesitaba desconectar de todo y distraerme un poco. Me reuní en el paseo con Leti, la que vivía en las Traviesas, y con otra chica llamaba Bego con la que no había hablado demasiado. Habíamos quedado en bajar juntas hasta el Berbés, en el límite del casco viejo junto al puerto. Allí nos esperaban varios amigos más. Que yo supiera, Iria, la que cantaba en el grupo que fui a ver la noche en que conocí a Fabián. También estaría su novio y dos italianas que estaban de Erasmus. Lo que no sabía es a dónde iríamos desde allí, y me sorprendió comprobar que a ninguna parte. El plan era beber en los propios soportales. Por lo menos estábamos resguardados de la lluvia, aunque no del frío. Había muchísima gente, parecía ser un sitio habitual de botellón. No era algo que me hiciera demasiada gracia; prefería un sitio a cubierto, pero mis amigas protestaron diciendo que las bebidas en los locales eran demasiado caras y ellas eran estudiantes pobres. Además, me constaba

que salían cada fin de semana, así que era lógico que tuvieran que pensar en su economía si pretendían mantener ese estilo de vida.

Pero la noche no transcurría como yo esperaba. Mi idea era distraerme, y las dos primeras horas fueron un monólogo de Leti sobre sus problemas de pareja. Me daban pena el novio de Iria y una de las italianas que no hablaba apenas español. Ambos tenían cara de aburrimiento. Y yo estaba más pendiente del frío que tenía que de la conversación, así que comencé a beber para entrar en calor. Empecé a aburrirme y a mirar alrededor, a los diferentes grupos que había allí. A unos metros de nosotras reconocí a alguien: era la amiga de Fabián, la que había estado tonteando con él. Con una sensación de creciente nerviosismo me fijé en el resto de sus acompañantes. Había varios chicos y chicas, y estaba segura de que uno de los que estaban de espaldas a mí era él. Empecé a sentirme inquieta, dudando si acercarme a saludar o dejarlo estar. Quizá le incomodaba que me vieran sus amigos. Volví a escuchar la voz de Fabián en mi cabeza: "No pegan contigo". En el tiempo que transcurrió después, del cual perdí la noción, no fui capaz de volver a concentrarme en la conversación, ni de dejar de mirar al grupo de Fabián. Desafortunadamente, tampoco fui capaz de dejar de dar tragos al cubata que se iba rellenando mágicamente en mi mano. Al cabo de un rato me encontré a mí misma vociferando mi historia con Fabián sin dejarme ni un detalle, aunque evitando las partes de tesoros y fantasmas.

—Y me dijo "no te he hablado de ellos porque no pegan contigo" ¿Qué se supone que quiere decir eso? ¿Se avergüenza de mí o de ellos? ¿A ellos les ha hablado de mí aunque no peguen conmigo? —Notaba como con cada palabra me patinaba más la lengua. De repente me puse triste y pensativa—. Yo no creo que pegue con él, pero me parece que le quiero.

Me eché a llorar de forma incontrolada, y fui arropada inmediatamente por mis compañeras recién ascendidas a la categoría de "amigas íntimas". Estaban aún más borrachas que yo, y cada una me aconsejaba cosas diferentes. Pero había dos en las que coincidían todas. La primera era que tenía que dejarme ver por él, y la segunda que ellas tenían que verlo a él. A mí me pareció todo fantástico y en un santiamén planeamos la operación. No era un gran plan, consistía básicamente en recoger toda la considerable basura que estábamos generando y e ir en tropel a tirarla al contenedor más alejado de donde estábamos. La clave estaba en que el camino hacia él pasaba al lado del grupo de Fabián. El pobre novio de Iria declinó el ofrecimiento de venir con nosotras y se sentó en el suelo a esperarnos, probablemente deseando haber quedado con sus amigos esa noche.

Cargadas de bolsas, iniciamos nuestro periplo hacia la papelera con el obstáculo de charcos, tacones y visión borrosa. Conseguimos llegar sin

percance y nos detuvimos a cuchichear.

—Creo que no te ha visto, está mirando para otro lado —dijo Leti.

—¿Pero cuál de ellos es? —preguntó Bego.

—Es el rubio ese, el que está al lado de la guarra —dijo Iria.

—¿Cuál de las guarras?

—¡Es el más guapo! —exclamé yo antes de echarme a llorar de nuevo. Estaba descubriendo que era el tipo de borracha más horrible de todos: la que tiene incontinencia verbal y sentimental. Renata, la italiana que sí hablaba castellano, empezó a sacudirme con más fuerza de la necesaria.

—¡Basta ya! ¡Se una mujer y ve a decirle algo!

—¡Pero como si le acabaras de ver y su presencia te diera igual!
—exclamó Iria.

—De acuerdo —dije. Me armé de valor y fui directa hasta él—. ¡Hola Fabián!

La lengua se me trabó un poco con la "f", pero esperaba que no se hubiera dado cuenta. Él se giró y se le iluminó la cara.

—¡Pero si es mi prometida! —exclamó. Vino hacia mí, me agarró la cara con las manos y me plantó un beso con un sonoro "¡muá!". Después me rodeó los hombros y le dijo a sus amigos—. Vamos a casarnos, ya tenemos elegido el pazo.

Me alegró ver que Fabián había bebido aún más que yo. Eso aumentaba las posibilidades de que no recordara nada al día siguiente. Eché una mirada panorámica a su grupo y comprobé con satisfacción que la tal Alba que había visto tonteando con él me miraba horrorizada. "Ojalá yo sí me acuerde de esto" pensé.

—Bueno, ¿y que te trae por aquí? —preguntó Fabián, sin soltarme.

—Estoy con mis amigas de la universidad. —Hice un gesto vago en dirección a donde suponía que estaban.

—¿Sabes? Cuando te conocí ibas tan guapa, y tan achispada, y tan guapa, que pensé que serías más fiestera. Después vi que no, y es parte de tu encanto, pero ahora me alegra mucho verte aquí. —Pensé en si sería significativo que hubiera dicho dos veces que iba guapa—. Vamos a hablar

a otro lado, que a esta gentuza no le interesa.

—¡Sí, hombre! —exclamó uno de sus amigos—. ¡Cuando por fin conocemos a tu gabacha!

—¡Callaos, panda de anormales! —replicó Fabián. Pero yo había tomado buena nota de lo que había dicho ese chico.

—¿Les has hablado de mí a tus amigos aunque no peguen conmigo?
—pregunté, conmovida. Sentí otra vez las lágrimas luchando por salir a la superficie y parpadeé varias veces para evitarlo.

—¡Pues claro! ¡Eres mi prometida! —Me empujó suavemente hasta el extremo de la plaza, cerca de los contenedores donde mis amigas se habían quedado a ver qué pasaba.

—¡Mira! ¡Esas son mis amigas! —dije, señalándolas.

—¡Hola amigas! —les gritó.

—¡Hola Fabián! —contestaron todas a coro. Pasamos de largo y llegamos a la entrada de la Calle Real.

—¿Dónde me llevas? —pregunté.

—No se... aquí mismo.

—Se sentó en el suelo, apoyando la espalda en la pared, y me hizo un gesto para que me sentara a su lado.

—No pienso hacerlo. El suelo está mojado.

—Mierda, es verdad. Pues siéntate encima mío. —A eso sí accedí. Me senté en su regazo y él me rodeó con sus brazos—. Esta semana se me ha hecho muy larga sin verte.

—Hemos estado liados —dije.

—Sí, pero no es excusa. Vente a merendar al bar o algo. Te traes los libros y no te molesto.

—Vale. —Me recosté contra su pecho y apoyé la cabeza en su hombro, con la frente contra su mejilla. Empecé a adquirir conciencia de todo su cuerpo y del mío, y de cada punto exacto donde estaban en contacto. Notaba como una corriente eléctrica entre los dos. No sabía si era mutuo, pero en ese momento me parecía absurdo pensar que fuera solo cosa mía.

Era un sentimiento demasiado fuerte.

—Fabián.

—Dime.

—¿Tú lo notas? —pregunté.

—¿El qué? —De repente me acobardé. Me justifiqué para mí que los chicos son los que deberían dar el primer paso.

—Soy una chica —dije con convicción. Fabián bajó la vista hacia mi escote.

—Sí, lo noto.

—No, quiero decir que tú eres el chico y has de decir algo primero, pero no sé si también lo notas. —Me miró fijamente durante unos segundos.

—Sabes que voy borracho, ¿no? —dijo finalmente—. No estoy entendiendo a dónde quieres llegar.

—¡A que tienes que decirme algo tú primero! —Me sentía terriblemente frustrada porque no me entendiera. Había tantas cosas que querría decirle y que él me dijera, y la oportunidad era de oro teniendo los dos la lengua tan suelta, pero empezaba a perder por completo la capacidad de expresarme. Al final solo hablábamos claramente de un tema. —Da igual. Estoy pensando en que deberíamos buscar a Gabriel, a ver si aún está vivo. Igual nos aclara la historia y le podemos poner punto y final.

—Si eso quieres, me apunto. Pero no sé qué tenía que ver con que seas una chica.

Empecé a encontrarme mal, notaba calambres en el estómago y me estaba acalorando.

—Creo que me voy. No me encuentro nada bien.

—Te acompaño.

—¡No! —Sentía que iba a vomitar en cualquier momento y no quería que Fabián me viera así. Antes de pensármelo dos veces, me puse en pie, me quité los tacones y eché a correr por las calles del casco viejo. Escuché a Fabián llamándome a mis espaldas, pero no le hice caso. Y, como me temía, antes de llegar al paseo tuve que parar a echarlo todo. Sentí una vergüenza inmensa; era la primera vez que me pasaba eso. Por lo menos tenía el estómago un poco mejor, pero la cabeza me había empezado a zumbiar. Retomé el camino con más calma y miré el reloj cuando llegué

delante de la puerta de casa. Eran las cinco. Más me valía no despertar a mi abuela.

Me desperté sobresaltada por algo. No recordaba cómo había llegado hasta mi cuarto y me había metido en la cama. Abrí los ojos, desorientada, y volví a escucharlo. Era un golpe, ¿pero de dónde venía? Me incorporé y me di cuenta de que la cabeza me iba a estallar. Rara vez bebía y, cuando lo hacía, mi cuerpo me pasaba factura. Miré el reloj digital que tenía sobre la mesilla de noche. Eran las dos de la tarde. Había dormido nueve horas y tenía la sensación de que me habrían hecho falta otras tantas. El ruido se repitió por tercera vez y localicé su origen. Venía de la ventana, alguien estaba tirando piedrecillas. Me asomé y vi a Fabián, pero no fui la primera. Mi abuela pasó por el salón, cuya ventana daba a la parte delantera de la casa, y lo vio tirando la piedra, así que salió con la escoba en la mano para espantarlo.

—¿Qué crees que haces? —La escuché, increpándolo.

—Lo siento, señora. Hubiera llamado a Julia por teléfono, pero no tenía saldo. ¡Ay! —Mi abuela le había pegado un escobazo. Abrí la ventana y me asomé.

—Déjalo, abuela.

—¿Que lo deje?! ¿Y si llega a romper un cristal? —Sonreí al pensar que yo le había preguntado lo mismo la primera vez.

—Pues le habría hecho cambiarlo. Ahora bajo —añadí, dirigiéndome a él. Mi abuela le lanzó una última mirada de advertencia antes de entrar en casa.

Me había puesto unos vaqueros y un jersey para no salir con la ropa de la noche anterior, con la que me había acostado. Una rápida mirada al espejo me confirmó que me hacía falta una ducha, pero no podía hacerle esperar tanto. Me recogí el pelo como pude y bajé.

—No me gusta ese chico —dijo mi abuela cuándo nos cruzamos en la cocina, mientras me tomaba un calmante para el dolor de cabeza. Acabé de tragar antes de contestarle.

—No es malo, de verdad.

—¿Sois novios? —preguntó. Me acordé de repente de todas las indirectas de la noche anterior, que a la luz del día me parecían tan evidentes, y me

entraron ganas de cualquier cosa menos de salir a su encuentro.

—No sé —dije, ruborizada—. No, no lo somos.

Me fui antes de que siguiera indagando. Salí a la calle y tuve que cubrirme los ojos. El sol había elegido salir por primera vez en meses el mismo día que yo tenía resaca.

—Hola —saludé.

—Hola, ¿cómo te encuentras? —preguntó.

—Mejor, gracias.

—He estado pensando en lo de ayer. —“Mierda” pensé. No dije nada, a la espera de que continuara. Bajó la voz, mirando de reojo hacia la casa antes de proseguir—. Creo que sé quién nos puede ayudar a averiguar quién era el tal Gabriel y si sigue vivo.

Sentí una mezcla de alivio y decepción. Me parecía necesario aclarar de una vez lo que había entre nosotros, pero no quería pasar por ello en ese momento.

—¿Quién?

—¿Tienes algo que hacer? —preguntó, una vez más.

Capítulo 10

CAPÍTULO 10

No me llevó muy lejos. De hecho, fuimos al lado de mi casa, al castillo de San Sebastián. Era un reducto de una antigua fortaleza que había quedado encajonado entre las casas y el ayuntamiento. En el corto paseo me contó a quién íbamos a ver.

—Lo llaman el Wiki —dijo.

—¿Wiki?

—Sí, por algo de internet que se llama Wikipedia. Me dijeron que es una especie de enciclopedia —explicó.

—Sí, sí. La conozco. —Lo que me parecía increíble es que no la conociera él.

—Pues le llaman así porque lo sabe todo, conoce a todo el mundo y, si hay algo que no sepa, lo puede averiguar fácilmente.

—¿Lo conoces a través de tu hermano? —Recordé lo que siempre repetía mi abuela de que el castillo de San Sebastián era un nido de yonkis.

—No, que va. Este es un personaje del barrio. Es un maleante normal.

—¿Cómo que maleante?

—No te preocupes, solo roba a los ricos. Es como Robin Hood, pero en vez de dárselo a los pobres se lo queda o lo vende. Tiene un código moral muy peculiar.

—Los vigueses estáis locos —dije.

—El Wiki es de Tui.

No nos hizo falta llegar hasta arriba de la muralla. En la propia subida ya nos encontramos a un grupo de hombres de diferentes edades y mal aspecto. Si hubiera ido sola, sin duda hubiera dado media vuelta y evitado pasar por allí.

—Muy buenas —dijo Fabián.

—¿Qué hay, neno? —Saludó efusivamente uno de los hombres, cogiéndolo por los hombros.

—Aquí andamos. A vosotros ya veo que os va bien.

—No me puedo quejar —contestó otro hombre de barba de una semana y pelo oscuro y grasiento que le llegaba hasta los hombros.

—Venía a preguntarte algo —dijo Fabián. Así que ese debía ser el Wiki. Me fijé mejor en él. Tenía la nariz aguileña y los ojos pequeños y negros, con un brillo amenazador que me daba escalofríos. Ni de lejos hubiera pasado por atractivo aunque no hubiera ido tan desaliñado—. Queremos averiguar más cosas de un tal Gabriel que vivió aquí en los años cincuenta. Era la mano derecha del millonario Avelino Soto y estuvo prometido con una de sus hijas. Queremos saber si sigue vivo, y dónde podríamos encontrarle.

Guardó silencio un momento.

—¿Hurgando en la mierda familiar?

—¿Cómo lo sabes? —No podía dirigirse a mí, no me conocía de nada. Me taladró con la mirada.

—Lo sé TODO, niña. —Tragué saliva y sentí un escalofrío. Aquel hombre no me gustaba nada. Al momento me ignoró y volvió a dirigirse a Fabián.

—¿Por qué no le preguntáis directamente a vuestros abuelos?

—El mío no sabe nada, ya le he preguntado. —El Wiki arqueó una ceja, como si no se lo creyera.

—Pero la suya sí —dijo, señalándome. Me sentí tremendamente vulnerable por el hecho de que ese grupo de delincuentes supieran de mí sin yo saber quiénes eran ellos.

—Preferimos investigar por nuestra cuenta de momento.

—Personalmente, creo que cometéis un error, pero eso es cosa vuestra. Te digo lo que se a cambio de un bocadillo y un Seven Up gratis al día durante un mes, y no seas rata con el embutido.

—Sin problema. Empieza a largar.

—Sé que después del incendio donde murieron los bisabuelos de la niña —hizo un gesto con la cabeza hacia mí— desapareció de la ciudad un tiempo. Después volvió y continuó en el negocio marítimo, pero esta vez

de la pesca, no de las conserveras.

—Necesito la dirección exacta.

—Mandaré a uno de mis colegas a avisarte cuando la tenga.

—Muchas gracias. Pásate luego por el bar y te doy el bocata.

—Una cosa más. —Volvió a mirarme a mí—. Cuando descubráis quién mató a tu tía quiero saberlo.

—De acuerdo —contesté.

—Por cierto —dijo Fabián—. Quedaos con su cara, ella no se toca.

No lo dijo como una amenaza, sino como información. Después de eso se despidió y nos marchamos. Esperé para hablar a estar a la suficiente distancia.

—¿Por qué iba a saber algo tu abuelo? —Fabián se encogió de hombros, quitándole importancia.

—Porque estaba aquí en aquellos tiempos, supongo. El Wiki habla con todo el mundo, así se entera de las historias de todos. Su poder es la información, igual que el mío es tener colegas en todas partes.

Miré a Fabián de otra forma. Era tan simpático y natural que no se me había pasado por la cabeza que pudiera ser una forma de supervivencia. Y, al parecer, ahora yo estaba bajo su protección. Era inquietante pensar que, si en vez de ser amigos fuéramos enemigos, tenía de aliados a toda esa gente de baja calaña. Fabián se dio cuenta de que lo estaba mirando y me miró a su vez con una sonrisa.

—¿Qué pasa?

—Nada —contesté, sintiendo otra vez una opresión en el pecho y un acelerón del ritmo cardíaco. Una persona como él era imposible que tuviera enemigos. Como le había escuchado decir a mi padre sobre mi abuelo: “el que no se lleve bien con él, no se lleva bien con nadie”. Él también había sido de carácter afable y bonachón. En muchos aspectos me recordaba a él, aunque Fabián tenía un desparpajo que no se lo había visto nunca a nadie.

El Wiki no nos había dicho cuánto iba a tardar en darnos la dirección, y mientras tanto no sabía qué hacer con Fabián. Al principio habíamos estado viéndonos casi cada día sin motivo, pero desde que volví de

Narbona solo lo habíamos hecho para investigar el tema de mi abuela. Me vino un flashazo de la noche de borrachera, cuándo dijo que me pasara por el bar alguna tarde. Por fin, a mitad de semana me llevé el portátil y bajé hasta la Calle Real. Entré en el local, pero sólo estaba su padre.

—¡Hola! —saludó.

—Hola. ¿No está Fabián?

—Volverá en seguida, ha ido a hacer unos recados. Siéntate.

Tomé asiento en la misma mesa que la vez anterior, cuando Suso había irrumpido buscando dinero, y encendí el portátil. Pedí una Coca Cola y me puse a hacer trabajos para clase. Fueron entrando clientes sueltos, la mayoría habituales. Pasado un rato llegó Fabián cargado con bolsas de la compra.

—¡Julia! ¿Qué haces aquí? —dijo, contento.

—Sigo tu sugerencia de venir a merendar mientras hago cosas de la universidad.

—Pues me alegro mucho de que hagas caso a mis sabios consejos. He de subir la compra a casa, que llevo cosas de nevera. Bajo en seguida.

Tardó unos diez minutos más en regresar y se sentó conmigo un rato antes de volver cada uno a lo suyo. La tarde fue mucho más agradable así. Durante lo poco que quedaba de enero y casi todo febrero estuve yendo cada vez más a menudo hasta que recuperamos la costumbre de quedar casi cada tarde. Si teníamos cosas que hacer las hacíamos y, si no, a veces veíamos una película o dábamos una vuelta. Siempre había algo con lo que entretenerse.

Me iba contando también los avances de su hermano en su lucha contra sus demonios, que eran menos y más duros de lo que habían esperado. El "hermano mayor" David insistía en que era un proceso lento, y Fabián y su padre lo entendían, pero no podían evitar frustrarse. Me di cuenta de lo mucho que Fabián se guardaba lo que realmente sentía al respecto. Intenté sutilmente que hablara conmigo del tema varias veces, pero en ese aspecto era hermético.

Una tarde de sábado a finales de febrero, Fabián me envió un mensaje.

“novedades del tío Gabriel”

Me levanté de golpe y salí de casa. Bajé casi corriendo hasta su bar. No habíamos quedado ese día porque me había avisado de que jugaba el Celta y tendría trabajo, pero llevábamos tanto tiempo esperando esas noticias que ahora que sabía que había novedades no aguantaba ni un segundo más.

Quince minutos más tarde ya estaba allí.

—No hubieras venido tan rápido ni si te hubiera dicho que me estaba muriendo —dijo Fabián.

—No seas tonto. ¿Qué novedades son esas?

—Esta noche he de reunirme con el Wiki para que me lo diga.

—¿Dónde la otra vez?

—No, está escondido. He escuchado algo de un robo de coches de alta gama, pero no sé nada ni lo quiero saber. Iré yo solo.

—¿Por qué? ¿Dónde está?

—En un sitio donde no tengo tantos amigos. Me sentiría más tranquilo si te quedaras en casa.

—De eso nada, esto es cosa mía. Ya te dije cuando encontraste los documentos que iría contigo cuando hubiera que hacer algo.

—¿Estás segura?

—Del todo.

—Muy bien, pues sobre las once... —Se interrumpió cuando Suso entró en el bar como un torbellino, tirando mesas y sillas violentamente.

Los clientes se levantaron asustados, y algunos incluso recogieron sus cosas y se marcharon a toda prisa sin pagar sus consumiciones.

—¡No lo soporto! —gritó.

Al padre de Fabián se lo veía al borde del ataque de nervios. No paraba de gritarle que se detuviese. Fabián fue el más práctico. Se levantó y, como había hecho la vez anterior, lo inmovilizó. Esta vez le costó mucho más hacerlo, pero cuando lo consiguió lo sacó a la calle. Volvió al cabo de unos

minutos él solo.

—No os preocupéis, todo arreglado. No volverá por aquí.

Los que se habían quedado habían sido los que ya conocían a la familia y la situación que estaba atravesando, así que fueron comprensivos.

Yo estaba escandalizada. Nunca había visto a nadie comportarse así y comprendía la frustración de Fabián y su padre. ¿Qué se podía hacer ante eso?

A Fabián se le había quedado mala cara. Se acercó a mí y me cogió del brazo.

—Ven, te acompaño —dijo.

—¿Me estás echando?

—No es eso, pero voy a tener mucho trabajo en un rato. Prefiero que nos veamos luego —insistió.

Vino conmigo hasta el paseo Alfonso, donde su móvil empezó a sonar. Nos detuvimos para que lo cogiera.

—¿Qué? Suso, por favor. Suso, escucha... Mierda —colgó.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Que se va a matar, que para qué seguir en este mundo, blablablá.

—¿iQué!?

—No te preocupes, no va en serio. No es la primera vez. —Me relajé un poco, aunque seguía asustada—. Ahora iré a buscarle, pero esto es como lo de Pedro y el lobo —dijo Fabián.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Lo de que avisaba que venía el lobo y la gente iba a ayudarle, pero era broma. Y el día que vino de verdad no le creyeron y nadie fue a ayudarlo.

—¿Y qué pasó?

—Pues no se... se lo comería o algo —contestó encogiéndose de hombros.

Abrí los ojos horrorizada.

—Sabes que es un cuento para que los niños no digan mentiras, ¿verdad?
—dijo al ver mi expresión. Me puse roja y se echó a reír por primera vez desde la irrupción de Suso.

—¡Yo que sé! ¡Por aquí hay lobos! —intenté justificar. Fabián seguía partiéndose de risa—. ¡No está bien reírse de la ignorancia de los demás!

Fabián se calló y se puso serio.

—Tienes razón. Tú nunca harías eso. Y ahora discúlpame, debo ir a buscar a mi hermano el yanqui. —“Touché” pensé—. Te recojo aquí mismo a las once.

Se despidió con su más encantadora sonrisa, que aun en esas circunstancias era capaz de sacar para mí, y me quedé de pie junto al olivo. No quería ir a casa todavía y estaba decidida a aplazar el momento el máximo posible. Me senté en un banco del paseo de cara a la ría y reparé en que los tesoros del fondo no eran los únicos que tenía Vigo. Por primera vez en todos los meses que llevaba allí me fijé en la puesta de sol. La lengua de tierra del otro lado, el agua en una calma solo rota por un barco de carga que se alejaba, las islas Cíes al fondo con el sol como una enorme bola roja camino a esconderse tras ellas. Y todo eso bañado con la luz anaranjada del atardecer. Era sencillamente espectacular, un momento idílico y de una belleza extraordinaria que se me hizo raro vivir sola. Fabián vino inmediatamente a mi cabeza. Hacía ya un tiempo que tenía claro que sentía algo por él, pero no sabía si había perdido mi oportunidad. Cuando parecía que yo le gustaba, de repente hacía algo que me indicaba lo contrario. No sabía que pensar. Le había lanzado varias indirectas y no había obtenido una respuesta clara. Y, pese a eso, cada vez se colaba en mis pensamientos de forma más frecuente, aunque intentara evitarlo.

El sol casi había desaparecido, pero yo seguía hechizada por ese paisaje digno de postal cuando vi a Suso aparecer tambaleándose. Sin pensarlo me levanté y fui hacia él.

—Suso, ¿qué te pasa? —Se detuvo y me miró.

—Eres tú —dijo.

—Tranquilízate, ven aquí. —Lo arrastré hasta el banco en el que había estado sentada, el mismo donde tiempo atrás habíamos estado los dos antes de que decidiera intentar rehabilitarse, y lo ayudé a sentarse. No se me ocurrió que decir, no sabía nada de psicología, así que intenté usar el

instinto y el sentido común—. ¿Qué necesitas? ¿Quieres que avise a tu hermano? ¿O a David?

—No puedes darme lo que necesito, ni lo harías —dijo con la cara entre sus manos. De repente se echó a llorar—. No puedo hacerlo.

Puse mi mano sobre su espalda e intenté pensar rápido en algo que decir que huyera de los tópicos estilo “claro que puedes”.

—No es una opción, es una obligación. —No contestó, así que seguí hablando—. Supongo que te dirán que has de hacerlo por ti, y es verdad, pero yo a ti no te conozco. A quien conozco es a Fabián, y aunque sea fuerte, sé que estás convirtiendo su vida en un infierno.

Vale, no me iban a dar ningún premio de psicología, pero estaba diciendo lo que pensaba. Entonces lo vi por primera vez como a una persona. Había estado tan cegada por su condición y mal comportamiento que no lo veía como a alguien con sentimientos.

—Lo sabes, y es lo que más te tortura —dije. El asintió—. Ellos te quieren y aguantarán lo que sea por ayudarte. Ponen lo que pueden de su parte, y estoy segura de que tú pones de la tuya. —Viéndolo tan afectado, ahora sí lo creía.

—Ya no lo van a hacer. —Estaba desconsolado—. He hecho algo horrible.

Me tensé de inmediato.

—¿Has hecho daño a alguien? —No contestó y empecé a ponerme nerviosa—. ¡Dime! ¿Has hecho daño a Fabián?

—No me di cuenta de lo que hacía; estaba fuera de mí. —Volvió a cubrirse la cara con las manos y a sollozar, pero no me quedé a consolarlo. Eché a correr otra vez hacia el bar y me detuve al borde del infarto cuando vi una ambulancia en la puerta. Me abrí paso entre la multitud de curiosos que observaban la escena y llegué a ver como subían en la camilla a su padre, inconsciente. Fabián estaba hablando con uno de los paramédicos y me acerqué a él.

—Dime donde están las llaves del bar y lo cierro yo. Tu vete con tu padre.

—Ha sido mi hermano —dijo.

—Lo sé, lo he visto en el paseo.

Su cara se contrajo de furia.

—Más le vale que no lo coja.

De nada hubiera servido decirle que estaba arrepentido, que no había sido dueño de sus actos y que lo que necesitaba era apoyo y comprensión. En ese momento sería capaz de arrancarle la cabeza a Suso. Que yo supiera, era la primera vez que agredía físicamente a su padre, y sabía que había traspasado el límite que su hermano podía perdonar.

Fabián subió a la ambulancia tras darme rápidamente instrucciones y las gracias, y yo me las apañé para echar a todo el mundo lo más amablemente posible y cerrar. Después me volví a casa, agotada física y mentalmente. No tuve noticias de él hasta pasadas las diez, cuando me envió un mensaje para decirme que estaban ya en casa, que su padre se pondría bien, y que se mantenía nuestra cita de las once.

“Será mejor que lo dejemos para otro momento, has tenido un día horrible” le contesté. Envió un mensaje de vuelta donde sólo decía “no”, así que a las once volvía a estar de pie junto al olivo, esperándolo.

Le vi aparecer a lo lejos, andando con las manos en los bolsillos y la mirada clavada en el suelo.

—¿Cómo está tu padre? —pregunté cuando llegó a mi altura.

—Bien, no es nada grave.

—De verdad, podemos hacer esto otro día. Creo que es mejor que te vayas a casa —insistí.

—Como me quede en casa reviento —repuso.

—¿Y si Suso vuelve?

—No se atreverá a volver esta noche, estoy seguro —aseguró.

No me vi capaz de decirle nada más del tema ni de mi conversación con su hermano. Pensé que sería mejor centrarnos en lo que nos había llevado allí.

—¿A dónde vamos? —pregunté, mientras le devolvía las llaves del bar.

Fabián me señaló con el dedo el edificio con pinta de convento que había donde terminaba el paseo y empezaba la Calle Pi y Margall. Lo veía todos

los días y siempre pensaba en que era una pena su estado de abandono.

—¿Qué es este sitio? —pregunté.

—Hoy por hoy, hogar de indigentes y gente como mi hermano —contestó.

—¿Y antes de eso?

—Un asilo para ancianos.

—Parece un convento —comenté, mientras entrábamos.

—Es que era de monjas. Cuidado. —Me cogió del brazo y señaló un montón de basura del que sobresalían varias jeringuillas. Las miré, asqueada.

—¿Estás seguro de que esto es necesario?

—Sólo si quieres seguir investigando. Estamos en un callejón sin salida. Ya te he dicho que no tenías por qué venir—. No le iba a culpar por ser brusco conmigo después del día que llevaba.

Otro montón oscuro levantó la cabeza, sobresaltándome. Fabián me tapó la boca antes de que gritara.

—No le molestes; solo viene aquí a dormir. Pero te advierto que hay gente de todo tipo, así que no grites ni hagas nada que les pueda parecer amenazante. Y sobre todo: no te separes de mí.

Empezaba a arrepentirme mucho de haber insistido en acompañarle. Le seguí, pisando donde él pisaba, y adentrándonos en las entrañas del edificio. Llegamos a una escalera y subimos por ella hasta la planta de arriba.

—Me han dicho que el Wiki está al fondo —susurró.

Asentí y continué caminando tras él, mirando a mí alrededor. A mi izquierda podía ver las luces del otro lado de la ría brillando sobre el agua a través de los cristales rotos de las ventanas. En una de esas habitaciones vi a otro hombre tumbado. Mi mirada pasó rápidamente de largo para evitar ver algo que no debiera, pero una alarma se encendió en mi cabeza. Me pareció que conocía a aquel hombre. Entonces caí en la cuenta y agarré a Fabián por la parte de atrás de la cazadora.

—Creo que tu hermano estaba ahí detrás.

Me miró a los ojos unos segundos antes de volver para comprobarlo. Le señalé la habitación donde lo había visto y se asomó. Su cara se contrajo

en una expresión de horror y entró corriendo, susurrando su nombre. Se arrodilló a su lado y empezó a sacudirlo. No respondía. Yo observaba la escena desde el umbral de la puerta, rezando por el pobre Fabián para que no fuera lo que parecía.

Después de un interminable minuto, Fabián se levantó de espaldas a mí.

—Está muerto —dijo.

Me quedé donde estaba, asimilando sus palabras. Era la primera vez que veía un cadáver, y además resultaba ser el del hermano del chico al que quería. Dudé si acercarme a él o dejarle a solas, pensando en lo que preferiría si se tratara de mí. Pero antes de darme tiempo a hacer nada, alguien me tapó la boca con una mano y me inmovilizó al tiempo que me ponía el filo de una navaja en el cuello.

—¿Quién sois? —Fabián se giró bruscamente y se quedó quieto al ver la escena.

No podía ver al hombre que me sujetaba, pero parecía alto y fuerte. Sin soltarme, me hizo entrar en la habitación para dejar paso a un segundo hombre. Éste también era alto, pero escuálido. Tenía los mismos ojos hundidos y pómulos marcados que Suso, y también la misma expresión nerviosa. El que me sostenía hizo un gesto con la cabeza en dirección al cadáver.

—¿De qué conocéis a ese?

—Es mi hermano —respondió Fabián con voz gélida. El tipo delgado se acercó al cuerpo y le dio una patada.

—“Era” tu hermano —dijo riéndose. Fabián hizo ademán de lanzarse contra él, pero se detuvo cuando me oyó gemir. El hombre corpulento había hundido un poco más la navaja y noté un hilo de sangre bajando por mi cuello.

—Tranquilo o me cargo a esta zorra —amenazó. No había estado tan aterrorizada en toda mi vida—. El cabrón de tu hermano me ha robado toda la farña que me quedaba, así que te vas a hacer cargo tú de reembolsármela de alguna forma.

Fabián me miró, angustiado. Se encontraba entre la espada y la pared, y finalmente bajó la mirada y dejó caer los hombros en un gesto de derrota. De repente lo vi tan vulnerable que se me encogió el corazón. Siempre me había asustado arriesgarme porque, entre otras cosas, estaba convencida de que sería el tipo de persona que no sabe reaccionar en las situaciones de emergencia. Pero en ese momento no sentía miedo y tenía la cabeza fría y despejada. Cuando Fabián volvió a alzar la mirada se la sostuve

fijamente unos segundos antes de echar la mía hacia delante y luego bruscamente hacia atrás otra vez. Al verme, actuó rápido y atacó al otro tipo.

Sentí un dolor espantoso, pero no podía flaquear en ese momento. El hombre me soltó para llevarse las manos a la cara.

—¡Hija de puta! —exclamó. La nariz le sangraba abundantemente.

Busqué desesperada a mi alrededor y cogí un trozo de madera, que en su día debía de haber pertenecido al marco de una puerta. Lo alcé para descargar un golpe con todas mis fuerzas sobre su cabeza. Como era de esperar, no fue suficiente para dejarlo inconsciente y solo conseguí enfurecerle más. Mi intención era dar tiempo a Fabián para que redujera al otro y viniera en mi ayuda, pero le debía estar dando más trabajo del que esperaba. Seguí dando bandazos torpemente con el trozo de madera, intentando mantenerle alejado de mí. El hombre se cogía la nariz con una mano mientras intentaba agarrar el listón con la otra. Finalmente lo consiguió y me lo arrancó de las manos. Entonces retrocedí, intentando poner el máximo espacio entre nosotros, y choqué con algo.

Caí al suelo de espaldas y vi que lo que me había hecho tropezar era el cadáver de Suso. La luz de la luna que se colaba por el hueco de la ventana iluminaba su cara pálida. Sus ojos continuaban abiertos y tenía todavía restos de polvo blanco bajo la nariz. Era una imagen que me perseguiría de por vida en mis pesadillas.

Tenía al hombre casi encima cuando Fabián apareció por detrás y le agarró por el cuello. No me había enterado de su anterior pelea, pero pude ver a su oponente en el suelo sin sentido. Me levanté para ayudarle y forcejeé con el hombre para recuperar el trozo de madera mientras Fabián luchaba por mantenerlo inmovilizado, pero a duras penas lo conseguía.

—¡Julia, no estamos tomando el té! ¡Dale en los huevos! —Tenía razón, era una pelea contra un hombre armado que nos había amenazado, y perder podía traernos desastrosas consecuencias. Teníamos que aprovechar nuestra ventaja de dos contra uno.

El hombre intentó protegerse, pero fui más rápida. Entre los dos conseguimos hacerle caer al suelo, donde yo me dediqué a propinarle más patadas y Fabián consiguió hacerse con el listón. Me retiré de la contienda y le dejé hacer.

Me sorprendió ver a Fabián tan fuera de sí. Empezó a apalizarlo con más saña de la necesaria, dándole patadas y tablonazos pese a que ya había

perdido el sentido. Estaba canalizando su dolor con cada golpe.

—Para —dije. No me escuchó. Lo agarré por la cintura—. Está inconsciente, para ya.

Por fin se detuvo, jadeando.

—¿Estás bien? —preguntó. No me miraba a los ojos.

—Sí, no te preocupes. —Estuve a punto de responder: “¿y tú?”, pero me pareció absurdo. Opté por el pragmatismo—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Marchar a casa —dijo con voz neutra. Me pilló desprevenida y me quedé plantada en el sitio—. Te acompaño hasta la salida, y luego puedes irte tú. Ya has comprobado hoy que los malos son los vivos.

Caminamos en silencio. Al llegar a la puerta, me giré para mirarlo, pero seguía con la cabeza gacha. Sin saber si le ayudaría o no, seguí el impulso de abrazarlo. Él no respondió al abrazo, continuó mirando al suelo con las manos en los bolsillos. El instante se volvió incómodo. Le solté, avergonzada, sin saber qué decir.

—Buenas noches —dijo él, volviendo al interior del edificio.

Eché a andar por el paseo, donde parecía mentira que unas horas antes se hubiera despedido de mí sonriendo y tomándome el pelo, y yo hubiera disfrutado de una estupenda puesta de sol. Intenté ponerme en su lugar, pero no fui capaz de imaginar tanto dolor. Primero perder a su madre, y luego pasar por toda la adicción de su hermano hasta acabar perdiéndolo también. Además, de aquella forma tan violenta.

No era capaz de volver a casa, así que crucé la calle y caminé hasta la marquesina del bus. Me refugié allí, desde donde veía la entrada del asilo. Al cabo de un rato vi llegar una ambulancia que se paró delante. Por fin mi cerebro hizo caso al sentido común y aceptó que no pintaba nada allí. Fabián había dejado claro que no quería mi consuelo ni mi presencia, y si me veía quedaría aún más de psicópata de lo que ya estaba quedando.

Al llegar a casa cerré con llave y subí a mi habitación. Me desnudé lentamente, incapaz de dejar de darle vueltas a todo lo ocurrido esa noche. Me senté sobre la cama y empecé a temblar, no de miedo ni de rabia, sino por toda la tensión acumulada. Las imágenes venían a mi cabeza sin poder evitarlo. El cadáver de Suso, Fabián fuera de sí, Fabián

destrozado. Las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas. Finalmente me tumbé y cerré los ojos, agotada y deseando poder dormir sin soñar.

Capítulo 11

CAPÍTULO 11

A la mañana siguiente desperté pronto. Había tenido un sueño inquieto y finalmente, tras llevar un rato dando vueltas en la cama, decidí levantarme. Eran las ocho aun. Quería mantener la cabeza ocupada, así que empecé a hacer limpieza. Como la casa no era muy grande, a las once ya la tenía toda hecha una patena.

Le había enviado un mensaje a Fabián, pero no había contestado y no me atrevía a llamarlo. Cuando vi que la abuela se disponía a ir a misa le dije que la acompañaba hasta la Colegiata. Tenía la esperanza de encontrármelo de camino, pero no fue así. La dejé allí y volví dando un pequeño rodeo para pasar delante de su bar pero, como era de esperar, estaba cerrado. Alguien había colgado un cartel en la persiana que decía "Cerrado por defunción". Me fui directa a casa a seguir ocupando mi tiempo para no pensar. Aun así, miraba el móvil cada pocos minutos para ver si tenía alguna respuesta. Mi abuela volvió al cabo de poco más de una hora.

—Me he enterado de que se ha muerto el hermano de tu amigo —dijo.

—Sí, lo sé.

—Mejor para él —sentenció mi abuela. Me asombró su falta de sensibilidad.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Era su hermano! —exclamé.

—Bueno, no es el primero ni el último que pierde a un hermano. La vida sigue. Y la suya ahora será más tranquila, si no es que anda metido en los mismos líos.

—Por supuesto que no está metido en nada de eso.

—Fíate tú... —replicó mientras subía achacosamente las escaleras.

Estaba furiosa. Esperé a que subiera y luego hice yo lo mismo. Me encerré en mi habitación y encendí el portátil para buscar dónde estaba el tanatorio. En los resultados me salieron un par, pero uno de ellos estaba demasiado lejos. El otro era el que estaba junto al cementerio donde vimos la tumba de Lúa. Probé suerte con ese y marqué el número para

asegurarme. Me contestó una amable voz de mujer.

—Perdone, ¿es allí el velatorio de Suso Castro?

—Jesús Castro, sí. Está en la sala dos.

—Muchas gracias. Adiós.

Colgué y me puse la chaqueta. Bajé directa a la puerta, sin molestarme en despedirme de la abuela ni decirle a dónde iba. Cogí el primer autobús que vi que fuera por la calle Castrelos y bajé en la misma parada frente al cementerio que la vez anterior. Cuando me acerqué a la puerta, vi aparcada fuera la furgoneta blanca del padre de Fabián. En el último momento decidí cruzar la calle y comprar un pequeño ramo en una floristería. Volví con paso decidido, pero antes de entrar empecé a ponerme nerviosa. Busqué dónde estaba la sala dos y entré. Solo había una persona dentro, sentada en un mullido sofá frente a una cristalera tras la cual reposaba el cuerpo de Suso. Era su padre. Miraba fijamente a su hijo, como en trance.

—Señor Castro —dije en voz baja. Pareció darse cuenta entonces de mi presencia y me miró con expresión desorientada. Entonces me reconoció.

—Hola Julia. Llámame Roberto, por favor.

—Lamento mucho su pérdida, Roberto. —Él asintió y esbozó una débil sonrisa.

—Gracias por venir —dijo.

Me acerqué entonces al cristal. Aunque lo hubieran arreglado y vestido bien, me seguía produciendo la misma impresión que la primera vez, tirado en el suelo del asilo.

—Espero que, allá donde estés, tengas una segunda oportunidad —susurré. Los otros ramos estaban tras el cristal. Supuse que debía darle el mío a alguien del tanatorio para que lo colocara. Me acerqué entonces a su padre y me senté un momento a su lado—. ¿Cómo tiene la herida de la cabeza?

—Curará antes que la otra —dijo, secándose una solitaria lágrima que resbalaba por su mejilla, sin apartar la vista de Suso.

Esa frase tan simple me sobrecogió, pero hice un esfuerzo por reprimir las lágrimas.

—Ve con Fabián, que te necesitará más.

—No ha querido hablar conmigo —murmuré.

—Mi hijo es un cabezota. No le gusta hablar de las cosas serias si son las suyas, pero lo necesita o explotará. Ningún chaval de su edad debería pasar por todo lo que ha pasado.

“Ni ningún padre debería sobrevivir a su hijo”, pensé.

—¿Dónde está? —pregunté.

—En la cafetería.

Había una dentro del propio tanatorio. Me indicó dónde estaba y me dirigí allí, donde localicé a Fabián en una mesa al fondo. No me vio hasta que me senté frente a él. Su cara era de sorpresa pero, para mi alivio, no de enfado.

—¿Qué haces aquí? Porque si pretendes ofrecerme un hombro para llorar...

—No vengo para que me cuentes tus penas. Eso espero que lo hagas cuando estés preparado y lo sientas así. Ahora estoy aquí para que no pases por esto solo.

Estiré la mano y cogí la suya sobre la mesa. Perdí la noción del tiempo que estuvimos así, en silencio. Fabián apretaba mi mano con fuerza en algunos momentos. Finalmente se desasió y se levantó.

—Vuelvo con mi padre; no quiero dejarlo solo tanto tiempo. —Asentí y caminamos juntos hasta la entrada.

—Avísame si necesitas cualquier cosa —dije. Entonces me abrazó con fuerza y enterró la cara en mi pelo.

—Solo esto —contestó, y cuando se separó de mí añadió—: Si no te importa, ya te llamaré yo.

—Vale... —contesté titubeante, sin entender muy bien qué quería decir. ¿Que no le molestara?

Nos despedimos y volví para casa. A la mañana siguiente volví al tanatorio para asistir al funeral, pero permanecí al fondo de la iglesia. Ni siquiera sé si él me vio. Allí de pie, junto al ataúd, Fabián se encargaba de la gente que se acercaba a darles el pésame. A su lado estaba su padre, al que

parecían haberle caído encima veinte años más desde el día anterior.

Dos semanas más tarde aún no había tenido ninguna noticia suya. Era más difícil de lo que pensaba esperar a que llamara él. No quería agobiarle, pero estaba preocupada y lo echaba de menos. Esa noche tenía la esperanza de verle otra vez en el Berbés. Volví a quedar allí con mis amigas, no solo por eso, sino porque yo también necesitaba algo de distracción, y porque desde la noche de la borrachera las tenía encima pendientes de nuestra historia. Estaban al tanto de todo y eran ellas las que habían insistido en que las acompañara. Esta vez no vino el novio de Iria, que debió escarmentar de la anterior.

Nada más llegar busqué con la mirada a Fabián o a cualquiera de sus amigos, pero no vi a ninguno. Mis esperanzas se desvanecieron hasta que, unas dos horas más tarde, vi llegar a algunos de ellos. Reconocí al que me había llamado "gabacha" y a la chica que estaba segura de que estaba colada por Fabián, la tal Alba.

—Ahí están sus amigos —anuncié.

—¿Él no? —preguntó Leti, que estaba de espaldas.

—No.

—Ve a preguntarles si saben algo.

Salí del círculo de chicas y me dirigí hacia ellos. Antes de llegar, el amigo me reconoció a mí también.

—¡Mira, la francesa! —exclamó—. ¿Sabes algo de tu prometido?

—No desde lo de su hermano —repuse—. Venía a preguntaros.

—¿Qué le ha pasado? —inquirió.

—Murió hace dos semanas.

—¡Ostia! ¿El Suso ha palmado? —secundó otro.

—¿No lo sabíais? —me sorprendí.

—Yo sí —intervino Alba.

—¿Y no nos dices nada? —gritó el primero.

—Nadie me preguntó —replicó en tono hostil. De la misma forma se dirigió a mí—. Déjale tranquilo, ya tiene a sus amigos de toda la vida para acompañarle en estos momentos.

—¡Pero si no sabíamos nada! —exclamó el otro.

—¡Bueno, yo sí he estado con él! —zanjó.

Me sentí muy herida, aunque no podía recriminarle nada. No éramos pareja, ni tampoco amigos desde hacía tanto como con Alba. Era lógico que, de desahogarse con alguien, la eligiera a ella. Pero aun así no podía evitar que me doliese. Me di cuenta de que Fabián siempre me hacía sentir especial, pero esa era su forma de ser. No me había dado cuenta de cuánto lo necesitaba hasta que de repente me volví a sentir insignificante. Para mí, era el único amigo de verdad que tenía, pero yo solo era una colega más para él.

—Entonces supongo que os lo podrá contar mejor ella que yo —dije. Me despedí y volví con mis compañeras. Les conté brevemente lo que me habían dicho, aunque ninguna intentó consolarme. Aun no estaban tan borrachas y yo, por mi parte, tampoco pensaba estarlo. Aguanté un rato más por cumplir con ellas y luego me marché.

Pasaron los días sin noticias tuyas. No sabía por dónde continuar investigando el asunto de mi abuela, ni si podría hacerlo yo sola. De todas formas, tampoco me importaba ya. Solo quería terminar el curso, decir que no me sentía cómoda allí y volver a Francia. Estábamos casi en primavera, así que con suerte solo estaría en Vigo tres meses más.

La última semana de marzo, Iria y Leti se empeñaron en enseñarnos a las extranjeras una de sus fiestas preferidas de Vigo: La reconquista. Cuando pregunté de qué se trataba, me contaron que celebraban haber expulsado a los franceses cuando los invadieron durante la época de Napoleón. Aunque yo fuera francesa, no me sentí ofendida. Era razonable.

Nos reunimos en el paseo porque dijeron que, a partir de la Puerta del Sol, el Casco Viejo estaría demasiado lleno de gente. Tenían razón, nunca había visto tanta en el tiempo que llevaba allí. Y también la tenían en otra cosa: era de lo mejor de la ciudad. Estaba todo decorado con banderines con distintos motivos o con el año 1809. En la Plaza de la Constitución había un escenario. Nos contaron que hacían una representación, que era lo que íbamos a ver antes de pasear por los distintos puestos de comida y bebida.

—Todas las fiestas gallegas tienen el mismo objetivo: chuzarse.

—¿Qué es “chuzarse”? —preguntó Renata. Iba haciendo la traducción simultánea a Grazia, la otra italiana que casi no sabía castellano.

—Emborracharse —contestó Leti—. ¿A qué viene uno aquí? A beber. ¿Y a la arribada de Baiona? A beber. ¿Y a la fiesta de la historia de Ribadavia? ¿Al desembarco vikingo de Catoira? ¿A todas las que tengan un nombre de bicho marino?

—¡A beber! —gritó Iria, alzando los brazos.

—Correcto.

Daba la impresión de que eran unas alcohólicas, pero puedo jurar que en el día a día eran chicas serias y responsables. Nos reunimos con el novio de Iria en la pequeña plaza, que esta vez venía acompañado de tres chicos más.

—¡Eh! ¿Sabéis qué? —dijo Iria a los amigos de su novio—. ¡Tenemos aquí una del otro bando! Julia es francesa.

De repente me vi cubierta de hojas de lechuga entre comentarios de “fuera, gabacha” o “a tu puta casa”. Uno de ellos me llamó “vulevú”. Los odié al instante; eran el típico grupo de chicos, ya idiotas de forma individual, que alcanzan grados aún más peligrosos de estupidez en grupo.

La representación empezó y me gustó mucho, aunque no entendí ni la mitad porque era en gallego. Leti e Iria nos iban traduciendo trozos cuando les parecían relevantes. En medio de la plaza había un hombre vestido de fraile ciego que narraba cantando y, entre medio, los actores representaban diversas escenas. Cuando salió al balcón el que hacía de alcalde, uno de los amigos de Rubén, el novio de Iria, gritó “¡Aaaarcarde, caaaaabrón!”

—Es colega de ellos —aclaró Iria, aunque eso no lo hacía ser menos idiota.

Entonces colgaron del balcón un cartel que ponía “Hotel de Ville” y empezaron los insultos hacia mis compatriotas. No éramos nada queridos por allí, al menos durante esa celebración. El escenario era para representar la escena que había originado la revuelta, cuando uno de los soldados franceses intentó abusar de la hija de unos taberneros. Después de una arenga a la que el público respondió entusiasmado, la acción se trasladó a otro punto del Casco Viejo. Había demasiada gente, así que Leti

nos guio hasta el punto donde se unían la Calle Gamboa con la Baixada A Laxe. Nos perdimos todo lo que pasó en la puerta de la calle Gamboa, al parecer mataban a uno de los líderes de la revuelta y los vigueses se enfurecían aún más. Desde donde estábamos vimos como el pueblo hostigaba a los franceses y los hacía bajar hasta el puerto. Ya no llegamos hasta allí; nos contaron que se iban en barco.

Nos dedicamos entonces a disfrutar del ambiente. Sonaba música de gaitas por todas partes, había muchísima gente y, exceptuando las reiteradas muestras francóforas, me lo pasé en grande. Ni me di cuenta de dónde estábamos hasta que me encontré cara a cara con Fabián. Al mirar alrededor, me di cuenta de que estábamos frente a su bar.

—Hola —saludó tímidamente.

—Hola —contesté.

—Siento no haberte llamado.

—No tenías por qué hacerlo. —Nos quedamos los dos en silencio unos segundos. Todavía estaba dolida, y verlo me hacía sentir como una tonta otra vez. Me despedí con cierta amargura—. Bueno, adiós.

—Julia, espera. —Me agarró del brazo. Vi como mis amigas, que se habían quedado sorprendidas por el encuentro, se retiraban discretamente para dejarnos intimidad. Toda la que se podía tener estando rodeados de tantísimos paseantes, comerciantes y gaiteros.

—¿Qué? —contesté.

—Quería llamarte, de verdad. Es solo que no se me da bien esto.

—No tienes que disculparte. De verdad que lo entiendo. Ya tienes a tus amigos; no me necesitas.

—¿De qué hablas?

—Me encontré con ellos y Alba me dijo que había estado contigo. —"Y que te dejara tranquilo", añadí para mí misma.

—No le hagas ni caso a Alba; es una lianta. No la veo desde antes de que muriera Suso.

Así que había mentido. Eso confirmaba mi teoría de que iba tras Fabián. Estábamos celosas la una de la otra.

—Bueno, de todas formas, yo no estaré aquí mucho más. Cuando acabe el

curso volveré a Francia. —Fabián me miró desconcertado.

—¿Por qué?

—Porque no tengo nada aquí.

—Tienes a tu abuela, y... un oscuro secreto familiar que desvelar —añadió, no demasiado convencido.

Otra vez volví a sentir esa conexión entre nosotros de la que a veces estaba tan segura que era cosa de ambos, pero luego me hacía sentir estúpida.

—¿Y a ti eso que más te da? —pregunté. Me miró en silencio, como si estuviera intentando buscar las palabras adecuadas.

—No puedes irte —dijo finalmente. Suspiré, cansada de tanto rodeo.

—Fabián, si tienes un buen motivo dímelo de una vez, pero si no, no me des esperanzas. —Acababa de poner las cartas sobre la mesa, y si esta vez no se daba por enterado, es que era tonto. Él volvió a guardar silencio—. ¿Y bien?

Cuanto más se prolongara esa situación, peor me sentiría. En vista de que que no avanzábamos, me giré para marcharme. Fabián me detuvo y de forma repentina cogió mi cara entre sus manos, como aquella vez en el Berbés, y me besó. Me pilló desprevenida al principio. Pero después le devolví el beso, sintiendo mi pecho a punto de explotar. Escuché de fondo un estallido de vítores procedente de donde mis amigas se habían escondido para cotillear.

—Este es el mejor motivo que se me ocurre —dijo al separarse de mí.

—Me vale —contesté asintiendo, y volví a besarle. Podía sentir como su corazón martilleaba tan fuerte como el mío.

—Lo siento. Siento haberme cerrado. Es difícil para mí —insistió.

—No te preocupes.

—¿Tienes algo que hacer? —sonreí al volver a escuchar esa frase. Miré a mis amigas y les hice un gesto con la cabeza. No tenía ningún significado en concreto, pero en el contexto entendieron que yo les abandonaba allí.

Fabián se asomó por la puerta y le gritó algo a su padre. Luego me cogió de la mano y me hizo acompañarlo a su casa. Una vez allí, tuvimos la charla que deberíamos haber tenido casi un mes atrás. Solo me senté y escuché. Me contó sus sentimientos encontrados hacia su hermano, y

cómo se sentía fatal por continuar guardándole rencor por todo lo que les había hecho. Por haber sido egoísta y cobarde, y añadirles más sufrimiento cuando los tres habían perdido a su madre. Pero, a la vez, recordándolo como el hermano mayor que un día fue y la esperanza perdida de recuperarlo con su muerte. Se derrumbó en un par de momentos, durante los cuales le abracé sin palabras.

—¿Cómo estás ahora mismo? —pregunté cuando hubo acabado. Se encogió de hombros.

—No es tan duro como hace un mes, pero más que dentro de otro, supongo. Día a día estoy mejor. —Se levantó y fue al baño a lavarse la cara—. Y este es el motivo por el que no quería hablar de esto, y por el que espero que no tenga que volver a hacerlo —dijo al regresar, para terminar con el tema.

Se sentó de nuevo a mi lado y puso su mano sobre la mía.

—¿De verdad quieres dejar correr lo de tu abuela?

—Ni sabía ni quería seguir sin ti —confesé.

—Estupendo, porque tengo la dirección de Gabriel.

Capítulo 12

CAPÍTULO 12

Volvimos a bajar al bar. Con la fiesta en pleno Casco Viejo, había muchos clientes y abrían hasta más tarde. Le dije que me marchaba a casa para que pudiera trabajar sin tenerme allí por en medio, pero insistió en que me quedara un rato más.

Cuando entramos, reconocí a alguien en la barra. Era el anticuario al que visitamos meses atrás para preguntarle por el camafeo.

—¡Don Cosme, xa teño moza! —exclamó Fabián, contestándole a la pregunta que le hizo entonces. Me rodeó la cintura con la mano y me apretó contra él como para demostrarlo.

—¡Non era sen tempo! —replicó él.

El padre de Fabián nos miró sonriente.

—Me alegro mucho —dijo. Le devolví la sonrisa y fui a sentarme a la que ya era mi mesa de siempre.

Fabián iba y venía atendiendo a la gente mientras yo me distraía respondiendo a los muchos mensajes de mis compañeras, que preguntaban cómo había acabado a la cosa. En cada viaje siempre pasaba por mi lado para hacerme alguna carantoña. Hasta ese momento habíamos tenido poco contacto físico, salvo en ocasiones puntuales. Pero ahora parecía tan natural como si lleváramos toda la vida haciéndolo.

Por fin, la gente empezó a marcharse y Fabián pudo venir a sentarse conmigo.

—Que día más largo —resopló.

—A mí me ha gustado.

—Sí, bueno. Ha tenido sus momentos —sonrió.

—Cuéntame. ¿De dónde has sacado la dirección de Gabriel? —Fabián se puso serio.

—La noche que murió Suso, después de que te fueras fui a donde estaba el Wiki. Le conté lo que había pasado y sus colegas se hicieron cargo de

los otros dos.

—Espero que “hacerse cargo” no signifique “liquidarlos”.

—No, Julia, no somos mafiosos italoamericanos. Simplemente los sacaron de allí antes de que llegaran la policía y la ambulancia. El caso es que lo que me quería dar era este papel. —Buscó en el bolsillo de su pantalón y me tendió una nota donde solo había una dirección escrita.

—¿Sabes dónde está?

—En Navia, cerca de la playa. Mi abuelo también vive por allí.

—Creo que estamos cerca del final —dije.

—Y estoy a favor de aclarar la historia y que puedas vivir tranquila sin que te reconcoma la duda, si eso es lo que necesitas, pero no creo que sea buena idea.

—¿Qué? Esta misma tarde me estabas animando a que me quedara en Vigo por eso.

—Me estaba agarrando a un clavo ardiendo. Si lo llego a saber, me hubiera lanzado hace unos meses por las buenas.

—En algún momento tendremos que hablar de eso, pero no ahora —advertí—. ¿Por qué no quieres que lleguemos hasta el final con esto?

—Porque del tesoro podemos olvidarnos. Y de lo otro, como yo lo veo, solo hay dos opciones posibles: Que tu abuela matara a su hermana o que lo hiciera el tal Gabriel al que pretendemos ir a ver. ¿Cómo le sentará que sesenta años después venga alguien a preguntarle si mató a su familia?

—Debe pasar de los ochenta años —bufé—. No puede ser muy peligroso.

—Don Cosme, aquí presente, es de esa quinta y tendría sus métodos para tumbarme si quisiera.

—Pues vamos con más excusas —propuse—. Ya hemos usado hacer un trabajo de clase y estar prometidos. ¿Qué más nos queda? ¿Testigos de Jehová?

—No te negaré que tengo un traje que me sienta fetén. Pero no he visto a ninguna testigo de Jehová ni tan guapa ni menor de sesenta.

—No se... a estas alturas no creo que corramos peligro. Sólo quiero saber

la verdad.

—¿Estas segura de querer saberla? ¿Crees que podría ser tu abuela?

—Bueno, no ha hecho méritos últimamente —recordé lo que dijo el día del velatorio de Suso y que, por supuesto, no le iba a contar a Fabián. Cuanto más lo pensaba, más escalofriante me parecía—. Pero no, no creo que fuera capaz. Puede ser muchas cosas, pero estoy segura de que no es una asesina.

—Entonces sugieres que nos metamos en la boca del lobo. Si tan segura estás, ¿no puedes vivir con esa duda?

—Me daría mucha rabia haber llegado hasta aquí y dejarlo correr al final.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó.

—Esta vez improvisaré yo —dije. Fabián me cogió la mano.

—Decidas lo que decidas, me apunto.

Me acompañó a mi casa por primera vez en mucho tiempo. Fuimos caminando despacio, sin despegarnos, como si así fuéramos a recuperar el tiempo que habíamos estado separados. Cuando llegamos a la puerta vi que las luces del salón estaban encendidas. No era normal a esas horas y me temí que hubiera pasado algo.

—¿Me quedo? —ofreció Fabián.

—No hace falta. Si hay cualquier cosa te aviso.

La empalagosa e interminable despedida que había planeado se vio truncada por aquello. Nos dimos un último beso y entré. Mi abuela estaba en el salón, esperándome.

—¿Pasa algo? —pregunté.

—Estás con ese chico, ¿no?

—¿Cómo puedes saberlo como para haberte quedado despierta hasta ahora? ¡Solo hace unas horas!

—No puedes estar con él —sentenció.

—¿Por qué? ¿Qué te pasa con él? —inquirí, exasperada.

—No me fío.

—¿Pero qué te ha hecho?

—Su familia no es buena —insistió.

—¿Por qué su hermano era drogadicto? —No podía moverme del asombro y la rabia. Mi abuela no contestaba—. Vas a tener que darme un motivo mejor, porque yo tampoco me fío de ti.

—¡Basta! ¡Te prohíbo que salgas con él! —Me reí ante esa amenaza.

—Abuela, tengo veintiún años. No puedes prohibírmelo.

—Pues ya puedes volver a Narbona. No te quiero en mi casa.

No me lo podía creer. ¿De verdad me estaba echando por los prejuicios contra el chico con el que salía? ¿Precisamente ella?

—Muy bien, me voy ahora mismo —exclamé, furiosa. Subí a mi habitación e hice una pequeña maleta. Metí algo de ropa, el portátil y las cosas que no quería arriesgarme a que encontrara, como el diario de Lúa, el camafeo o los documentos de nuestro antepasado. Volví a bajar con ella a cuestas y me detuve un momento en el umbral de la puerta—. ¡Volveré a por el resto!

Cerré de un portazo y bajé hasta el paseo. Una vez allí, dejé la maleta en el suelo e intenté pensar en qué hacer. Tenía a Fabián, por supuesto, pero no podía pedirle que me alojara en su casa, y menos en nuestro primer día juntos. Pensé en mis compañeras de clase. Todas vivían con sus familias, salvo Renata y Grazia, que lo hacían en un piso compartido. Era una opción a tener en cuenta, al menos por el momento. Pero no sabía dónde estaba, y a esas horas tampoco quería molestarlas. Esa noche tendría que irme a algún hostel.

Fui a buscar un cajero para sacar algo de mi fondo de estudios y a buscar con el móvil dónde estaba el alojamiento más cercano y barato. Encontré uno no muy lejos y me dirigí hasta allí. No sabía si estaría lleno por la gente que viniera a la Reconquista. Sin embargo, y afortunadamente para mí, les quedaban habitaciones. Me dieron un cuarto minúsculo con una ventana que daba a un patio interior y una cocina. Olía a fritanga por todas partes, pero para dormir esa noche serviría.

Encendí el ordenador y pensé en escribir a mis padres o a mi hermano, pero me contuve. Si lo hacía, mi padre llamaría a mi abuela y se metería en esa historia, o bien me haría volver ya a Narbona. Ninguna de las dos opciones me parecía aceptable. Prefería contárselo cuando tuviera todo un

poco más atado y estuviera ya instalada en algún sitio.

Con un suspiro, volví a cerrar el ordenador y me tumbé en la cama solo con la ropa interior y una camiseta. No había pensado en meter ningún pijama en la maleta. Al día siguiente tenía clase, pero no pensaba ir. Envié un mensaje a Leti, con la que compartía más clases, pidiéndole que tomara apuntes por mí. No entré en detalles; ya se los contaría más adelante. Seguro que el giro dramático de los acontecimientos entusiasmaría a las chicas, pero a mí no me hacía ninguna gracia. Finalmente cerré los ojos y esperé a que me venciera el sueño, sintiéndome muy sola.

Me había puesto la alarma del móvil a las ocho de la mañana, y media hora más tarde ya estaba lista para irme. Había pagado la habitación al llegar la noche anterior, así que cuando bajé y no vi a nadie en el mostrador dejé la llave sobre la mesa y salí a la calle. Era muy pronto, la mayoría de comercios aún estaban cerrados, pero el del padre de Fabián había abierto ya.

—Buenos días, Roberto —dije al entrar. Me miró sorprendido.

—¡Julia, que madrugadora! —Reparó entonces en la maleta—. ¿Te vas?

—No exactamente. He tenido problemas con mi abuela.

—¿No me digas que la bruja de Antía te ha echado? —Mantuve la vista baja, sin saber muy bien qué responder. No quería que me preguntara el motivo—. ¿Ha sido por Fabián? ¡Esa mujer no cambiará nunca!

Levanté la vista.

—¿A qué se refiere? —pregunté.

—Ya te dijo Fabi que de pequeño era muy amigo de tu padre. Dejamos de serlo de la noche a la mañana por su culpa. Supongo que también le debió amenazar. No sé qué le pasaba conmigo. Nunca le he gustado.

Entonces ese odio no era por Suso, sino que venía de más lejos. Me sentí desconcertada.

—¿Puedo dejar la maleta en vuestro almacén? —pregunté.

—Súbela a casa, y de paso despierta al vago de mi hijo. —Me tendió un juego de llaves y me indicó cuál correspondía a cada puerta.

Mientras metía la llave en la cerradura me sentí mal, era raro entrar en casa de otros yo sola. Me quité la chaqueta y la dejé sobre la maleta, en el comedor. Después me dirigí hasta el cuarto de Fabián. Abrí una rendija de la puerta y distinguí su silueta repantigada en la cama. Sonreí al pensar en las diferentes formas en que me gustaría despertarlo, pero me contuve. La persiana no estaba bajada del todo y entraba la suficiente luz del exterior como para ver bien.

Me senté junto a él en el borde de la cama y empecé a acariciarlo. Poco a poco empezó a revolverse hasta que abrió un poco los ojos. Al verme los abrió de golpe y retrocedió asustado. Se dio con la espalda en la pared y soltó una exclamación.

—¡Joder, que susto!

—Lo siento, no era mi intención. —Al momento sonrió y me cogió entre sus brazos para lanzarme sobre la cama junto a él.

—Tranquila. Por mí, dame estas sorpresas cada día. ¿Has desayunado?

—No.

Se incorporó y me llevó de la mano hasta la cocina.

—Leche, zumo, Coca Cola... ¿Qué quieres?

—Un poco de zumo, gracias —acepté el ofrecimiento.

—Ve al comedor; voy en seguida.

Apareció al cabo de unos minutos llevando dos platos de tostadas con mermelada y mi vaso de zumo.

—Desayuno continental —anunció. Entonces reparó en la maleta y se puso serio—. ¿Qué significa eso?

—Ayer tuve una gran bronca con mi abuela y me echó de casa.

—¿Ayer? ¿Y dónde has dormido? —inquirió.

—He ido a un hostel.

—¿Por qué no me llamaste?

—No me parecía adecuado pedirte que me metieras en tu casa —expliqué.

—¡Mira que eres parva! —Le lancé una mirada de advertencia.

—No te pases.

—Deberías habérmelo dicho, fuera la hora que fuese —dijo malhumorado mientras nos sentábamos a la mesa.

—¿Vamos a tener ya la primera pelea?

—Lo siento. Come.

Me deslizó el plato y desayunamos en silencio. Lo rompió al cabo de unos minutos.

—¿Por qué te echó? —Me encogí de hombros y me miró, exasperado—. ¿Vamos a tener ya los primeros secretos?

Suspiré y me recosté contra el respaldo de la silla. Lo miré a los ojos.

—No quiere que esté contigo. —Su expresión se suavizó un poco.

—¿Me odia hasta el punto de echar a su nieta de casa? ¿De qué va esto?

—No tengo ni idea, pero no voy a aguantar tonterías —contesté.

—¿Y cómo lo sabía? —Me volví a encoger de hombros.

—No me lo dijo.

—¿Soy el único al que todo esto le suena muy muy raro? — Tenía razón, yo también pensaba que allí había algo que se nos escapaba.

Terminamos el desayuno y me preguntó si quería ducharme. Se lo agradecí, ya que lo necesitaba desesperadamente. El hostel no tenía baño propio en la habitación.

Me trajo un par de toallas y disfruté de una ducha en condiciones. No era la más moderna del mundo, pero casi cualquier cosa era mejor que la de casa de mi abuela. Al acabar me di cuenta de que me había olvidado la maleta fuera y necesitaba ropa limpia. Salí sigilosamente con la toalla envuelta, pero Fabián me escuchó.

—¡Vale! —exclamó al verme. Empezó a quitarse la camiseta.

—¡No! ¡Solo venía a por mi ropa! —expliqué, ruborizándome sin saber por

qué. Ya habíamos estado juntos en ese aspecto.

—Qué pena —murmuró. Se acercó a mí y me abrazó por la cintura—.
¿Puedo hacer algo para que la dejes un rato más en la maleta?

Intenté responder pero no pude. Noté que era porque había parado de respirar. Fabián tenía algo que me hacía diferente cuando estaba con él, más confiada y desinhibida. No me había reconocido a mí misma cuando pasó lo del parque y tampoco en ese momento, cuando dejé caer la toalla.

—No podemos salir a la calle con toda esta tensión sexual entre nosotros —dije—. Hemos de resolverlo de alguna forma —Fabián rio.

—¡La señorita ha hablado! —Me levantó en volandas y me llevó hasta la cama.

Esta vez fue diferente. Sin prisas, más tierno. Definitivamente con mucho más sentimiento, al menos por mi parte. Me sentí culpable por aquella primera vez, por haberlo usado de esa forma. Pero no era momento para pensar en eso.

Un rato más tarde nos preparamos para salir. Decidimos acabar de una vez por todas con lo de Gabriel, y esperaba que para siempre, con aquella historia. Quizá Lúa solo quería que el hombre al que amaba supiera lo que le pasó y era tan sencillo como eso. Bajamos al bar a avisar al padre de Fabián de que estaríamos fuera por la mañana.

—Papá, ¿me prestas la furgo? —preguntó.

—¿Otra vez?

—Hemos de ir a Navia. Será sólo por la mañana. —Su padre fue al almacén un momento y volvió con las llaves en la mano.

—Cógela, anda —dijo, tirándoselas. Fabián las cogió al vuelo.

—¡Gracias!

Nos perdimos un poco. La calle debía ser tan pequeña que no aparecía en el mapa. Fabián sabía más o menos por dónde quedaba, pero tuvimos que dar un par de vueltas antes de encontrar la vivienda. No pudimos aparcar delante, así que dejamos el coche a un par de manzanas y fuimos

andando.

La casa era también de piedra, pero nada que ver con la de mi abuela. Esta era más moderna y cuidada, o al menos lo que se podía ver desde la calle. Había un muro alto con una puerta de metal de color rojo. En un lateral había un timbre y una rendija para el buzón con el nombre del propietario.

—“Gabriel Castro Salgado” —leí.

—¿Cómo? —exclamó Fabián. Me apartó para leerlo él mismo—. ¡No me jodas!

—¿Qué pasa? ¿Lo conoces?

—Técnicamente no, pero ya sé por qué tu abuela me odia —dijo.

—No te entiendo.

—La cosa va de tíos abuelos, parece. Gabriel Castro Salgado es el hermano de mi abuelo.

Sentí un peso en el estómago ante esa revelación. Tenía tantas preguntas que querían salir a la vez, que no lo hacía ninguna.

—¿Y qué quieres decir con que técnicamente no lo conoces?

—Mi abuelo y él se pelearon antes de que yo naciera. Sé de su existencia, pero he llegado a verlo nunca.

—¿Estás seguro de que es él?

—Bastante. Sé que vive por aquí también. ¿Cuántas probabilidades hay de que viva en la misma zona, se llame igual y tenga una edad similar?

—Eso explica también por qué Lúa nos unió —reflexioné.

—¿A qué te refieres?

—Tenía sentido que fuera yo. Encontré su camafeo, y además somos parientes. ¿Pero por qué tú? ¿Porque pasabas por allí? Era muy raro.

—Yo me lo tomé como una casualidad —repuso.

—Pues parece que no lo fue.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó.

—¿Quién sois? —bramó una voz desde el telefonillo. Ambos nos sobresaltamos.

—Hola, creo que soy tu sobrino —contestó Fabián.

Se hizo el silencio. Esperamos durante un par de minutos, sin saber si volver a llamar. Entonces la puerta metálica se abrió y vimos a un hombre calvo y alto, pese al encogimiento de la edad. Vestía un brillante chándal de color azul eléctrico y blanco.

—¿Eres el hijo del Rober? —preguntó, dirigiéndose a Fabián.

—Sí —contestó.

—Pero no eres el que conozco.

—Soy Fabián, el pequeño. —Gabriel asintió.

—¿Y qué te trae por aquí?

—De hecho, veníamos por mí —intervine—. ¿Le suena el nombre de Lúa?

Gabriel me miró con desconfianza.

—¿Qué quieres?

—Encontramos una carta dirigida a usted, y su diario. Como fueron pareja, supuse que querría tenerlo.

Nos miró alternativamente antes de invitarnos a pasar.

—¿Lo has leído? —preguntó cuando entramos en el salón. Asentí con la cabeza—. ¿Me lo dejas?

Se lo tendí y él lo hojeó.

—Faltan las últimas hojas —observó. Volví a asentir.

—No sé dónde están. Ya las habían arrancado cuando lo encontré.

—¿Y dónde lo encontraste? —inquirió.

—Verá... —No sabía muy bien cómo explicarlo. Opté por la sencillez, estaba harta de dar rodeos—. Soy la sobrina nieta de Lúa. Nieta de Antía

Soto.

Gabriel se quedó paralizado por un momento.

—Sentaos —señaló dos sofás de color beige con pinta de ser muy incómodos—. Voy a buscar algo de beber. Tenéis que explicarme muchas cosas. ¿Qué queréis?

—Solo agua, gracias —dije.

—Nada para mí —respondió Fabián. Gabriel asintió y desapareció por una puerta lateral.

Fabián y yo nos sentamos y nos miramos.

—¿Qué piensas? —pregunté.

—No se... Me sigue pareciendo que aquí hay algo raro. Estate alerta; no me fío de él.

—¿Sabes por qué se peleó con tu abuelo? —Fabián negó con la cabeza.

—No, nunca me lo contaron, y yo tampoco pregunté. Simplemente era "el tío con el que el abuelo no se habla". Mi abuelo tiene un carácter de mil demonios y un peculiar sentido del honor. Con él, podría ser por cualquier tontería que hubiera considerado una ofensa.

Escuchamos que Gabriel volvía y nos callamos. Me miré las manos mientras me las frotaba, nerviosa. Entonces escuché un ruido sordo y vi a Fabián desplomarse en el suelo a mi lado. Le manaba sangre de una herida en la cabeza. A continuación el mundo se oscureció.

Me desperté con un fuerte dolor de cabeza, sin saber dónde estaba ni lo que había pasado. Intenté incorporarme pero no pude mover las manos. Me di cuenta de que las tenía atadas. Fabián estaba tumbado en el suelo a mi lado, pero seguía inconsciente. La herida se había coagulado y había dejado de sangrar. No parecía grave, pero seguro que necesitaba algunos puntos. Eché un vistazo alrededor y me di cuenta de que continuábamos en el mismo salón. Supuse que no había tenido fuerza para arrastrarnos hasta otro sitio, así que nos había atado allí mismo. Seguí mirando, buscando cualquier cosa que pudiera alcanzar para desatarme, pero la estancia estaba impecable. La mesa de centro, que era cuadrada y con la parte de arriba de cristal, tenía todos los bordes y cantos redondeados. Encima solo había un tapete y un pequeño jarrón con un ramillete de flores de plástico. Pensé en intentar empujar la mesa, a ver si conseguía hacer caer el jarrón para que se rompiera y utilizar un cristal. Sabía que

no sería tan fácil como en las películas, pero no podía quedarme allí sin hacer nada a merced de ese loco.

Rodé como pude hasta chocar con la mesa y conseguí hacerla temblar lo suficiente como para que el jarrón se tumbara, pero resultó ser de plástico y cayó rebotando. No veía nada más a mano que pudiera usar. Seguro que Fabián llevaba cualquier cosa útil encima, como siempre, pero no tenía forma de registrarle tal y como estaba.

—Fabián —susurré a su oído—. Despierta, Fabián.

No obtuve respuesta. Me coloqué de espaldas a él para darle con los pies, que también tenía atados. Continuaba sin reaccionar. Empecé a desesperarme. No sabía cuánto tiempo tardaría Gabriel en volver.

No fue mucho, intenté despertarle durante cinco minutos más hasta que éste entró en la habitación.

—Mira que bien, ya estás despierta. —Con gran esfuerzo, consiguió incorporarme lo suficiente como para quedar recostada a los pies del sofá. Lo miré con odio.

—¿Fuiste tú quien mató a Lúa?

Gabriel me dio un bofetón.

—Tú no puedes preguntar. Solo vas a decirme dónde está el tesoro.

—Yo no tengo ni idea de dónde está.

—Pero seguro que tu abuela sí —replicó.

—No sé esto a través de ella. Ni siquiera me ha dicho nunca que tuviera una hermana.

—Bueno, pues la llamamos y la invitamos a esta reunión familiar, a ver qué tiene que decir.

En ese momento sonó el timbre.

—Disculpa, estoy esperando un paquete. —Fue hasta el telefonillo y contestó.

—¿Quién es?

Al cabo de unos segundos volvió refunfuñando.

—Putos críos. Bueno, supongo que tendrás por ahí un móvil. Todos los jóvenes lo tenéis.

—Mi abuela nunca ha tenido dinero —insistí.

—Pero sabe dónde está —repitió.

—Entonces, ¿por qué después de tantos años no has ido a buscarla para obligarla a decírtelo?

—Porque pensaba que no lo había encontrado. Pero Lúa dice en su diario que Antía fue al pazo. Y, misteriosamente, ¡han arrancado las demás páginas! —Debería haber hecho caso a Fabián y olvidarme del asunto. Lo había liado todo aún más.

—Podría habértelo dicho Lúa en persona si no la hubieras matado.

—¿A quién le importa? Era una niña inútil que no sabía hacer nada. Pero Antía sí; esa zorra era muy lista.

Volvió a sonar el timbre y Gabriel salió otra vez más de la estancia para contestar.

—¿Quién es? —Escuché que colgaba tras unos segundos y se dirigía a la entrada—. ¡La mierda de los niños! ¿No tienen colegio?

Un par de minutos más tarde apareció por la puerta la última persona que hubiera esperado ver en ese momento.

—¡Abuela! —exclamé.

—Calla, no tenemos mucho tiempo. Le he echado la cosa esa de pimienta a la cara y lo he empujado. No tardará en venir, y estará furioso. —Volvió a marcharse y reapareció tras unos segundos con un cuchillo. Cortó con mucha dificultad una de las cuerdas con las que me había atado, que eran del tipo que se usan para los tendederos, recubiertas de plástico y muy duras. Cuando lo consiguió, me las quité a toda prisa y cogí el cuchillo. Me desaté los pies e hice lo mismo con Fabián.

—No se despierta —murmuré. Comprobé con alivio que sí respiraba, aunque de forma muy tenue—. Sal de aquí y llama a la policía, abuela. Yo he de sacar a Fabián.

Le di el móvil y el cuchillo y se fue hacia la entrada. Quise levantar a Fabián, pero pesaba mucho más que yo y fui incapaz. Intenté arrastrarlo y, poco a poco, lo fui consiguiendo. Demasiado despacio, inquieta porque no sabía dónde estaba Gabriel. Intenté tranquilizarme pensando que,

ahora que estaba desatada, podría luchar contra un octogenario.

Casi había llegado a la entrada cuando éste apareció por un pasillo lateral. Llevaba un envase grande de lata en una mano y el cuchillo que le había dado a mi abuela en la otra. Tenía restos de sangre.

—¿Qué le has hecho? ¿Dónde está? —grité, fuera de mí.

—En el infierno, donde debería llevar sesenta años. No te preocupes, que la verás en seguida.

Clavó el cuchillo en la lata y empezó a derramar un líquido transparente. Me llegó en seguida el olor de la gasolina. Ese loco planeaba prendernos fuego.

Capítulo 13

CAPÍTULO 13

Corrí los escasos metros que nos separaban y me abalancé sobre él. Tenía aun los ojos lagrimeando por el espray que le había echado mi abuela. De forma absurda en ese momento tan inoportuno, me pregunté de dónde lo habría sacado.

Caímos los dos al suelo sobre un montón más de latas que Gabriel había apilado allí. Probablemente lo hubiera hecho mientras estábamos atados, así que ya debía tener planeado matarnos. Lo que más me sorprendió es que no le importara quemar su casa para ello. Pero ese era un enigma para el que estaba dispuesta a no obtener respuesta. Sólo quería que escapáramos de allí ilesos y llegara la policía.

Rodamos en un charco de combustible y conseguí reducirle con relativa facilidad. Le arranqué el cuchillo de las manos y lo lancé por la puerta principal. Al hacerlo, vi al fondo del camino a mi abuela tirada en el suelo sobre un charco de sangre.

—¡Hijo de puta! —grité.

Cogí una de las latas y empecé a golpearle en la cabeza con todas mis fuerzas hasta que lo dejé inconsciente. Corrí entonces hacia mi abuela. Aun respiraba, pero tenía una herida en el costado y había perdido mucha sangre. El móvil estaba tirado a un metro de ella. Lo cogí rápidamente y marqué el 112. Pedí urgentemente una ambulancia y que viniera también la policía. Les di la dirección y dije que habíamos sufrido una agresión y que el agresor aún estaba allí. Instándoles a que se dieran prisa, colgué y me quité la chaqueta y el jersey. Con éste último detuve la hemorragia de mi abuela, como recordaba vagamente haber aprendido en un cursillo de primeros auxilios hacía años, en el instituto.

Después volví a entrar a por Fabián. Gabriel había desaparecido, y pude ver un camino de gasolina que se internaba en la casa. Ese chalado podía encender un mechero en cualquier momento. La cabeza me martilleaba del golpe, y las muñecas y tobillos me ardían allá donde había estado atada, pero tenía que darme prisa. Cogí a Fabián por las muñecas y empecé a arrastrarlo hacia afuera. Tuvimos que pasar sobre el charco de gasolina al salir por la puerta principal y no me hizo ninguna gracia, pero no podía cargarlo a peso. Estábamos dejando un reguero a nuestro paso, así que dejé a Fabián en medio del jardín y corrí hacia un lateral de la

fachada, donde había visto una manguera al entrar.

Desenrollé unos metros y abrí el grifo, lanzando el chorro primero a Fabián. Recuperó el conocimiento de golpe.

—¿Qué pasa? —inquirió. Miró alrededor, confuso.

—¿Puedes levantarte? —pregunté mientras iba hacia él, dirigiendo el chorro de agua a la entrada de la casa. Realmente no tenía ni idea de si eso serviría para algo. Actuaba puramente por instinto. Fabián se incorporó a duras penas.

En ese momento se oyó una explosión procedente del interior. No fue muy fuerte, pero lo suficiente como para que explotaran las ventanas y nos hiciera caer hacia atrás. Empezó a salir humo por ellas.

—Fabián, ¿sabes si la gasolina arde sobre el agua?

—Creo que sí.

—Pues corre. —Sin dar más explicación, corrí hacia mi abuela. Sabía que no se debía mover a los heridos, pero suponía que el riesgo inminente de un incendio lo justificaba. Fabián me ayudó y la sacamos hasta la acera, donde en ese momento se detenía la ambulancia. Justo a tiempo.

Atendieron primero a mi abuela, ya que su herida era la de mayor gravedad.

—Vete con ella y que te miren a ti también lo de la cabeza. Creo que vas a necesitar puntos —le dije a Fabián. Se llevó la mano a la parte posterior y soltó una exclamación.

—Me he perdido mucho, ¿verdad?

—Casi todo. Te lo contaré luego, pero primero que te atiendan. Yo tendré que explicárselo a la policía.

Se marchó en la ambulancia y yo me quedé a relatar la historia, simplificándola para no mencionar las cosas inexplicables. Les dije que habíamos encontrado un viejo diario de mi tía abuela y habíamos localizado al que fue su novio para dárselo, y que había resultado ser el tío abuelo del mío. Pero que sin querer habíamos destapado una truculenta historia familiar que había desembocado en el intento de homicidio por parte de Gabriel.

El lugar se había llenado de gente. Además de la policía, los bomberos, la nueva ambulancia que acababa de llegar y los curiosos, de alguna forma, estaba allí también la televisión. Vi como un cámara me enfocaba

mientras una reportera corría hacia mí. No tenía ninguna intención de quedarme más tiempo para saciar la sed de tragedias de los telespectadores. Fui directa hasta el paramédico que bajaba en ese momento del vehículo.

—Hola, soy la otra herida. La ambulancia anterior ya se ha llevado a mi abuela y a mi novio. Solo faltó yo.

—¿Qué tienes? —preguntó.

—Un golpe en la cabeza y heridas donde me han atado en muñecas y tobillos. Y supongo que algunos golpes sin importancia.

Tenía ya a la reportera metiendo el micrófono por donde podía entre el paramédico y yo. Éste la despachó sin miramientos y me hizo entrar en la ambulancia.

—No sé cómo, pero esa gente llega siempre antes que nosotros.

Me llevaron al Hospital Xeral; una inmensa mole recubierta por planchas de color verde y amarillo en el centro de la ciudad. Me dejaron en urgencias y encontré allí a Fabián, al que aún no habían atendido. Me dijo que a la abuela sí se la habían llevado nada más entrar. No me pareció buena señal.

Me senté junto a él y saqué mi móvil. Vi que la pantalla se había roto. Probablemente fue cuando caí tras la explosión, ya que me lo había guardado en el bolsillo trasero de los vaqueros. Por lo menos aun funcionaba. No quería, pero esa llamada era necesaria. Tenía que avisar a mi padre para que viniera por si acaso.

Después de un rato, me di cuenta de que estaba helada de frío. Mi chaqueta había quedado tirada en el suelo de casa de Gabriel, y el jersey lo había usado para detener la hemorragia de mi abuela. Me había quedado sólo con una camiseta roja de manga corta y estaba temblando. Me acurrugué junto a Fabián, sintiendo su calor reconfortante.

—No me había dado cuenta —se disculpó, quitándose su ajada chaqueta y poniéndomela encima.

—Entonces tendrás frío tú —protesté.

—Tengo mi jersey.

Me puse las mangas y volví a acurrucarme.

—Gracias por salvarme hoy —dijo.

Empecé a contarle todo lo que había pasado desde que Gabriel nos dejó inconscientes.

Al cabo de unas horas nos dieron el alta. Fabián se llevó cinco puntos en la cabeza y, para mi asombro, yo tres. Me imaginaba que una herida de ese tipo dolería más, o quizá es que no me daba cuenta por la adrenalina del momento.

Me informaron de que mi abuela estaba en estado grave, pero que había recuperado el conocimiento y quería vernos urgentemente. Nos llevaron hasta su habitación y la encontramos con la cama semi incorporada y con varios aparatos enchufados. Le estaban haciendo también una transfusión de sangre. Se me saltaron las lágrimas al verla así.

—Solo la nieta —dijo una enfermera a Fabián.

—Quiero hablar con los dos —exigió mi abuela autoritariamente, y cuando usaba ese tono, no admitía discusión.

Cogí la única silla de la habitación, de color verde y con el relleno de espuma sobresaliendo por las esquinas, y me senté a su lado. Fabián se apoyó contra la pared, de pie frente a la cama.

—¿Le has contado algo a tu padre? —preguntó.

—No, sólo le he llamado para que viniera.

—Pues no lo hagas —ordenó—. Lo haré yo misma.

Me pregunté si aguantaría hasta entonces. Por su forma de hablar parecía que estuviera bien, pero los médicos nos habían advertido de que su estado era muy delicado y creían que era demasiado mayor para soportarlo.

—Bueno, es la hora —dijo de repente—. ¿Cuánto sabéis?

—Creo que bastante menos de lo que pensábamos. —Mi abuela suspiró y empezó su relato.

—Será mejor que empiece por el principio, entonces.

“Mi hermana y yo no teníamos una mala relación, pero tampoco buena. Cada una se dedicaba a lo suyo. Gabriel era mi prometido. Era la mano derecha de mi padre, y un hombre poderoso dentro de la empresa. El matrimonio conmigo le aseguraría ser el propietario en un futuro. No puedo decir que me desagradara. Era un hombre muy atractivo en su día, pero no tuve apenas trato con él hasta poco antes de que sucediera todo. Es entonces cuando descubrí que era un hombre soberbio y codicioso. Encontré unos documentos, como bien sabes, de un antepasado nuestro que había encontrado parte de los tesoros de Rande. Sabía dónde los había ocultado, pero necesitaba mi ayuda para conseguirlo. Estaban en el viejo pazo de mi bisabuelo, que era de nuestra propiedad y lo utilizábamos cuando queríamos pasar unos días fuera de la ciudad. No sólo me necesitaba para entrar, puesto que no podía acceder nadie que no fuera de la familia si no era acompañado de un miembro. También necesitaba a alguien que conociera la casa. Era tal su arrogancia, que a Gabriel ni se le pasó por la cabeza que yo pudiera negarme a obedecerle. Pero lo hice, claro. Si es que ese tesoro existía, era patrimonio de mi familia y no pensaba permitir que se lo quedara.

Un día conseguí hacerme con esos documentos y copiar los que hacían referencia a su ubicación antes de devolverlos para que no se diera cuenta. Me costó bastante descifrarlo. No había pasado demasiado tiempo allí, y nunca me había fijado en la distribución de las habitaciones. Después de mucho examinarlo, pensé que si estaba sobre el terreno sería capaz de encontrar el tesoro.

A la vez, él había ido poniendo en práctica un plan alternativo. Sedujo a mi hermana, que era apenas una adolescente por aquel entonces. Era inocente y confiada, y creyó que él la amaba de verdad. Yo no supe nada de eso hasta más tarde y, de haberlo sabido, no me hubiera preocupado. Lúa tenía sus virtudes, aunque el juicio y la agudeza no eran las más sobresalientes. Pero Gabriel sí era inteligente. No pretendía que ella le ayudara a encontrar el tesoro, sino que me espiara a mí para darle información.

Un día consideré que era el momento de ir al pazo. Se lo dije a nuestro chófer sin previo aviso. Sabía que si planificaba el viaje, aunque fuera con el pretexto de pasar unos días tranquila, Gabriel se enteraría a través de mi padre o mi hermana y sospecharía. Una vez allí, no me costó demasiado. Nuestro antepasado había construido un subterráneo al que se accedía a través de un pasillo secreto desde la que fue su habitación o desde el jardín.

Si viste los documentos, supongo que sabrás de dónde salieron esas riquezas. Ayudó a un tal Isaac Dickson en una expedición de rescate del tesoro en 1825. Oficialmente fue un fracaso, pero la verdad es que sí

encontraron algo. Mi bisabuelo fue discreto y sólo dejó esa pista para sus descendientes, que no la encontraron o no la supieron interpretar. Vivieron el resto de sus vidas viendo desaparecer su fortuna sin saber el tesoro que se escondía bajo sus propios pies. El tal Dickson no fue tan cauto; se conoce que murió rodeado de lujos.

El caso es que, por miedo a que encontrara la forma de llegar hasta él, lo llevé conmigo y le hice jurar a nuestro chófer que no diría nada. El hombre era un joven empleado fiel que sentía devoción por mí y accedió a ayudarme.

Una vez en casa se me ocurrió un plan por casualidad. Vi en nuestra librería un ejemplar de "La isla del tesoro" de Robert Louis Stevenson. Nos lo había traído mi padre de uno de sus viajes. Estaba gastado y la cubierta prácticamente había desaparecido de la cantidad de veces que lo leímos de pequeñas. Lo cogí en mis manos mientras la idea tomaba forma en mi cabeza, y en ese momento entró mi hermana y me preguntó qué hacía. No le contesté, pero vio lo que estaba mirando y, ya fuera por intuición o por casualidad, ató cabos unos días más tarde cuando supo que había salido a navegar. Yo siempre lo había detestado, y lo sabía.

Pedí a mi madre que me acompañara para tener una coartada. Fuimos hasta las islas Cíes y pasamos el día en la playa. Me las arreglé para que viniera también nuestro chófer. Él fue el encargado de esconder allí el tesoro.

Al volver a casa, mi hermana me intentó sonsacar información, pero a la pobre se le daba muy mal. Es entonces cuando descubrí que había estado viéndose a escondidas con Gabriel y espiándome. Monté en cólera. Creo que no había estado tan enfadada en mi vida. Ella se negó a decirme qué pensaba hacer mi prometido, y me avergüenza reconocer que incluso le di un bofetón. La dejé sollozando en el salón y subí inmediatamente a su habitación, pues sabía que tenía un diario y estaba segura de que era tan inocente que lo habría escrito todo. Lo localicé rápidamente en un cajón de su escritorio y me lo llevé antes de que se diese cuenta. Lo guardé en una caja en mi habitación y salí en busca de nuestro chófer para advertirle del peligro. Cuando volví, vi la nota que había escrito mi hermana y la escondí en una caja en su tocador, con cosas de poca importancia dónde a Gabriel no se le ocurriría buscar. Después, salí a por ella para contarle la verdad. Pero ella no estaba en el Café Colón, como había dejado escrito. Apareció muerta esa misma noche en un descampado próximo.

Nunca se pudo demostrar que fue Gabriel, pero yo estaba segura de ello. Me armé de valor y conté la historia a mis padres. Hasta más tarde no supe que me habían creído.

Una tarde fui al centro con unas amigas, y al volver, encontré la casa en llamas. El chófer intentó impedírmelo, pero tenía que entrar. Teníamos un

pozo en el jardín, así que hice que subiera el cubo y me lo eché por encima antes de acceder. Entré dentro, con el calor y el humo asfixiándome, y fui a la habitación de mis padres. Los dos estaban ya muertos; no podía ayudarles. Fui entonces a mi habitación y cogí la caja donde había guardado el diario de Lúa. Todavía no lo había leído, pero se me ocurrió que podría ser una prueba importante. Al intentar alcanzar la escalera, pasé por delante de su habitación. Estaba prácticamente vacía, mis padres habían guardado todos los muebles en la bodega porque les dolía ver cualquier cosa que les recordara a ella. Solo quedaba la cama, pero me llamó la atención ver algo encima. Era el camafeo que nos trajo nuestro padre de París. Lo llevaba puesto cuando la encontraron. No sabía qué hacía ahí encima. Quizá mi madre la hubiera estado llorando antes del incendio. No me pude resistir y lo cogí también. Después avancé cubriéndome la nariz y los ojos e intentando no respirar el humo cada vez más intenso. Las llamas estaban ya dando cuenta del ala este y tenía que alcanzar rápido a la puerta, pero no recuerdo llegar al final de las escaleras. Todo lo que sé es que me desperté aquí, en la Residencia. Me enteré de que el chófer me había rescatado y había guardado a buen recaudo la caja hasta que estuviera en condiciones de dárme-la.

Aquí mismo, en el hospital, me enteré de que lo había perdido todo. La empresa, la casa, el pazo... Supe que me habían creído porque Gabriel ya no aparecía en la herencia como mi futuro esposo, pero yo tampoco. Fue a parar a manos de un primo mío, sobrino de mi padre, con el que apenas había tenido trato. No se compadeció de mí y me vi en la calle de la noche a la mañana.

Quando pude salir, mi chófer me encontró alojamiento en casa de unos parientes suyos. Me devolvió lo poco que había podido recuperar de mis cosas y el diario. Había perdido el camafeo de Lúa y la llave estaba dentro, así que arranqué la cerradura y lo leí. En las últimas páginas hacía referencia a mi visita a las Cíes antes de nuestra discusión. Las arranqué por si Gabriel decidía volver a por el tesoro, pero no lo había vuelto a ver hasta hoy."

Mi abuela se calló. Se la veía agotada física y mentalmente. Me atreví a intervenir por fin.

—¿Cómo supiste que estábamos ahí?

—De la misma forma que supe que andabas liada con Fabián. Cosme era un buen amigo de tu abuelo y conocía la historia. Cuando os escuchó hablar en su bar y oyó los nombres de Lúa y Gabriel, le preguntó a su padre para saber quién eras. Al decirle que eras mi nieta, llamó para

contármelo. Y esta mañana, preocupado, volvió al bar para desayunar y su padre mencionó que habíais ido a Navia para algo. Ambos sabíamos que Gabriel había vuelto hacía mucho y se había instalado allí. Cogí un taxi lo más rápido que pude y fui a buscarte.

—¿Pero, y la dirección exacta?

—Hace años que la averigüé, igual que él sabía dónde vivía yo. Nos teníamos controlados.

—¿Qué fue del chófer que te había ayudado? —pregunté, pensando en si seguirían en contacto.

—Me acabé enamorando de él y nos casamos.

—¿¡Qué!? ¿Tu chófer era el abuelo? —Mi abuela sonrió y asintió. Noté como los ojos se me volvían a empañar, pero esta vez de alegría. Pese a todas esas desgracias, al menos había tenido un final feliz con un hombre bueno.

—Él encontró un trabajo en el puerto, y yo en la panificadora. Nos mudamos a la casa que conoces y dejé atrás por completo mi pasado. Y no lo eché nunca de menos.

Las dos guardamos silencio, estaba abrumada por su historia. Había juzgado mal a aquella mujer. Había sido fuerte y valiente, y lo había pagado perdiendo todo lo que tenía y le importaba.

—Es curioso, los destinos de nuestras familias parece que se cruzan en cada generación, por más que yo me empeñe en separarlos. ¿Sabíais que vuestros padres fueron muy amigos?

—Sí —contestó Fabián.

—Bueno, parece que por fin se han unido con un final feliz —murmuró.

Había algo que me reconcomía.

—¿Por qué nunca recuperasteis el tesoro? —pregunté.

—Porque ya no tenía ningún barco para ir, ni forma de conseguir ninguno. Tu abuelo y yo tuvimos que salir adelante por nuestros medios. Para cuando hubiéramos podido hacerlo, ya más asentados, o cuando pusieron la línea de ferry, ya no tenía sentido. Éramos más mayores, no lo necesitábamos para vivir y teníamos una familia. Además, por mi parte, aquello era recordar un pasado doloroso que había luchado por enterrar, y tu abuelo respetaba mis decisiones. Pero es evidente que nunca lo he conseguido del todo. Hice lo posible para que vuestros padres cortaran su

amistad. Y después veía como día a día salías más con Fabián y me enfadé en vez de intentar averiguar qué sabías y aclarártelo. —Lo miró a él—. Lo siento mucho, chico. No era por ti.

Después, volvió a dirigirse a mí.

—Y a ti también he de pedirte perdón. Supongo que creemos que sabemos más porque somos más mayores, y no siempre es así.

—Soy yo la que lo siente, abuela. Esto es culpa mía —dije, rompiendo a llorar desconsoladamente—. Sabía que había muchas posibilidades de que el asesino fuera él, y aun así quise ir a su casa. Si lo hubiera dejado correr, no hubiera pasado esto.

—Nada de eso, hace tiempo que sé que habías averiguado algo. Si no hubiera sido tan hermética, no habiéramos llegado a esto. No te culpes.

—¿Cómo lo sabías? —pregunté, sorprendida.

—Fue por un comentario que hiciste, no recuerdo ahora cuál. No era el primero, y recordé cuando te pillé poniendo las trampas a los ratones y lo nerviosa que estabas. Vi que mi camafeo y alguna de las fotos no estaban. Por cierto, eso me recuerda algo —añadió—. Tu abuelo me dibujó un pequeño mapa para enseñarme dónde había escondido el tesoro. Está en el mismo cajón del trastero donde hurgaste. Supongo que eres la heredera legítima.

No sabía qué decir. Le cogí la mano y ella sonrió y recostó la cabeza sobre la almohada, cerrando los ojos para descansar.

La enfermera nos obligó a marcharnos para dejarla tranquila, y fuimos directos a casa de mi abuela. Cuando llegamos, una pareja de policías estaba allí esperándome.

—Venimos a advertiros —dijo uno de ellos—. Gabriel Castro no estaba en la casa, no hemos encontrado ni rastro de él. Si lo que nos habéis dicho es cierto, no tenemos motivos para pensar que pueda haceros nada, pero debíamos informarles de que sigue vivo y en paradero desconocido.

Fabián y yo nos miramos, preocupados.

—Gracias, estaremos atentos. Yo tampoco creo que se acerque por aquí —mintió Fabián. Asentí y, tras despedirnos de ellos, entramos en casa.

—¿Crees que vendrá a por nosotros? —pregunté.

—Creo que está loco y obsesionado, así que puedo esperar cualquier cosa.

Estaba muy tentada de contarle toda la verdad a la policía y pedir protección, pero eso implicaría admitir que no se lo habíamos contado todo e incluir fantasmas en la declaración, lo que la invalidaría por completo. La verdad es que el tesoro ya no me importaba lo más mínimo y además, no pensaba volver a subestimar a ese hombre por su edad.

Mi padre llegó esa misma noche. No podía entrar al hospital a esas horas, así que durmió en casa e insistió en que le contara lo que había pasado. Le dije que la abuela quería contárselo en persona, pero no se quedó tranquilo al menos hasta que le dije que había sido alguien de su pasado. A la mañana siguiente fue al hospital y no se separó de ella hasta que, tres días más tarde, murió.

Quiero pensar que lo hizo habiendo aliviado un poco su carga. Por primera vez en mi vida recé. Recé por que hubiera un más allá donde encontrara descanso y se reuniera con el abuelo, también por que perdonara mi insensatez. La culpa me torturaba día a día.

No sé exactamente qué le contó mi abuela a mi padre, pero no me recriminó nada ni hizo ningún comentario respecto a mi papel en la historia. Después del entierro se marchó y rechacé su ofrecimiento de volver a Narbona con él. No podía hacerlo todavía, y no solo por el curso y por Fabián, sino por mí misma. Necesitaba tiempo para superar aquello y huir no era la solución. Me quedé viviendo sola en aquella casa vieja, aunque no del todo. En los días siguientes, Fabián no se despegó de mí ni un momento y casi se trasladó conmigo. Me ayudó a luchar contra el sentimiento de culpa, y a pasar por la pérdida de un familiar por la que él mismo había pasado no hacía tanto. Y también, aunque no lo decía en voz alta, sabía que se sentía más tranquilo estando allí por si a Gabriel le daba por aparecer. En ese aspecto, conforme pasaban los días empecé a creer que no volveríamos a verlo. Era lo más sensato que podía hacer, y sabíamos que no era tonto.

Dos semanas más tarde decidí volver a la universidad para distraerme, y Fabián pudo volver al bar tranquilo mientras yo estaba allí. Mis amigas de clase también se portaron muy bien y me ofrecieron lo que necesitara, pero me conformaba con que me ayudaran a no pensar. Tuve que hacer un esfuerzo para ponerme al día con los estudios, cosa que también era

de mucha ayuda a la hora de ocupar mi mente en otras cosas.

Y así, el tiempo pasó hasta que un día de finales de junio me sentí preparada para subir al trastero y buscar el mapa que me había dicho la abuela. Saqué todo lo que había en el cajón y empecé a revisar los documentos uno a uno. Volví a ver todas las fotos, parpadeando para contener las lágrimas. Al fin, encontré un folio doblado con unos dibujos que no conseguía entender. Era lo único de allí que podía parecerse remotamente a un mapa. Saqué el móvil y marqué el número de Fabián a través de la pantalla rota.

—¿Cuándo vendrás hoy? Creo que tengo el mapa.

Capítulo 14

CAPÍTULO 14

En menos de una hora ya tenía a Fabián en casa.

—¿Por qué no me has esperado para buscarlo?

—No sé, eran las cosas de mi abuela... quería hacerlo sola. —Se acercó y me abrazó.

—¿Dónde está? —preguntó.

—En el comedor. He bajado todo lo que había.

Nos sentamos a la mesa con un tremendo crujido de las viejas sillas de madera.

—Te voy a regalar sillas nuevas —comentó. No le hice caso y le tendí el dibujo—. Sí, por la forma son las islas Cíes. Esta es la grande. Bueno, las dos que están unidas por la playa.

—¿Has estado allí? —inquirí.

—Hace años, de excursión con el colegio.

—¿Qué puede ser esto? Señalé tres marcas triangulares, dos a la izquierda y una entre el centro y el extremo derecho.

—Si no me equivoco, son los faros.

—Y supongo que esto será la ubicación del tesoro. —Puse el dedo sobre una X situada cerca del faro superior de los dos de la izquierda.

—¿Quién decía lo de que la X siempre marca el lugar?

—Creo que Indiana Jones —repuse.

—Un hombre sabio. Hagámosle caso.

—¿Cómo lo vamos a hacer? —Veía la parte logística bastante difícil.

—Propongo empezar con una visita para explorar el terreno. Mañana por la mañana me acercaré al puerto a preguntar el tema de los ferris y del

camping.

—Fabi, un día de estos vas a tener que aprender a usar internet.

—Internet es un invento del diablo que está matando las relaciones personales. —Lo decía en tono de broma, pero aun así era reacio a usar un ordenador. Lo bajé de todas formas y entré en la página de la naviera que hacía el servicio.

—Estamos ya casi en julio, que es temporada alta. Hay ferry todos los días y a mí me da igual cuando ir —expliqué.

—¿Cómo vas con los exámenes? —preguntó.

—Me falta saber alguna nota, pero en principio ya los he acabado.

—Por mí, mejor entre semana. Habrá menos gente y, por otro lado, mi padre me necesita más el finde —dijo.

—Muy bien, pues aquí pone que mejor mirar primero el tema del camping, para que haya disponibilidad.

Estábamos a jueves y reservamos plaza de camping para dos noches y billete en el barco para la semana siguiente, de miércoles a viernes.

—Ya está. Tendremos que ir a alguna tienda de deporte a equiparnos —murmuré.

—Parece mentira que no sepas con quien estás hablando —rio Fabián.

—Supongo que tendrás tienda, sacos de dormir y hasta camping gas.

—Pues sí, aunque el camping gas pone aquí que no se puede llevar. Y te olvidas de la colchoneta hinchable. No pretenderás que duerma sobre piedras.

Decidimos hacer una lista de lo que necesitábamos llevar, pero sin ir demasiado cargados. Por mi parte, fui a comprar unas botas de montaña. Tenía unas en Narbona, pero como no tenía previsto hacer excursiones en Vigo, no las había traído. El martes por la tarde dejé hecha mi mochila y Fabián se marchó temprano para preparar la suya también. Ya no se quedaba todos los días como después de morir mi abuela, pero aun lo hacía de vez en cuando. Quedamos directamente en la estación marítima por la mañana.

Me desperté nerviosa, como siempre antes de algún viaje o excursión. Me recogí el pelo en mi habitual coleta del día a día y cargué la mochila a la espalda. No pesaba tanto como me había temido. Cuando llegué me encontré a Fabián sentado sobre la nariz de otra de las terribles esculturas de la ciudad. Eran unas piernecillas hechas con barras de hierro y una cabeza gigante de lado en el suelo, como si se hubiera caído de un cuerpo sin torso ni brazos. Se levantó al verme y me dio un beso.

—Buenos días —dijo.

—Hola. Auguro que sacarás muchas cosas inesperadas de ahí. Tiene tamaño como para caber de todo. —Señalé la mochila gigantesca que tenía apoyada en el suelo junto a él. Era el doble que la mía.

—No te creas, llevo menos de lo que me gustaría. La colchoneta ya ocupa bastante.

Cogí los sacos y él la tienda, y fuimos hasta las taquillas de la estación para recoger los billetes con nuestra reserva. Cuando fue hora de embarcar, subimos directamente a cubierta.

—¿Estás segura? Mira que hará mucho aire —advirtió.

—Quiero ver cómo nos acercamos —repuse.

Apilamos nuestras cosas en una esquina en el suelo a nuestro lado, junto a la barandilla, y yo me apoyé en ella. Fabián se colocó detrás de mí, rodeándome la cintura y apoyando la barbilla sobre mi hombro.

—Si es viable recuperarlo, de acuerdo. Pero si es peligroso, no —dijo. Se refería al tesoro, claro está. Nunca mencionábamos las palabras clave en voz alta desde que Don Cosme nos oyó y se lo contó a mi abuela—. No pienso arriesgarme a que te pase nada ni por todo el oro del mundo.

—Creo haber leído que es plata —repliqué.

—Mejor me lo pones, todavía vale menos. Y aunque fueran diamantes y piedras preciosas, nada vale más que tú.

Sonreí y le miré.

—Algún día tendrás que contarme qué viste en mí. —Mientras lo decía, el barco zarpó.

—No te voy a engañar, lo primero fue que estás buena —contestó. Fijé la vista en las pequeñas olas que rompían en la proa mientras él continuaba—. Te confieso que pensaba que serías un poco más fiestera, pero después te conocí y me gustaste aún más. Eres inteligente, prudente

la mayor parte del tiempo, sabes escuchar y elegir bien las palabras, no eres intensa como la mayoría de chicas que conozco y eres la mujer más guapa y valiente que he visto. Y si quieres puedo seguir.

—No, gracias —contesté azorada—. Me encanta que me veas de esa forma.

—Te veo cómo eres. —Me estrechó más entre sus brazos—. Te quiero.

Era la primera vez que me lo decía y me desarmó. Volví la cara para mirarle.

—Yo también a ti.

Nos besamos hasta que empezó a ser incómodo. El viento soplaba fuerte allí y mi pelo no hacía más que darnos latigazos en la cara. Me aparté de él con fastidio.

—Bueno, DiCaprio... Vale ya. Tenemos tres días por delante para estar pegados—. Fabián se rio.

—A eso me refiero. Cero intensa. Me encantas—. Me dio un sonoro beso en la mejilla y me achuchó haciendo un ruido como "oyoyoyoy" que le hacía aún más adorable.

Conforme nos íbamos acercando se distinguían mejor los elementos del mapa. Fabián me señaló el faro junto al que estaba la marca X. Era uno de los puntos más altos de las islas y no me dio buena espina. Tardamos unos cuarenta minutos en total en llegar. Nada más desembarcar, nos dirigimos a la zona de camping para dejar todo montado antes de salir a explorar.

Fabián era todo un experto, y en poco tiempo teníamos ya todo listo. Me relegó injustamente al papel de "acercarle cosas", pero tampoco protesté mucho porque no había montado una tienda de campaña en toda mi vida. Él se quejaba de lo poco que había podido llevar, pero aun así no paraba de sacar cosas de la mochila. Usó una pequeña bomba a pilas para hinchar un colchón de un metro de ancho. Después extrajo una mochila más pequeña, que llevaba doblada dentro, y la empezó a llenar de cosas, como agua, dos bocadillos, la linterna y demás utensilios que considerara útiles. Por último, me hizo meter mis cosas dentro de la tienda y la cerró con un pequeño candado. Yo no llevaba nada más que un abrigo impermeable muy ligero de un espantoso rosa fucsia que me anudé a la cintura. Era uno que me había regalado Iria con el nombre de su grupo estampado en blanco en la espalda. Era la mejor opción, dadas sus características, y no tenía otro, así que tuve que conformarme. Fabián se

echó la mochila a la espalda e iniciamos la subida.

Eran tres kilómetros, pero cuesta arriba y parándonos a comer tardamos unas dos horas. Al final del camino, la subida al faro era un zigzag amurallado. La señal estaba antes, pero preferimos subir hasta arriba de todo para tener una perspectiva mejor. Mucho nos temíamos que el tesoro estaría en el lado de los acantilados.

Una vez arriba, Fabián sacó de la mochila unos prismáticos pequeños y plegables.

—En serio, ¿cómo puedes tener de todo? ¡Y además acordarte de traerlo!
—Él se encogió de hombros.

—Una de mis múltiples virtudes, supongo. —Me dedicó una sonrisa radiante antes de levantar los prismáticos y mirar por ellos. Barrió toda la línea de acantilado varias veces antes de bajarlos—. Veo varias cuevas, pero tengo una candidata —señaló una pequeña abertura que se distinguía no muy lejos del borde superior, en una parte menos escarpada que el resto.

—¿Por qué esa? —pregunté.

—Es la que se aproxima más al sitio donde está la X, si es que tu abuelo fue preciso. Pero además es también la más accesible. Ten en cuenta que si tuvo que arrastrar allí cuatro arcones, probablemente solo, no podía haberlos dejado en ninguna de las otras que se ven.

—Quizá es alguna que no se ve —sugerí.

—Pues no lo sabremos hasta que vayamos sobre el terreno. Desde aquí no podemos hacer más.

—¿Cómo lo haremos? —pregunté—. Hay demasiada gente.

—De noche —respondió Fabián.

—Ya empezamos.

Fabián volvió a abrir la mochila, esta vez para sacar un bloc de notas y un lápiz. Empezó a dibujar la zona, destacando ciertas rocas con formas que le pudieran recordar a otra cosa para ayudarle a reconocerlas. Estaba cogiendo referencias. Lo contemplé, apenada por esa inteligencia desperdiciada.

—Si todo lo listo y espabilado que eres lo usaras para el bien... —comenté.

Fabián sonrió sin dejar de mirar al papel.

Volvimos a bajar con calma y, como todavía hacía sol, decidimos aprovechar para ir a la playa. Nos pusimos el bañador, y con la toalla al hombro, recorrimos los escasos metros que nos separaban de la playa principal, la de Rodas. La primera vez que había escuchado mencionar las Cíes fue cuando apareció esta misma playa en un periódico británico como la mejor del mundo. Mi padre nos lo había dicho a la hora de comer, henchido de orgullo patrio. Antes de eso, para mi eran simplemente las islas frente a Vigo. Tampoco me había preocupado nunca de saber más, ya que aborrecía la ciudad cuando veníamos. Tantas horas de viaje para estar en esa casa vieja, no era lo que más nos entusiasmaba a mi hermano y a mí de pequeños.

Mientras Fabián se atrevía a meterse en el agua congelada, yo me senté sobre la toalla mirando Vigo desde esa orilla y pensando en cómo había cambiado esa situación. Es cierto que en un primer vistazo hay muchas cosas que echan para atrás a un visitante esporádico. Sin embargo, poco a poco la ciudad me había ido conquistando. Su gente, su ambiente, su entorno natural espectacular. En aquel momento de mi vida, no me veía viviendo en otro sitio. Y tenía que tomar una decisión al respecto en breve, de la que no había hablado todavía con Fabián. El curso había terminado y mi abuela ya no estaba. Lo más normal hubiera sido volver a Narbona, pero se me encogía el corazón sólo con pensarlo. Prefería posponer ese tema hasta haber terminado con nuestra misión en las Cíes.

Fabián salió del agua con la piel de gallina y se dejó caer en la toalla junto a mí.

—Es como si te clavaran miles de agujas por todo el cuerpo —protestó.

—¿Y por qué te metes?

—¡Por honor! —exclamó. Lo catalogué como “cosas de hombres” y no insistí más.

Nos dimos la mano y cerramos los ojos, disfrutando del calor.

—¿Te das cuenta de que estamos haciendo una actividad normal de pareja? Tumbados al sol, en vez de entrando en casas abandonadas —comenté.

—¿Qué nos está pasando? —se lamentó él.

—Debe ser lo que dicen de la rutina.

Al cabo de un rato nos levantamos y fuimos al restaurante a por algo de cenar. Estábamos en el autoservicio, esperando para pagar, cuando miré alrededor y vi saliendo de allí a un hombre calvo. Fue solo un segundo el tiempo en que lo vi de perfil, pero creí reconocerlo.

—¡Fabián, creo que he visto a Gabriel! —exclamé.

—¿Estás segura?

—No, solo le he visto de refilón, pero me ha parecido que era él.

Fabián podía tener sus dudas sobre si el miedo de volver a encontrármelo, y más en aquel lugar, me jugaba una mala pasada. Sin embargo, si las tenía, no lo dijo. Salió corriendo detrás del desconocido mientras yo me ponía nerviosa por la lentitud de la cola. Cuando por fin estaba pagando, volvió a entrar negando con la cabeza.

—No he visto a nadie que se le pareciera.

—¿Ningún señor mayor calvo y alto? —pregunté.

—No.

Eso no significaba que no fuera él, porque sí que era cierto que había visto a alguien así. Fabián intentó tranquilizarme de camino a la tienda.

—En el caso de que fuera él, que no lo creo, esta vez no nos pillará desprevenidos —aseguró.

Me tumbé en el colchón hinchable y cerré los ojos para descansar un poco antes de volver a salir. Oía como Fabián trasteaba con su mochila, probablemente preparándola para la excursión de esa noche.

—¿No tendrás también unas gafas de visión nocturna? —pregunté, sin abrir los ojos.

—¡Ojalá! Pero esos chismes son caros. Tendremos que conformarnos con mi modesto arsenal.

—Modesto... —mascullé.

Me debí quedar dormida, porque lo siguiente que recuerdo es a Fabián sacudiéndome.

—Julia, vamos —susurró.

—¿Qué hora es?

—Casi las tres —repuso. Sí que me había quedado dormida, y Fabián me había dejado descansar más rato del acordado.

Me calcé e iniciamos otra vez el camino de ascenso. Hacía frío a esas horas, aunque estuviéramos en verano. Me puse el impermeable rosa con un escalofrío. No lo habíamos planeado a propósito, pero precisamente esos días había luna llena y el cielo estaba tan iluminado que hasta echábamos sombra. Me vino a la cabeza la melodía de Moonlight Shadow y me puse a tararearla. Fabián se me unió y estuvimos así un rato hasta que nos aburrimos.

Al quedarnos en silencio, me volvió la paranoia. Después de lo ocurrido esa tarde no dejaba de mirar atrás. En un momento dado, vi una silueta.

—Fabián, puede ser sugestión, pero creo que nos siguen —susurré, asustada. Él miró hacia atrás y frunció el ceño con preocupación.

—Sí que hay alguien —corroboró.

Ralentizamos el paso y comprobamos que no era una sola persona, sino varias las que se acercaban. Cuando estuvieron más cerca vimos que se trataba de un grupo de adolescentes borrachos. Respiré hondo, más tranquila. A Fabián también se lo veía más relajado. Nos mantuvimos por detrás hasta que nos sacaron ventaja suficiente y entonces apretamos el paso.

Sobre las cuatro y media de la mañana llegamos a la parte donde Fabián decía haber visto la cueva de más fácil acceso. Lo de "fácil" era en comparación con las que estaban en pleno centro del acantilado, pero tampoco era nada sencillo llegar hasta ella. Los adolescentes habían ido hacia el faro y ya no podían vernos, así que salimos del camino y trepamos por las rocas hasta llegar a la parte más alta. Desde ahí, la inclinación era poca durante unos metros y luego había una pequeña zona más o menos llana antes de que empezara la parte escarpada de verdad.

Estábamos en uno de los lugares más altos. Se podía bajar con mucho cuidado porque había numerosos salientes y rocas más pequeñas donde apoyarse, pero era muy peligroso. No podíamos ir a ciegas, sin saber a dónde nos dirigíamos. Para llegar hasta la parte plana tuvimos que esquivar numerosos nidos de gaviotas, enfurecidas por la invasión de su territorio. Nunca había visto tantas ni tan violentas en mi vida. Las

ignoramos, esperando que ellas hicieran lo mismo con nosotros. Nos tumbamos sobre la roca para asomarnos y ver dónde podía haber una cueva. Fabián extrajo el bloc de notas donde había tomado referencias por la tarde y empezó a mirar alrededor, buscándolas. Eché un vistazo al papel, pero no entendía los dibujos y no veía nada que se le pareciera.

—Me siento inútil —dije—. Siempre encuentras tú las cosas.

—Tú me salvaste cuando un pariente chalado me abrió la cabeza e intentó quemarme vivo. ¿Te parece poco?

No contesté, prefería no pensar en ese día. Al poco, Fabián señaló una roca con pinta de menhir de los tebeos de Asterix y Obelix. Estaba unos tres o cuatro metros por debajo de nosotros, hacia la derecha.

La cueva está justo al lado, pero desde aquí no se ve la entrada.

Trazamos la ruta que nos pareció más segura e iniciamos el descenso poco a poco, casi sentados y con cuidado de no resbalar con el musgo amarillento que cubría casi todo. Fabián insistió en bajar primero para ir comprobando dónde pisábamos y poder agarrarme en caso de que me resbalara. Tardamos un cuarto de hora para tan poca distancia, pero al fin llegamos a la entrada.

Era una cueva pequeña, formada por siglos de erosión del viento. Tendría unos dos metros y medio de alto, tres de ancho y cuatro o cinco de profundidad. La entrada solo era visible desde la parte más alta en la que habíamos estado esa mañana, y su interior no se podía ver de ninguna forma salvo que entraras allí, como nosotros. Y, lo más importante de todo, era que Fabián había acertado con su suposición. Al fondo había cuatro grandes cofres cerrados.

—No me lo puedo creer —dije, abriendo los ojos como platos.

—¡Lo hemos encontrado! —Fabián me levantó por los aires y me dio vueltas mientras me estrujaba. Después de las celebraciones nos acercamos y examinamos los cofres. Por supuesto, estaban cerrados, pero eso no era ningún problema para Fabián.

—¿Qué va a ser? ¿Ganzúas o palanca? —pregunté.

—Voy a probarlo por las buenas, por intentar preservar el patrimonio histórico. Sujétame la linterna—. La sacó del bolsillo y me hizo dirigir el haz de luz a la cerradura. Después se puso a trabajar con las ganzúas, con una expresión de intensa concentración.

—Por cierto, aún no me has dicho dónde has aprendido a hacer eso.

—Conociéndolo, me temía cualquier acto de vandalismo juvenil.

—Me enseñó mi hermano, y mejor que no sepas para qué lo hacía él —replicó.

—Sí, mejor no. ¿Pero para que lo hacías tú?

—Si es que no dejas pasar ni una —suspiró—. Mis amigos y yo abríamos coches para robar los CD's, pero sólo los que nos gustaban.

—Y el coche lo dejabais —dije con escepticismo.

—No seas tonta, éramos críos. No sabíamos ni hacer puentes ni conducir. Claro que lo dejábamos. —Dejó caer los hombros—. Me rindo; no puedo. Voy a tener que usar la palanca.

En un momento teníamos uno de los cofres abiertos. La plata resplandecía bajo la luz de la linterna. Ninguno de los dos podía pronunciar una palabra ni apartar los ojos. Era impresionante estar delante de un auténtico tesoro de más de trescientos años.

—¡Por fin! ¡Después de tanto tiempo! —exclamó una voz detrás nuestro. Nos dimos la vuelta de golpe. Fabián alzó la palanca, amenazante. Había una figura recortada contra la entrada. La escasa luz de luna que entraba arrancaba destellos a la escopeta de caza con la que nos estaba apuntando. Reconocimos bien la voz: era Gabriel.

—Tira la linterna —ordenó. Le obedecí.

—¿Cómo has podido seguirnos? —inquirí.

—Por la mañana no fuisteis tan precavidos. Me mezclé con los turistas y os vi mirando hacia esta zona y tomando notas. No fue difícil deducir a dónde teníais pensado ir; no hay muchas más opciones por aquí. —Una sospecha se abrió camino en mi mente y me aterrorizó.

—¿Llevas vigilándonos todos estos meses?

—¿Tú qué crees? —No podíamos verle bien la cara, pero algo en su tono hizo que me lo imaginara sonriendo—. Y ahora, por la memoria de tu abuela y el lazo de sangre que me une al chico, os dejaré marchar. No os molestéis en avisar a la policía, tengo todo preparado para volver a desaparecer.

Dio un paso hacia nosotros y vimos que cojeaba. Quizá se hubiera caído intentando llegar hasta la cueva.

—Ya te lo dije en el barco, no voy a arriesgarme —susurró Fabián. Asentí con la cabeza. Me hervía la sangre al pensar que habíamos llegado hasta allí y mi abuela había muerto para acabar perdiendo ante ese loco. Fabián guardó sus cosas, se echó la mochila al hombro y me cogió de la mano. Nos dirigimos hacia la salida, pero al pasar junto a él, Gabriel me agarró del cuello. Era increíble la fuerza que tenía para su edad.

—Primero tú —le dijo a Fabián—. Voy a esperar hasta que esté seguro de que te has ido.

—No pienso irme sin ella —replicó con firmeza. Gabriel aumentó la presión contra mi tráquea y solté un gemido. Le agarré el brazo con las manos para intentar aflojárselo, pero empezaba a marearme. Fabián no sabía qué hacer.

Entonces, delante de mí aparecieron dos personas.

—Abuela —sollocé. Estaba de pie junto a Lúa. Por un momento pensé que me estaba asfixiando y venían a recibirme, pero sentí como Gabriel aflojaba su presa.

—¡No es posible! —exclamó. Sentí el primer fogonazo de la escopeta a unos centímetros de mi brazo antes de que Fabián tirara de mí hacia sí mismo y me apartara de Gabriel. Éste estaba disparando hacia las dos hermanas, pero las balas pasaban a través de ellas y se incrustaban con gran estruendo en la pared de la cueva. Empezaron a caer trozos de piedra y Fabián me empujó hacia la salida.

Me detuve un momento y vi como mi abuela me miraba con una sonrisa antes de que Lúa y ella se acercaran a Gabriel, que tiró la escopeta al suelo y se encogió, gritando incoherencias. Salimos de allí, pero no lo suficientemente rápido. Gabriel también salió cojeando detrás de nosotros y perdió el pie cuando tropezó con una roca. Al caer, intentó agarrarse a mi pierna y me arrastró con él unos metros hasta que se soltó y cayó. Quedé agarrada precariamente a unas rocas, y si no rodé hasta el fondo del acantilado fue gracias a Fabián, que reaccionó rápido y me agarró con todas sus fuerzas de un brazo. Con un gruñido consiguió ayudarme a alcanzar el lugar donde estaba él, fuera de peligro. Nos quedamos los dos sentados uno junto al otro, jadeando por el esfuerzo y viendo la ya lejana figura de Gabriel cayendo hasta estamparse contra las rocas del fondo. Las olas que rompían en ellas retrocedieron teñidas de rosa. Aparté la mirada y apoyé la frente sobre el hombro de Fabián, que me acarició la cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, ¿y tú?

—Sí. Tu abuela nos ha vuelto a salvar, aun... —se interrumpió antes de terminar la frase con un “después de muerta”.

—Supongo que es la última vez que las vemos —murmuré—. Esto se ha terminado.

—No lo entiendo —dijo Fabián.

—¿El qué? —pregunté, sin saber a qué se refería.

—Es cruel decirlo así, pero para lo que le pudiera quedar de vida a Gabriel, ¿por qué arriesgarse? —Me encogí de hombros y me vino a la cabeza una frase, que no recordaba dónde había escuchado.

—"Cuando todo está perdido, no hay golpe peligroso" —recité—. Había vivido obsesionado con eso toda su vida y sacrificó lo que tenía por ello. Ya no le quedaba nada más que perder.

—La propia vida —argumentó.

—Eso era problema suyo, parece que su codicia valía más para él.

—Espero que esté en el infierno —dijo Fabián, antes de cambiar de tema—. Bueno, ¿Qué hacemos con el tesoro?

—No lo quiero —contesté.

—¿Qué? ¿Con lo que nos ha costado llegar hasta aquí? —exclamó.

—Precisamente. Todos hemos perdido demasiado con esto. Esa plata está maldita. Estará mejor en un museo. Yo me contento con que Lúa y mi abuela descansen en paz.

Fabián dudó un momento antes de contestar.

—¿Me odiarías si yo me quedara un poco?

—Haz lo que quieras, la mitad es tuya. —Fabián me evaluó con la mirada antes de ponerse en pie y volver a la cueva.

—Espérame aquí —pidió.

Me quedé sentada en el mismo sitio, intentando mirar a cualquier parte menos a donde yacía el cuerpo de Gabriel. Me dejé caer de espaldas y cerré los ojos. Por fin, habíamos cerrado un capítulo que duraba tres generaciones. O muchas más, si nos remontábamos a José Soto. Era libre

de las cargas del pasado, y en el futuro no quería volver a saber nada de misterios. La experiencia me había hecho cambiar en muchos aspectos, y entre ellos, el no necesitar querer ser diferente. Ya no era la antigua Julia, pero tampoco la que me imaginaba que sería. Definitivamente me sentía una Julia más madura, a la que no le importaba si era aburrida o divertida. Sentí que yo también estaba cerrando un capítulo, que aunque no fuera dramático como el de mi abuela, sí era importante para mí y había condicionado muchos de mis comportamientos en aquella historia.

Fabián volvió al cabo de un rato con un pesado saco que a saber de dónde habría sacado. Supuse que lo llevaría también doblado dentro de la mochila. Venía con aspecto avergonzado.

—El bar necesita unas reformas —justificó—. Los museos no necesitan tanto para ilustrar los tesoros perdidos en la batalla, ¿no? —le sonreí.

—No te preocupes, no te juzgo. —Me puse en pie y me acerqué a él con cuidado de no resbalar para quitarle la mochila y ponérmela yo. Él llevaba el saco, que pesaba más—. ¿En qué estado está la cueva?

—Sigue accesible, pero hay grandes grietas abiertas por los disparos.

Demasiadas evidencias. Tendríamos que inventar una buena historia si queríamos dar aviso oficial de lo que habíamos encontrado.

No fue nada fácil volver a subir, y menos tan cargados. Hubo un momento en que Fabián me dijo que subiera yo sola más ligera y él haría dos viajes para subir la mochila y el saco. Me negué en redondo.

—Como no puedas y te caigas por el acantilado, voy detrás y te remato —advirtió.

—No te preocupes, no tengo intención de morir con un impermeable rosa —repliqué.

Llegamos arriba cuando el cielo empezaba a clarear por el este. Aún faltaba un poco para el amanecer, pero no llegaríamos a la tienda antes de que saliera el sol. Fuimos todo lo rápido que pudimos y afortunadamente no nos cruzamos con ningún turista, ni nadie nos vio cuando guardamos el saco en la tienda. Era demasiado temprano.

Estábamos agotados y dormimos hasta bien entrada la tarde. Después fuimos a comer algo, aunque yo fuera reticente a dejar el tesoro sin

vigilar.

—Gabriel ya no está, y nadie se imaginaría nunca lo que hay en la tienda. No te preocupes —me convenció Fabián.

Después de eso volvimos a tumbarnos en la playa hasta que se pusiera el sol. Estando allí, Fabián habló con tono preocupado.

—Julia.

—¿Qué?

—Llevo días pensando en algo... ¿Piensas volver a Narbona? —Me incorporé y él hizo lo mismo. Era la misma pregunta que me había estado haciendo yo y en la que había llegado el momento de pensar seriamente.

—Supongo que debería —contesté—. Tengo un fondo de estudios, pero no me va a alcanzar para pasar aquí lo que me queda de carrera, y no creo que a mis padres les haga gracia que esté sola tan lejos.

Lo miré a los ojos. Esos ojos gris azulado que tanto me llamaron la atención la primera vez que lo vi, y que ahora estaban teñidos de tristeza. Supe inequívocamente que no podría volver a estar sin él y tomé mi decisión.

—Tendré que coger menos asignaturas, buscar un trabajo para pagar mis gastos y soportar el sermón de mis padres —dije. La esperanza se abrió paso en la cara de Fabián, que se echó encima de mí y me hizo caer de espaldas sobre la toalla.

—Menos mal, ya me veía dejando a mi padre solo y buscando trabajo en Narbona sin saber ni papa de francés.

—¿Hubieras sido capaz de irte allí por mí? —pregunté, conmovida.

—No pienso volver a separarme de ti. Ya hemos perdido bastante tiempo.

Le hice rodar hasta ponerme encima suyo y le besé apasionadamente, como si no tuviese el resto de mi vida para hacerlo.

Capítulo 15

EPÍLOGO

4 años después.

Estábamos a mediados de julio, pero pese a eso soplaba una brisa desde la ría demasiado fresca para mi gusto. Estaba tumbada en mi cama leyendo y no me di cuenta de lo tarde que se había hecho hasta que sonó el teléfono. No lo cogí, colgué directamente y me asomé a la ventana. En el portal estaba Fabián.

—¿Tú qué? —me reprendió.

—Lo siento, sube mientras me cambio.

—Pero date prisa. Al final llegaremos tarde.

Me pregunté para qué sería tarde. Íbamos al paseo a ver los fuegos de Bouzas, como cada verano, y aún quedaban casi dos horas para eso. Pensaba que cenaríamos en casa.

—¿Vamos a alguna parte? —pregunté cuando estuvo conmigo.

—A celebrar tu graduación y tu nuevo trabajo, entre otras cosas —repuso.

Arqueé una ceja, interrogante, pero se limitó a sonreír. Ya sabía que si tenía alguna sorpresa preparada, de nada serviría insistir.

Se echó la sempiterna mochila al hombro y salimos de casa en dirección al paseo. El sol iba camino de esconderse y bañaba todo con la familiar luz anaranjada. Era una vista de la que jamás me aburría. Al fondo estaba la silueta recortada de las Cíes. Ese mes hacía cuatro años desde aquel día, cuando terminó nuestra búsqueda del tesoro de Rande.

Desde entonces, Fabián había conseguido cambiar la plata por dinero en efectivo de alguna forma que nunca quise saber. Hicieron obras en el bar, como quería, y ganaron nueva clientela. Por su parte, también le ganó a su padre la batalla del nombre. La cafetería Cambados pasó a ser la cafetería A Reconquista. Aunque le encantara hacerse el malote, en el fondo era un romántico. Por mi parte, gracias a los muchos amigos y conocidos de Fabián, encontré un trabajo de noche en un pub que me permitió ganar lo suficiente como para mantenerme sin tener que pedir nada a mis padres ni sacar más de lo necesario de mi cuenta de estudios.

Me ayudó el no tener que pagar alquiler, ya que me quedé en la vieja casa de mi abuela que Fabián me ayudó a remodelar poco a poco.

El bus vino a rebosar de gente. Había un tráfico brutal y, cuanto más nos acercábamos a Bouzas, era peor. Los coches aparcaban en cualquier hueco, por inverosímil que pareciera, y la cola empezaban ya a un par de kilómetros. Una eternidad después, nos bajamos en la rotonda de entrada al barrio.

—¿Vamos a ver los fuegos in situ? —pregunté.

—Que va, hay demasiada gente. Hoy te llevo al mejor sitio desde el que se pueden ver en todo Vigo —explicó.

—¿Y por qué no me has llevado antes?

—Lo reservaba para una ocasión especial —contestó.

En vez de adentrarnos en la marea humana que llenaba las calles adornadas con luces, Fabián me guio en dirección a las playas. La única vez que había recorrido ese mismo camino antes fue cuando fuimos al Museo del Mar. Le di un apretón en la mano y me miró con una sonrisa. Estaba segura de que habíamos pensado lo mismo.

Tras todo el tiempo que habíamos pasado juntos, él seguía como el primer día. El mismo carisma, la misma aura de alegría y confianza, y la misma forma de hacerme sentir la persona más especial del mundo. Si algo bueno saqué de todo aquello, definitivamente fue él.

No anduvimos demasiado. Al llegar a una rotonda grande, giramos en dirección a dos solitarios bloques de pisos rectangulares con una pequeña avenida entre ellos. Bajaba directa hasta una barandilla, desde la que pude contemplar un panorama magnífico. Estábamos al otro lado del puente de Bouzas, desde donde lanzaban los fuegos. El sol se había puesto ya, pero aun podía verse su resplandor tras las islas. Frente a nosotros, la salida de la ría estaba llena de lucecitas como estrellas en el agua. Eran decenas de barcos de particulares que iban a ver el espectáculo desde el mar.

—¿Esto era lo que me querías enseñar? ¡Es precioso! —exclamé.

—Esta es la primera parada, pero hay más. Ven conmigo.

En un lateral había unas escaleras que accedían a un parque infantil y una playa, pero Fabián me llevó a una pequeña zona verde junto al muro del que acabábamos de bajar. Pese a la cantidad de gente que había sentada

en el césped, encontramos un hueco donde instalarnos. Fabián abrió la mochila y sacó una toalla de playa. La extendió y me invitó a sentarme. Después sacó dos bocadillos y dos latas de Coca Cola dentro de una bolsa isotérmica para que se mantuvieran frescas.

—¿Quieres vaso? —preguntó.

—No gracias, me la bebo tal cual. —Lo miré con ternura. Tampoco había cambiado en eso, seguía siendo la persona más preparada para cualquier eventualidad que había conocido en mi vida. Cada día le quería más.

Miré el reloj. Si empezaban puntuales, aun teníamos una media hora para cenar. Fabián alzó su lata.

—Un brindis por mí, por haber conseguido no solo retenerte hasta que acabaras la carrera, sino también después. Y por ti, por haber encontrado trabajo de lo tuyo tan rápido.

Aún estaba terminando los exámenes finales cuando fui a una entrevista para un puesto de traductora en una importante fábrica de la ciudad. Su sede principal estaba en Francia y necesitaban a alguien bilingüe y titulada para traducir todo lo que viniera desde allí, como por ejemplo las instrucciones de las máquinas. Pagaban muy bien; no podía creer la suerte que había tenido.

Cuando nos acabamos los bocadillos nos tumbamos, mirando al cielo nocturno. Aún era de color azul más claro detrás de las Cíes, pero en la dirección de los fuegos estaba ya oscuro del todo. Fabián me pasó el brazo bajo la nuca y yo me recosté en su pecho. Y entonces comenzó el espectáculo y abrí los ojos, maravillada. Parecían envolvernos y caer sobre nosotros. Estaba embelesada y no podía apartar la vista de él. No llegaba a oírse la música desde allí, pero tampoco importaba. Normalmente los veíamos desde mucho más lejos. Estaba convencida de que era verdad que no había un sitio mejor.

—Te odio por no haberme traído aquí antes —grité por encima del ruido de las explosiones.

—Ya te dije que lo estaba reservando.

De repente sentí como me cogía la mano que había apoyado en su pecho con la suya libre y me ponía algo en el dedo. La alcé y vi un anillo en él. Tras mi mano, las luces de colores se desparramaban en todas direcciones y noté como se me humedecían los ojos. Lo miré y vi que me contemplaba expectante.

—Aún me queda dinero de la plata. Podemos alquilar el pazo de tus

bisabuelos.

Por toda respuesta, lo besé.